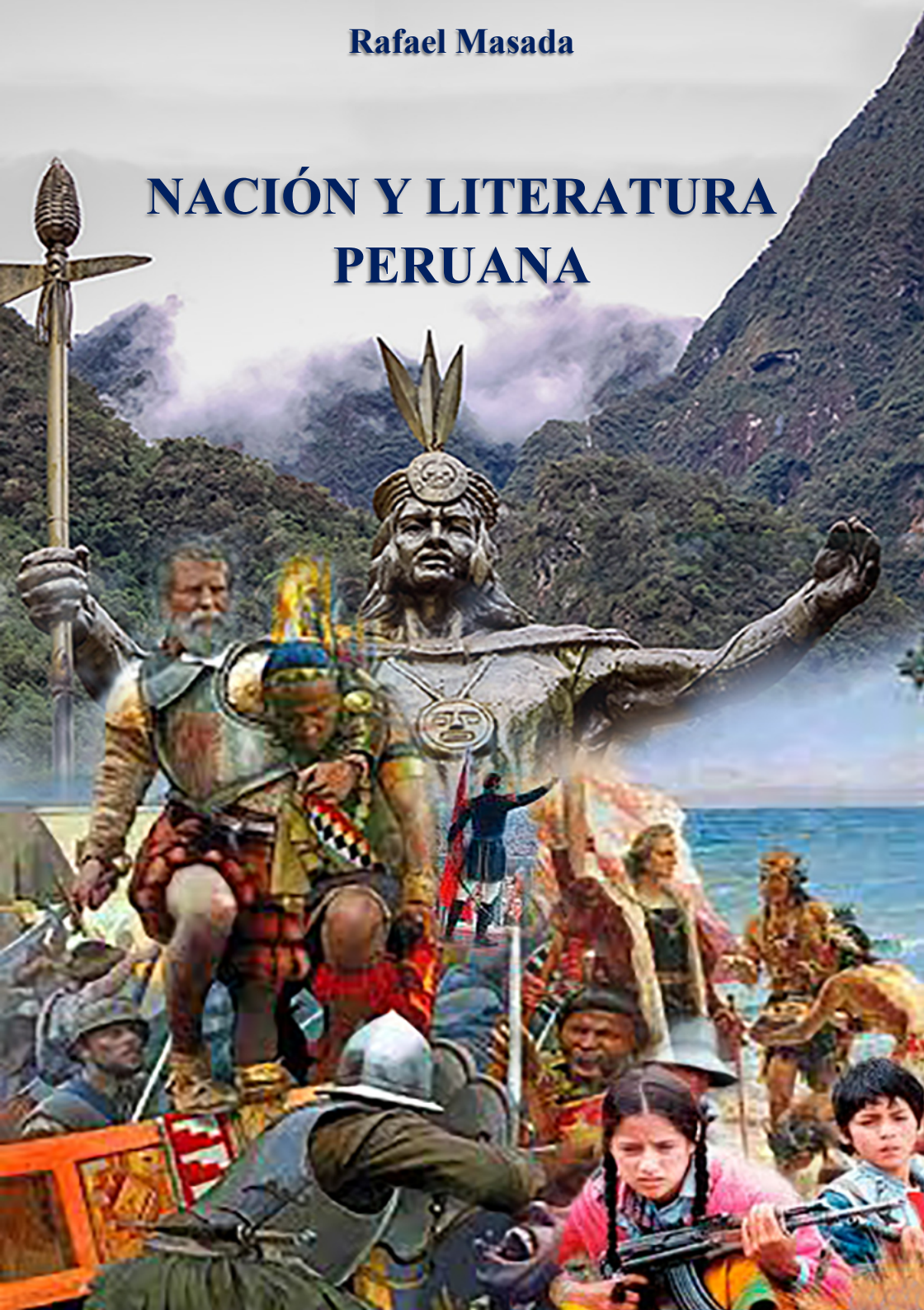


Rafael Masada

NACIÓN Y LITERATURA PERUANA



Rafael Masada

**NACIÓN Y LITERATURA
PERUANA**

1^{ra} Edición electrónica: junio de 2020
© **Rafael Masada**, 2020

Ediciones Bandera Roja, 2020

Licencia de Creative Commons
Nación y literatura peruana de **Rafael Masada** está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional License
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas

Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura... basta con que falte aunque sólo sea uno de estos rasgos, para que la nación deje de serlo... Sólo la presencia conjunta de todos estos rasgos distintivos forma la nación.

El marxismo y la cuestión nacional.
Stalin

De un tiempo a esta parte, el nuevo revisionismo peruano sostiene que:

En el país, entre 1980 y 1992, se desarrolló **el más grande movimiento de transformación revolucionaria de la historia**, que **barrió ampliamente la semifeudalidad y golpeó al capitalismo burocrático y al imperialismo como nunca antes**. Después de más de veinte años del término de este movimiento, **las clases dominantes viabilizaron su camino reaccionario**. Así, tras más de cien años de capitalismo burocrático y veinte años de neoliberalismo **la sociedad peruana cambió de carácter; hoy es capitalista, dependiente del imperialismo y con rezagos semif feudales subsistentes**.

[...]

Cuando se **entra al Siglo XX**, la nación peruana estaba aún en **proceso de formación**. Esta formación ha avanzado **significativamente** con la lucha del pueblo, principalmente con el más grande movimiento de transformación revolucionaria vivido en el país. Este movimiento **integró a las clases del pueblo bajo dirección del proletariado, barrió ampliamente la semifeudalidad e introdujo cambios en las relaciones económicas**. Sobre esta base, y **ante el fracaso de la revolución**, las clases dominantes impusieron el neoliberalismo y remataron su proceso, de manera que **la sociedad devino en capitalista**. Todos **estos cambios generaron y viene generando modificaciones en las diversas características determinantes de la nación, que concertaron, en lo sustancial, la unidad económica, de territorio, de idioma y de psicología, que se traduce en unidad de cultura**. Así, después del proceso vivido en las tres últimas décadas, concluimos que **la nación peruana ha culminado su formación**, si bien falta desarrollarla. Ahora se están integrando incluso los pueblos federados amazónicos; y será mayor en la medida en que se respeten sus derechos: a la tierra, al uso de sus idiomas y a sus manifestaciones culturales.

[*Literatura y nación*, en *Nueva Crónica* n° 7 - 2017; págs. 4-5
Revista del Grupo Literario *Nueva Crónica*]
[La negrita es nuestra.]

Esta posición revisionista sobre el supuesto *cambio* del carácter de la sociedad peruana ha sido desenmascarada en reiteradas ocasiones^[*], y no opinaríamos sobre el tema si no fuera porque el nuevo revisionismo guzmanista enlaza ese *cambio* a lo que ellos denominan *culminación* de la formación de la nación peruana, más por chauvinismo y oportunismo que por análisis científico, y al afán de colocar *su* producción literaria como *mando* y *guía* de lo que denominan *literatura nacional*.

[*] Léase, entre otros documentos:

- Sobre el carácter de la sociedad peruana ¿Capitalismo burocrático o simplemente capitalismo? - *Ediciones Bandera Roja*, 17 de mayo de 2019.

- El capitalismo burocrático en el Perú del Siglo XXI. Apuntes para la comprensión de la sociedad peruana del Siglo XXI - *Ediciones Bandera Roja*, 3 de diciembre de 2019.

Para medrar y vender gato por liebre, oscurantismo por luz, eclecticismo por dialéctica e idealismo por materialismo, el revisionismo guzmanista insiste en difundir el erróneo concepto de Stalin, que aparece citado al inicio de este escrito, para afirmar que *la nación peruana ha culminado su formación* y, ligado a ello, añaden que

... la literatura nacional no es sólo la andina, aunque sí la base. También aportan a ella la que el pueblo produce en la Costa y en la Selva, sirviendo a la unidad del pueblo, al proceso de integración y desarrollo de la nación peruana...

[Ídem, pág. 6]

Y agregan 2 puntos cruciales que desvelan su revisionismo:

Lo que es válido para la cultura, lo es para el arte y la literatura, pero teniendo en cuenta que **hoy en el Perú corresponde la revolución socialista**. Por tanto debemos bregar por un arte y una literatura cuyo contenido apunte contra el capitalismo, contra el imperialismo y los rezagos semif feudales subsistentes. **Bajo la dirección del arte y la ideología proletarios**, cuya forma exprese las peculiaridades de nuestra nación...

[Ídem, pág. 6]
[La negrita es nuestra.]

Hasta aquí, en apariencia, todo suena bien y bonito, pero... ¿a qué *arte y literatura* se refieren? ¿Cuál es *su contenido*? ¿A qué *peculiaridades* hacen alusión?

Escriben:

El contenido es una manifestación del pensamiento del escritor, de su conciencia de la realidad y de los intereses que defiende dentro de la sociedad. Entonces, el contenido responde a una **política** derivada de una **ideología**...

[Ídem, pág. 7]
[La negrita es nuestra.]

Y especificando más, afirman:

Este punto es decisivo para concretar el *contenido* de la literatura nacional, y pasa por la participación activa de los escritores en la lucha por los **derechos fundamentales del pueblo**...

[Ídem, pág. 7]
[La negrita es nuestra.]

Evidentemente, por sus palabras y acciones, se sabe que esa *política* y esa *ideología*, a la que hacen idolátrica referencia, son las preconizadas por el renegado y traidor Abimael Guzmán.

Esa *corriente literaria* —a la que con aspavientos insertan en lo que denominan *literatura nacional de las clases populares*— sólo propala la más descarada

da propaganda revisionista que propugna una *solución política a los problemas derivados de la guerra*; es decir, una vergonzante *amnistía general para civiles, policías y militares* acompañada de una *auténtica reconciliación nacional sin vencedores ni vencidos, sin venganzas, persecuciones y restricciones personales contra nadie* que sirva para *cerrar la heridas, acabar con los enconos, resentimientos y ahondamientos del enfrentamiento social*; *producción nacional y trabajo para el pueblo*; *defender los derechos fundamentales y los derechos laborales de la clase*; *la democratización de la sociedad peruana*; *la defensa de la nación, la soberanía nacional y la integridad territorial*; y toda esta cháchara para *participación en las elecciones*; *cambio de leyes y nueva Constitución a través de una Asamblea Constituyente...* claro está, toda esa ruma demagógica, avalada por el Estado peruano y dirigida por gran burguesía compradora-burocrática.

No olvidar que la consigna ***lucha por los derechos fundamentales del pueblo*** obedece al *giro estratégico* que da el sátrapa Guzmán para materializar sus deseos de alianza con la *gran burguesía*, a la que, desfachatadamente, sus secuaces califican de *nativa*. Abimael Guzmán da la orden:

No plantear **derechos del pueblo** porque es muy rojo, debe irse a cambio de leyes, son muy restrictivas.

[Informe sobre reunión con el Presidente Gonzalo en la Base Naval del Callao,
11 de noviembre de 2000.]
[La negrita es nuestra.]

Ésa es la *revolución socialista* que promueve desde prisión el renegado Guzmán, el nuevo revisionismo peruano, el revisionismo guzmanista.

Así las cosas, tenemos 3 puntos, estrechamente vinculados, a elucidar: el carácter de la sociedad peruana, el proceso de formación de la nación peruana y la literatura nacional.

Sobre el carácter de la sociedad peruana

En el documento *Sobre el carácter de la sociedad peruana ¿Capitalismo burocrático o simplemente capitalismo?* publicado por Ediciones Bandera Roja, en la página 135, bien se especifica:

En los 80, como respuesta al desarrollo de la guerra popular, el camino burocrático se acelera y potencia en medio de **restablecimientos y contrarrestablecimientos**; en los 90, con la **traición a la guerra popular**, hecha por la propia dirección del PCP, y la **entrega del nuevo Poder**, construido de las bases de apoyo y plasmado en Comités Populares, **la vía queda despejada para la restauración de la semifeudalidad y la profundización del capitalismo burocrático en las zonas antes controladas por el PCP y en el campo en general**. En las décadas posteriores y hasta la fecha sólo hay una profundización y desarrollo de lo mismo, si se quiere y les gusta, *más* modernizada.

[...]

En esencia, lo que tratamos de remarcar es la particularidad, la especificación, de nuestro desarrollo económico que en estos momentos pasa por una profundización del capitalismo burocrático que **sigue teniendo como base el problema campesino** —el problema de la tierra— y en éste imprime una más amplia y profunda **evolución de la propiedad terrateniente** que implica mayor concentración de la propiedad de la tierra, mantención del gamonalismo y de formas serviles de explotación, sistemas burocráticos de administración y control directo del Estado sobre la renta territorial, a la vez que **enraizamiento del capitalismo burocrático en el campo**. Esta profundización apunta a un proceso de industrialización más dependiente del mercado externo y a la inversión de capitales extranjeros; y, en síntesis, genera una industria más dependiente del imperialismo, principalmente yanqui, así como una mayor participación estatal, directa o indirecta, en las industrias llamadas básicas y en las extractivas. Que el Estado asuma la función de ser motor impulsor del proceso económico o no; que sea una de las facciones de la gran burguesía, la burocrática o la compradora, quien dirija ese proceso, cambia las formas, sí, pero no el contenido pues, a fin de cuentas, **es la gran burguesía, con sus facciones en colusión y pugna, quien controla el Estado, la banca, las finanzas y el comercio**; por lo tanto, según los casos, y las especificaciones según qué facción es la que dirige, imprime ciertas modificaciones a la táctica pero, salvo reajustes y concreciones necesarios según el desarrollo de la guerra y la correlación de fuerzas, **no altera el Programa General de la Revolución**.

[La negrita es nuestra; la cursiva, del original.]

Entre las páginas 179 y 204, se reproduce una larga parte de la *Sesión preparatoria del II Pleno del Comité Central (resumen)*. Informe: *¡Construir la conquista del Poder en medio de la guerra popular! (Esquema de Plan Estratégico de la Construcción)* (Partido Comunista del Perú - 1991).

En la página 197, analizando una cita de Lenin acerca de los *2 tipos de evolución agraria capitalista*, se lee:

Eso es lo que estamos viendo aquí, salvando distancias, por condiciones históricas y considerando el capitalismo burocrático, nosotros con la revolución democrática, abrimos campo al desarrollo capitalista en el campo, de ahí que debemos tener en cuenta cómo manejar ese proceso para que desde la base misma que es el agro no se desenfrene un proceso capitalista que nos impida desarrollar la segunda etapa de la revolución, abrimos campo pero no vamos a dejar que la revolución se despeñe por un camino capitalista que al fin y al cabo sería una restauración y retorno al dominio del imperialismo.

[...]

El camino terrateniente es el camino del capitalismo burocrático y lleva a la vieja República Peruana, a defenderla y sostenerla. El camino campesino es el camino de la revolución democrática y lleva a la República Popular del Perú, no ver esta diferencia política significa engañarse a sí mismo y engañar a los demás, es eludir a la manera pequeñoburguesa el Programa de la revolución democrática.

Y, en la página 202, se concluye:

La propiedad de la tierra es un problema que tenemos que discutir. Éste es un problema de cómo concretar el Programa^[*].

[...]

¿Para qué nos sirve a nosotros ver la población campesina en el Perú?, aparte de que es un factor que expresa la condición semifeudal, el peso de la población campesina está ligado a cuál es la base de masas de la guerra popular; nuestra guerra popular es una guerra campesina y esto no es elucubración sino demostración científica, marxista-leninista-maoísta.

[La negrita y subraya es del original.]

Finalmente, en la página 21 se leen las siguientes líneas que, conscientes de su trascendencia, rubricamos:

Antes de que la guerra popular, la revolución peruana, sea traicionada y vendida por un plato de lentejas, la reacción había incrementado sus esfuerzos por restablecer el viejo Poder aprovechando el desequilibrio generado por la imposición del llamado *equilibrio estratégico*; para ello, el Estado y sus Fuerzas armadas usaron las "*rondas campesinas*", creadas por ellos, como la base política para restablecer el viejo Poder dentro de su plan de guerra contrasubversiva. Así, los gamonalillos, esa plaga social que no tiene nada de nuevo y que sustenta al Estado y a todas sus reestructuraciones desde los tiempos antiguos en el campo, habían encontrado en las comunidades campesinas —como realidad económica, social, política e ideológica donde se desarrollan las contradicciones de clases y la lucha entre ellas— un grato refugio donde seguir ejerciendo la explotación y la opresión de la masa campesina, lograron rehacerse con el Poder, como sustento de la reestructuración estatal, y restauraron el gamonalismo y la servidumbre para reimpulsar el capitalismo burocrático.

Con la capitulación y la traición ejercida desde lo más alto de la dirección del PCP se produjo la entrega y el abandono de las Bases de Apoyo así como la desbandada y huida del campo por parte de la recua revisionista presurosa por alistarse en los planes de *amnistía general y reconciliación nacional sin vencedores ni vencidos*; y es precisamente eso lo que consolida el restablecimiento del viejo Poder y viabiliza el reimpulso del capitalismo burocrático en el campo; lo demás son ideas soltadas como tinta de calamar destinadas a distraer la atención y tratar de encubrir tamaña deshonra y traición.

[*] El *Programa General de la Revolución Democrática* (PCP - 1991), puede ser consultado al final de este escrito.

El gamonalismo y la servidumbre no son *rezagos subsistentes*, viven y se desarrollan también dentro de las comunidades campesinas; no sólo se trata de *viejos rezagos* que anidan en ideas, usos y costumbres del campesinado; se trata, principalmente, de la base económica y la superestructura que genera; es consecuencia del largo camino de impulso, profundización y desarrollo capitalista en un país semifeudal y semicolonial como el nuestro; es la consecuencia de evolucionar la semifeudalidad sin destruirla, por lo que el problema básico de nuestra sociedad sigue expresándose en tierra, gamonalismo y servidumbre.

El gamonalismo no está representado sólo por los *gamonales*, propiamente dicho. Es más, el término gamonalismo no designa exclusivamente una categoría social y económica va más allá, pues designa todo un fenómeno político y social. Es una larga jerarquía de funcionarios, de intermediarios, de agentes y parásitos a los que se suman los curas, jueces, gobernadores, alcaldes y, como dijera ya Mariátegui, hasta el mismo campesino alfabeto que se transforma en un explotador de su propia clase cuando se pone al servicio del gamonalismo. No se trata de lo anecdótico, del sombrero, poncho, bota, espuela, horca, látigo y cuchillo, ni del abuso de autoridad y el *derecho de perna-da*. Se trata de un fenómeno que expresa la hegemonía de la propiedad semifeudal en la política, estructura y funcionamiento del Estado. Es, además, una mentalidad, una idea; es la manifestación política de la semifeudalidad sobre la cual se sostiene el régimen de servidumbre en el que actúan los representantes del viejo Estado, un Poder local prepotente y despótico, en medio de las más densas relaciones serviles que se da hasta en los más apartados rincones de nuestro país. El latifundio, la servidumbre y el gamonalismo campean a lo largo y ancho de toda la tierra peruana; le guste o no a la caterva revisionista liada con arteros datos estadísticos.

Los genios leguleyos del nuevo revisionismo peruano pretenden hacer creer que como no es la burguesía **burocrática** la que comanda *el plan de nueva acumulación originaria* del Estado reaccionario, sino la burguesía compradora, entonces ya no hay **capitalismo burocrático** sino simplemente capitalismo... Es más, ufanos y asombrados por su propio *pienso*, añaden: *la sociedad peruana ha devenido en capitalista dependiente del imperialismo... dentro de una mayor inserción a la globalización, manifestación actual del imperialismo*; como si el capitalismo burocrático nunca hubiera sido dependiente del imperialismo; como si la *globalización* les acabara de caer del cielo, gracias a *dios*, para convertirla en la manifestación *actual* del imperialismo. Un juego de palabras carrentes de soporte real que presentan como la última chupada del mango; o lo que es lo mismo, como un gran *aporte y desarrollo* del marxismo...

[La negrita, cursiva y subraya es del original.]

El problema clave que el revisionismo guzmanista trata de ocultar afanosamente a las masas populares es **el restablecimiento, la restauración, del viejo Poder en el campo** —con todo lo que ello implica— y el papel jugado por las *comunidades campesinas*, sometidas a la férula de los gamonalillos, antes, durante y después de que la guerra popular fuera traicionada por quienes hoy se esconden tras el supuesto *fracaso de la revolución* sólo para justificar reniegos y traiciones.

Recordemos lo dispuesto por el renegado y traidor Guzmán el 6 de julio de 1993, en *Lineamientos para "documento de bases para acuerdo de paz"*:

Cesar la guerra popular iniciada el 17 de mayo de 1980, en sus 4 formas bélicas de acciones guerrilleras; autodisolver las fuerzas del Ejército Guerrillero Popular inutilizando sus armas y medios de combate; y, asimismo, autodisolver los Comités Populares y Bases de Apoyo de la República Popular de Nueva Democracia.

Prueba fehaciente de que, precisamente, fueron ellos, los más altos dirigentes del PCP y sus secuaces, los que con su capitulación y traición allanaron, y siguen allanando, el camino burocrático en el agro; y con su labor de zapa, incluso en el arte y la literatura, han permitido, y permiten, el enraizamiento y la profundización del capitalismo burocrático en el campo.

Ahí quedó estampado, de puño y letra, lo que los sátrapas denominan, hipócrita y eufemísticamente, el *fracaso de la revolución*.

Traicionada la guerra popular y entregado, voluntariosamente, el nuevo Poder en el campo a la reacción —los Comités Populares y las Bases de Apoyo de la República Popular de Nueva Democracia—, se restableció, se restauró y fortaleció el gamonalismo y las relaciones de producción semif feudales bajo el imperio de gamonales y gamonalillos; bajo el imperio del gamonalismo que, como base del Poder estatal reaccionario en el agro, no sólo *sobrevive* sino que se desarrolla, agazapado o no, dentro de la llamada comunidad campesina.

Sobre el proceso de formación de la nación peruana

La nación, su formación y desarrollo, está indisolublemente ligada al carácter de la sociedad peruana; ambas están ligadas en su historia, presente y futuro y ello nos permite profundizar, un poco más, en el análisis de la base económica y el carácter de la sociedad peruana.

Sin ser el límite retrospectivo, permítasenos retrotraernos a la invasión española de lo que se dio por llamar el *nuevo mundo*.

En forma bastante abreviada y esquemática, podemos describir que, en nuestra peculiar historia dentro de ese *nuevo mundo* con varios milenios de desarrollo a cuestas, los invasores se introdujeron en medio de una guerra civil desencadenada en la pugna por el Poder entre Atahualpa y Huáscar.

Como telón de fondo y antecedente, tenemos la expansión del llamado Reino del Cusco y el surgimiento de un nuevo Imperio, mucho más fuerte que los anteriores: el Imperio Incaico.

Es sabido que, en la postrimería del Imperio Tiahuanaco, los territorios de la actual Bolivia fueron duramente atacados por una nación procedente del norte de lo que actualmente son Argentina y Chile, los aimaras. Se dice que en esas circunstancias un tal Apu Tambo inició el éxodo y cuando cruzaba el Lago Titicaca se quedó un buen tiempo habitando con su clan una de sus islas; y es ahí donde nace su hijo y sucesor Manco Cápac, por eso la leyenda dice que éste surge, con ropa y todo, de las espumas del Lago Titicaca con la misión de fundar la capital del futuro imperio en un lugar fértil.

Al margen de los comentarios irreales que el gran cronista e inca nos cuenta, hay datos que llevan a inferir que aquel grupo humano que partió de suelo Tiahuanaco, no era un grupo migrante fugitivo, en éxodo, sino una avanzada de conquistadores que, tras derrotar militarmente a otros pueblos de la región, se estableció y fundó, 100 años después de su partida, una ciudad dividida, como todo en la tradición andina, en los Hanan y los Hurin, los de arriba y los de abajo.

La leyenda relata que 10 familias salieron del Altiplano y llegaron al Cusco, sin más ni más, como quien hace un paseo campestre; mas, el hecho es que aquello de "familias" hace referencia a ayllus o comunidades completas y, evidentemente, se trataba de un grupo invasor pertrechado con todo lo necesario para acometer su objetivo: prolongar la agonía del Imperio Tiahuanaco; sobrevivir a su decadencia y descomposición y crear un nuevo Estado. Hay que tener en cuenta que aquellos tiempos eran muy difíciles. El territorio andino era un escenario de tremenda convulsión y reorganización social, era un territorio donde se desarrollaba la liquidación del Imperio Wari y el surgimiento de los Estados Regionales en medio de duros combates donde participaban experimentados y aguerridos ejércitos que se despedazaban, por miles, con armas, tácticas y estrategias similares. Así que los futuros incas tenían, necesariamente, que enfrentarse a rivales nada despreciables; y ellos tampoco eran novatos, venían de un imperio con larguísima experiencia en lo económico, social, político y militar. Y a pesar de todo habrían de transcurrir más de 200 años para que se consoliden en el Cusco e inicien su expansión; la fecha está señalada por los estudiosos en el año 1438, fecha que marca la derrota de los chancas.

Así, la nación establecida y desarrollada en el Cusco pasa a la ofensiva y, cosa curiosa, en un santiamén construyó un Imperio gigantesco.

El relato escrito muestra y se centra en algunos personajes y sus "hazañas"; por ejemplo, se narra la victoria encabezada por Pachacútec.

Hacia el año 1438, los chancas fueron derrotados en el cerco militar que hicieron a *los del Cusco*. Se escribe que más de 40,000 guerreros chancas rodearon la ciudad y la atacaron durante un largo período; los sitiados les ofrecieron un acuerdo de paz mientras buscaban aliados y reunían nuevas fuerzas para pasar de la defensa al ataque. La oferta fue rechazada y pasó lo que la narrativa describe: la muerte, en una sola campaña, de 20,000 sitiadores y 8,000 sitiados... Así es como se inicia la expansión de los que después llegarían a ser conocidos por la historia como *los incas*.

Pachacútec, *el transformador del mundo*, luego de derrotar a los chancas y, de pasada, a su medio hermano el Inca Urco, se encargó de reformar todo el sistema de Poder, partiendo de la élite cusqueña, para formar una institución fuerte basada en una casta imperial. Creó las bases de las futuras panacas que, como soporte del Gobierno, aportarían dirigentes para la administración estatal y servía de dócil instrumento para someter a *los runas*, a las masas. Pero estas panacas, con el correr del tiempo y por la propia naturaleza de las relaciones sociales de parentesco y poder, empezaron a pugnar por su independencia y, de una u otra manera, escaparon al control del Inca. Las panacas reales estaban constituidas por los descendientes, por la familia y sus ramas, de los Incas; estaban constituidas en ayllus y se caracterizaban por tener el poder en el Gobierno, primero del Cusco y luego en todo el Imperio. Estas panacas constituían ayllus que, por ejemplo en el Cusco, se diferenciaban entre los Hurin Cusco y los Hanan Cusco. Los Hurin Cusco conformaban las panacas ayllu de la descendencia de Manco Cápac, Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Cápac Yupanqui y Mayta Cápac; y los Hanan Cusco conformaban las panacas ayllu de la descendencia de Inca Roca Inca, Yáhuar Huácac Inca Yupanqui, Viracocha Inca, Inca Yupanqui Pachacútec Inca, Túpac Yupanqui y Huayna Cápac. Es evidente que, al carecer los incas de escritura, por lo menos en alguna de sus formas conocidas, no hay registros que permitan establecer fechas, nombres y lugares precisos; pero, aparte de los quipus que aún no se pueden descifrar con fidelidad, según lo relatado por los cronistas españoles, se puede colegir que hubo 12 gobernantes asociados al título de apu inca, *divino inca*, o sapa inca, *único inca*, según los gustos. En el puesto 13 estaría Atahualpa, pero algunos cronistas no lo consideran dentro de la Cápac cuna, la llamada lista oficial de gobernantes, porque nunca portó el símbolo del poder imperial, la mascapacha, y se había declarado súbdito de Carlos I de España. Como fuere, el asunto es que Pachacútec había organizado la cosa de tal manera que las panacas formaban parte del sistema sociopolítico y habían sido dotadas de grandes extensiones de tierra, privilegios y el acceso al aparato estatal y los puestos más codiciados del Poder.

Así, Pachacútec, en unos 25 años, llegó a someter a los pueblos y naciones que habitaban desde el Lago Titicaca hasta las cercanías de Chavín de Huantar.

Luego, Túpac Inca amplió esos dominios, por Costa y Sierra, hasta más allá del actual Quito entre 1463 y 1471; y de 1471 a 1493 conquistó, sometió y dominó a los pueblos y naciones que encontró en su recorrido hasta el extremo sur del actual Chile pasando por las actuales Argentina y Bolivia; y Huayna Cápac amplió los dominios del Norte entre 1493 y 1525.

Si nos imaginamos un mapa y sobre él esbozamos lo descrito, veremos un extensísimo territorio que fue conquistado en 55 años; territorio que fue consolidado y ligeramente ampliado por el Norte en los siguientes 32 años.

A la entrada en escena de los aviesos españoles en la llamada *conquista del Perú*, en el período 1527-1532, el Imperio Incaico, en unas cuantas decenas de años, había desarrollado vertiginosamente: era un Estado esclavista, altamente desarrollado, dividido y en pugna con un nuevo modo de producción, el feudal. Era el resultado de un salto dentro del milenario proceso evolutivo; el paso del nomadismo al sedentarismo, de la aparición y desarrollo de la familia monogámica, la división del trabajo, el Estado, las clases sociales, la apropiación del excedente producido y la propiedad sobre la tierra.

El Imperio de los Incas, al igual que los Imperios anteriores a él, fue funesto para los pueblos y las naciones por ellos sojuzgados.

De antaño existía cierta rivalidad entre el culto a Viracocha y el culto al Inti, el dios Sol impuesto por los Incas. Al parecer, en ciertos momentos de la historia incaica, en medio de pugnas, prevaleció la adoración de uno sobre el otro; mientras que Atahualpa trata de unirlos en uno sólo como fundamento sobre el cual se pueda levantar y construir una identidad que vaya más allá de la cimentada por el linaje. Es sabido que el culto a Viracocha era milenario en el mundo andino y que en los tiempos del Tahuantinsuyo fue restringido y su culto reprimido. Así, no resulta nada difícil comprender que si la religión, en sus mejores momentos, había logrado garantizar, junto a la acción militar, la sumisión de los pueblos y naciones; entonces, qué mejor que emprender una reforma religiosa que, como medio de persuasión moral para desarrollar alianzas e imponer lealtades, intente rescatar la unidad territorial y la ya frágil y debilitada unidad nacional; no hay que olvidar que bajo la férula del Inca se encontraban sometidos más de 80 grupos étnicos bien diferenciados y, algunos de ellos, agrupados en pueblos y naciones con características particulares. Esta reforma religiosa era de carácter monoteísta en la medida en que intentaba concentrar todas las divinidades en un solo dios; el original de la creencia andina: Viracocha, que según los cronistas españoles, además de ser el creador del mundo,

fue el creador de los seres a su imagen y semejanza; por supuesto que todo esto lo cuentan al mejor estilo bíblico... o, si se quiere ironizar un poquito más, relatan el *Génesis* en su versión andina.

En ese contexto, no es nada extraño que, aprovechando el desorden, los plumíferos y escritores al servicio del Imperio Español propalaran la farsa de que los nativos vieran al *Viracocha* encarnado en los invasores.

Hay que ser claros y establecer que no es que las diferentes naciones y nacionalidades sojuzgadas hayan visto en los españoles unos seres divinos que venían a liberarlos, nada más idiota; simplemente, cosa que era ya casi una tradición en los Andes, los veían como a cualquier otro posible aliado que los ayudarían a despercudirse de la opresión y explotación incaica. Y si los denominaban *Viracochas*, no era porque los consideraban seres divinos sino que era parte de la también tradicional adulación y el oportunismo promovido por los curacas.

La lucha interna por el Poder; la lucha que el sistema esclavista desarrollaba contra un nuevo modo de producción que pugnaba por levantar cabeza, el feudal; las ansias de independencia que los curacas, ante las nuevas relaciones de producción, infundían al pueblo llano; y la inestabilidad e inseguridad creada por las reformas religiosas emprendida por ambos hermanos, fueron los factores de mayor peso que desbrozaron el camino para que la miseria española quiebre el desarrollo natural de nuestra historia. Pero, y he aquí algo muy importante a señalar, no les fue fácil; cuando los buenos cristianos mostraron su verdadera catadura, se inició una guerra de resistencia para tratar de expulsar al invasor, que no será vencida sino hasta 1572. Habría de transcurrir 50 años de resistencia antes de que esa canalla de chancheros conviertan nuestras tierras en un lodazal espiritual y humano donde cimentar lo retrógrado traído de Europa, el feudalismo, un modo de producción que ya en el viejo Continente estaba en agonía.

A algún lector se le podría ocurrir pensar: Bueno, si en nuestro suelo se trataba de pasar del esclavismo al feudalismo; entonces, no fue nada malo el hecho de que los españoles trasplantaran su feudalismo. Pues no, ese formalismo no es nada correcto. Una cosa es el desarrollo natural de una sociedad y otra bien distinta es que se lo impongan desde afuera; peor aún, si se trata de un sistema ya caduco; por lo cual, entre otras cosas, el sistema que traían los españoles era retrógrado en el ámbito mundial y servía de freno a las nuevas relaciones de producción.

Hay que recordar y tener en cuenta que los incas, con su tradición oral, sepultaron en el olvido la historia de los pueblos y naciones anteriores a ellos; y esa

tradición fue seguida por los españoles de la época, sus cronistas y comentadores; y en nuestra historia no muy lejana, por aquellos arqueólogos, historiadores y filósofos que, sin mostrar el más mínimo esfuerzo por buscar la verdad, se concentraron en exaltar las supuestas virtudes civilizadoras del Imperio Incaico.

Como fuere y a pesar de lo que bíblicamente digan los comentaristas, españófilos o no, el asunto es que en medio del zafarrancho llegaron los españoles para hollar nuestro suelo, saquear sus riquezas y perpetrar genocidio.

Sobre Francisco Pizarro, se dice que, más o menos, a partir de 1509, empieza a escalar puestos a punta de codazos; mete presos a sus rivales y se hace encomendero y alcalde de Panamá para luego, en 1524, asociarse con otros aventureros y emprender la invasión de *El Birú*. Años van y años vienen y entre matanza y matanza traza con su espada la archiconocida raya en el suelo para obligar a sus hombres a decidirse entre seguir o no con la *expedición* y surge la apocalíptica banda de los 13 de la Isla del Gallo. Claro que estos individuos, según los historiadores, no fueron los primeros ni los únicos que intentaron penetrar en nuestras tierras, pero sí los que se llevaron los laureles; y, por qué no, el oro y la plata.

A fines de 1532 Pizarro entra en Cajamarca, se dice, invitado por el Inca. Mientras tanto, Atahualpa, el Inca, había mandado asesinar a su hermano Huáscar después de derrotarlo en el Cusco; los españoles capturan a Atahualpa, acumulan un poco de oro en el *Cuarto del Rescate* y después de un juicio sumario, al mejor estilo de inquisidor conmisericordioso, le retuercen el pescuezo para no quemarlo. Más adelante, el buenazo de Pizarro, secundado por su banda, indujo a la panaca de Huáscar y a la nobleza del Cusco a mantener una estrecha alianza, claro está, hasta cuando le fue útil y después a degüello, señor; pero el ladino hidalgo no se queda ahí, como buen jugador de dados, nombra Inca a un hermano de Atahualpa en 1533 y poco después se casa con su hermana, con la hermana de Atahualpa y no con su propia hermana.

Bien, entonces, se podría decir que Pizarro comía a 2 cachetes utilizando las panacas de Huáscar y de Atahualpa, según sus intereses, para crear una unidad orgánica que le permitiera extender el saqueo de nuestras riquezas y acentuar la expoliación y opresión de la masa campesina. Es decir, lo que Pizarro hizo, al beneficiar y utilizar a la panaca de Huáscar, al nombrar Inca a un hermano de Atahualpa y al casarse con la hermana de él, era seguir con las costumbres de sus reyes soberanos y el matrimonio de alianzas; y sobre la *unidad orgánica* fue una cosa que no lograron sino hasta mucho después, y no sólo a causa de la guerra de resistencia de los nativos sino también porque se desató una cruenta guerra civil entre los invasores y les llevó tiempo imponer un sistema econó-

mico, social, político e ideológico que desde sus orígenes se formó sin tener en cuenta a la masa campesina sino que, por el contrario, estuvo en contra de sus intereses.

La historia sigue. Un apretado resumen, en palabras de José Carlos Mariátegui, sería:

Los pueblos de la **América española** se mueven, en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la **literatura americanista**. Estos pueblos, realmente, no sólo son hermanos en la retórica sino también en la historia. Proceden de una matriz única. **La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América hispana.** Los métodos de colonización de los españoles solidarizaron la suerte de sus colonias. **Los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad. La sangre española se mezcló con la sangre india.** Se crearon, así, **núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades.** Luego, **idénticas ideas y emociones agitaron a las colonias contra España.** El proceso de formación de los **pueblos indo-españoles** tuvo, en suma, una trayectoria uniforme.

La generación libertadora sintió intensamente la **unidad sudamericana**. Opuso a España un **frente único continental**. Sus caudillos **obedecieron no un ideal nacionalista, sino un ideal americanista.** Esta actitud correspondía a **una necesidad histórica.** Además, **no podía haber nacionalismo donde no había aún nacionalidades. La revolución no era un movimiento de las poblaciones indígenas. Era un movimiento de las poblaciones criollas,** en las cuales los reflejos de la Revolución Francesa había generado un humor revolucionario.

Mas las generaciones siguientes no continuaron por la misma vía. Emancipadas de España, **las antiguas colonias quedaron bajo la presión de las necesidades de un trabajo de formación nacional.** El ideal americanista, superior a la realidad contingente, fue abandonado. La Revolución de la Independencia había sido un gran acto romántico; sus conductores y animadores, hombres de excepción. El idealismo de esa gesta y de esos hombres había podido elevarse a una altura inasequible a gestas y hombres menos románticos. **Pleitos absurdos y guerras criminales desgarraron la unidad de la América indo-española.** Acontecía, al mismo tiempo, que unos pueblos se desarrollaban con más seguridad y velocidad que otros. Los más próximos a Europa fueron fecundados por sus inmigraciones. Se beneficiaron de un mayor contacto con la civilización occidental. **Los países hispano-americanos empezaron así a diferenciarse.**

[...]

Es cierto que estas **jóvenes formaciones nacionales** se encuentran desparramadas en un continente inmenso. Pero, **la economía es, en nuestro tiempo, más poderosa que el espacio.** Sus hilos, sus nervios, suprimen o anulan las distancias. La exigüidad de las comunicaciones y los transportes es, en **América indo-española,** una consecuencia de la exigüidad de las relaciones económicas. No se tiende un ferrocarril para satisfacer una necesidad del espíritu y de la cultura.

[...]

La identidad del hombre hispano-americano encuentra una expresión en la vida intelectual. Las mismas ideas, los mismos sentimientos circulan por toda la América indo-española. Toda fuerte personalidad intelectual influye en la cultura continental. Sarmiento, Martí, Montalvo, no pertenecen exclusivamente a sus respectivas patrias; pertenecen a **Hispano-América**. Lo mismo que de estos pensadores se puede decir de Darío, Lugones, Silva, Nervo, Chocano y otros poetas. Rubén Darío está presente en toda la **literatura hispanoamericana**. Actualmente, el pensamiento de Vasconcelos y de Ingenieros son los maestros de una entera generación de nuestra América. Son dos directores de su mentalidad.

[...]

Nuestro tiempo, finalmente, ha creado una comunicación más viva y más extensa: la que ha establecido entre las juventudes hispano-americanas la emoción revolucionaria. Más bien espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia. **Ahora como entonces la emoción revolucionaria da unidad a la América indo-española.** Los intereses burgueses son concurrentes o rivales; los intereses de las masas no. Con la Revolución Mexicana, con su suerte, con su ideario, con sus hombres, **se sienten solidarios todos los hombres nuevos de América.** Los brindis pacatos de la diplomacia no unirán a estos pueblos. Los unirán en el porvenir, los votos históricos de las muchedumbres.

[...]

El capital yanqui invade la **América indo-íbera**. Las vías de tráfico comercial pan-americano son las vías de esta expansión. **La moneda, la técnica, las máquinas y las mercaderías norteamericanas predominan más cada día en la economía de las naciones del Centro y Sur.** Puede muy bien, pues, el Imperio del Norte sonreírse de una teórica independencia de la inteligencia y del espíritu de la **América indo-española**. Los intereses económicos y políticos le asegurarán, poco a poco, la adhesión, o al menos la sumisión, de la mayor parte de los intelectuales. Entre tanto, le bastan para las paradas del pan-americanismo los profesores y los funcionarios que consigue movilizarle la Unión Pan-Americana de Mr. Rowe.

Nada resulta más inútil, por tanto, que entretenerse en platónicas confrontaciones entre el ideal ibero-americano y el ideal pan-americano. De poco le sirve al ibero-americanismo el número y la calidad de las adhesiones intelectuales. De menos todavía le sirve la elocuencia de sus literatos. Mientras el ibero-americanismo se apoya en los sentimientos y las tradiciones, el pan-americanismo se apoya en los intereses y los negocios. La burguesía ibero-americana tiene mucho más que aprender en la escuela del nuevo Imperio yanqui que en la escuela de la vieja nación española. El modelo yanqui, el estilo yanqui, se propagan en la América indo-ibérica, en tanto que la herencia española se consume y se pierde.

[Temas de nuestra América.
La Unidad de la América indo-española.]
[La negrita es nuestra.]

Evidentemente, ése fue un análisis general para los tiempos de la lucha por la independencia y su posterior desarrollo, porque, como él mismo escribe, *dentro de las colonias españolas* no podía haber un *nacionalismo* ya que aún no había *nacionalidades*; en consecuencia, dijo, *no había un ideal nacionalista*

sino un ideal americanista y que, en su desarrollo, los pleitos absurdos y guerras criminales desgarraron la unidad de la América indo-española... los países hispano-americanos empezaron así a diferenciarse. Cuando escribe esto, se circunscribe o refiere, primero, a la América española, a la América hispana, a Hispano-América; y, luego, a los países hispano-americanos en los cuales de desarrollará el proceso de formación de los pueblos indo-españoles.

El mismo Mariátegui lo explica, en una carta a Ricardo Vegas García, escribe:

Para "Variedades", ¿qué le parecería este tema: "La Unidad de la América indo-española"? Un artículo sobre las raíces comunes de estas formaciones nacionales, sobre las cosas que las diferencian y los vínculos morales e intelectuales que las unen o comunican.

[Ver en José Carlos Mariátegui - Correspondencia (1918-1930) Selección.]

Y, en *Temas de nuestra América - La perspectiva de la política chilena*:

En una época como la nuestra, en que el mundo entero se encuentra más o menos sacudido y agitado, la inquietud revolucionaria que fermenta en Chile no constituye, por cierto, un fenómeno solitario y excepcional. Nuestra América no puede aislarse de la corriente histórica contemporánea. Los pueblos de Europa, Asia y África están casi únicamente estremecidos. Y por América pasa, desde hace algunos años, una onda revolucionaria que, en algunos pueblos; se vuelve marejada. Con diferencia de intensidad, que corresponden a diferencias del clima social y político, la misma crisis histórica madura en todas las naciones. Crisis que parece ser crisis de crecimiento en unos pueblos y crisis de decadencia en otros; pero que en todos tiene, seguramente, raíces y funciones solidarias. La crisis chilena, por ejemplo, es, como otras, sólo un segmento de la crisis mundial.

En la América indo-española se cumple, gradualmente, un proceso de liquidación de ese régimen oligárquico y feudal que ha frustrado, durante tantos años, el funcionamiento de la democracia formalmente inaugurada por los legisladores de la Revolución de la Independencia. Los reflejos de los acontecimientos europeos han acelerado, en los últimos años, ese proceso. En la Argentina, verbigracia, la ascensión al poder del Partido Radical canceló el dominio de las viejas oligarquías plutocráticas. En México, la revolución arrojó del Gobierno a los latifundistas y a su burocracia. En Chile, la elección de Alessandri, hace cinco años, tuvo también un sentido revolucionario.

Bien, ese proceso, a través del cual, en palabras de Mariátegui, la conquista española uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América hispana —recalcando una vez más, está hablando de la América hispana, es decir al territorio sobre el cual nace, crece y se desarrolla con particularidades el descendiente del español invasor y colonizador—, se construye sobre la desarticulación de las nacionalidades y naciones ya existentes en nuestras tierras; insistimos, sobre la *desarticulación* pero no sobre la liquidación total de las nacionalidades y naciones. Y la única forma correcta de entender esa desarticulación

es dentro del proceso de desarrollo histórico del conjunto de la sociedad, como un proceso de reestructuración de la nación.

Un aspecto que con frecuencia se olvida, o se deja de lado, en el proceso de la lucha por la Independencia, son los levantamientos campesinos; levantamientos que, guste o no, conforman parte del proceso de lucha por la libertad, por la independencia, por la emancipación; los levantamientos campesinos y otras rebeliones son parte inalienable del proceso de la *Revolución de la Independencia* y precursores del hecho militar que tras largos años de enfrentamiento entre grandes ejércitos se define en la batalla de Ayacucho en 1824.

Puede que no hayan tenido *consanguinidad espiritual ni ideológica* con el Programa de los criollos; pero, ambos convergían en sus ansias de libertad. Sí, así es. Los levantamientos campesinos y otras rebeliones formaron parte de un proceso más complejo y está precedido por un aspecto que es principal y anterior al hecho militar.

Dicho sea de paso, la lucha por la independencia no concluyó en 1824 sino en 1826. No hay que olvidar que Lima era el baluarte, la fortaleza del Poder español y el centro de la reacción absolutista; de ahí partían las tropas destinadas para sofocar las vivificantes llamas de la insurgencia en otros puntos del Continente. Tampoco hay que olvidar que, dentro de este colorido cuadro multifacético y desigual, en Lima, buena parte de los conocidos personajes y de la población recién adoptó una postura abiertamente separatista con la llegada de San Martín mientras que los Andes ya se estremecían; y sólo para mencionar un ejemplo de aquellos tiempos, desde inicios de 1800, toda la zona que hoy conforma el departamento de Ayacucho estaba en plena ebullición y surgieron tenaces y corajudos dirigentes como el cangallino Pablo Basilio Auqui Huaytalla, que desacata las órdenes de las autoridades, se rebela contra la monarquía española y combate, con todas las limitaciones del caso, por la libertad y la tierra. Fue este morochuco el que acudió en apoyo a los Angulo y Béjar y, con la aplicación de novedosas tácticas guerrilleras, derrotó a parte de las fuerzas realistas que acudían a sofocar el levantamiento. La participación de Basilio Auqui en numerosas batallas es bien conocida; y también es conocida la traición que provocó la derrota de la guerrilla, lo mismo que la prisión y asesinato de Basilio junto a toda su familia.

A diferencia de lo que la mayoría cree o supone, las masas han combatido, en forma persistente, la opresión y explotación española. La imposición del Virreinato fue un hecho político y militar que aplastó a los propios conquistadores y para mantenerse tuvo que enfrentar grandes levantamientos y rebeliones a lo largo y ancho del Continente, como por ejemplo, y sólo para recordar algunos de los más conocidos y saltando los del Siglo anterior, el levantamiento en

Oropesa en el Alto Perú el año 1730, comandado por el platero mulato Alejo Calatayud; la conspiración de Oruro, encabezada por el criollo Francisco Juan Vélez de Córdova en 1739, adinerado comerciante moqueguano, hijo y heredero de españoles peninsulares; la sublevación en la Selva Central dirigida por el mestizo Juan Santos Atahualpa en 1742; la rebelión de Lima y Huarochirí dirigida por Francisco Inca en 1750; la sublevación negra en las haciendas de San Jacinto y San José de Ica, el año 1768; o el poderoso movimiento del acaudalado comerciante Túpac Amaru que en 1780 llegó a levantar a varias decenas de miles de hombres, de los cuales más de 100,000 murieron, y se extendió desde Cusco y Puno hasta Bolivia, y puso en grave riesgo el dominio virreinal repercutiendo en Argentina, Colombia, México y, a fin de cuentas, removi6 la América toda; movimiento derrotado pero que agitó y socavó el Virreinato preparando así las condiciones para la independencia, sin artificio histórico alguno. El hombre de estas tierras toma una mayor conciencia de lo que es concretizando y desarrollando, cada vez más, su propia identidad; no sólo diferenciándose de lo español sino, y esto es lo principal, desarrollando una conciencia nacional, una identidad nacional que lo lleva a decidir su propio destino.

Nuestra posición es clara, no se trata sólo de los movimientos rebeldes en sí sino también de los planteamientos ideológicos y políticos que en esos tiempos circulaban en todo tipo de escritos llamando al combate por la libertad y la tierra a lo largo y ancho de la América indo-española.

En resumidas cuentas, se olvida que, a raíz de la invasión española en esta parte del mundo, se desarrolló un proceso de fusión indo-hispana, un mestizaje étnico y cultural, una simbiosis en toda la línea que lleva a materializar no sólo un nuevo hombre, el mestizo americano evolucionado por línea española o indígena, sino el surgimiento de clases sociales diferenciadas, con características propias y peculiaridades definidas. Naciones de larguísima data en constante desarrollo y movimiento; y, de hecho, la invasión trajo dentro de sí los gérmenes de la independencia. Entonces, la pregunta es ¿cómo queda aquello del ideal americanista planteado por Mariátegui en contraposición al, según él inexistente, ideal nacionalista? Diremos que, en general, se puede hablar de una *idea americana*, de un *ideal americanista*, como la tendencia de esta parte del Continente en su cada vez más contradictoria relación con la metrópoli, pero el peculiar desarrollo económico, político y social de cada uno de los diferentes Virreinos le pone el tinte de especificidad que llegará a caracterizar las diferentes identidades.

La idea de libertad, hecha conciencia, recorre un camino de ida y vuelta; una voluntad consciente que, en estas disímiles tierras mestizas, germinó en las particularidades de su gente para luego convertirse en ideal continental, en

ideal americanista, que, luego de recorrer su camino de retorno, se materializa en las especificaciones conque surgirían los diversos países y naciones, con características particulares dentro del marco mundial de desarrollo del capitalismo.

Una cosa que es muy importante a tener en cuenta es que, según los *sabios*, partiendo de Garcilaso de la Vega y pasando por las listas de las castas peruanas virreinales elaboradas en 1748 y 1780 para llegar a las eruditas discusiones de nuestros adocenados intelectuales que aún no se ponen de acuerdo, el español es aquel que procede de España; que el criollo es el español nacido aquí; que el negro o guineo es el esclavo africano traído a las Indias; que de la mezcla de español con india resulta el castizo, el mestizo real o el montañés; que de la mezcla de mestizo con india sale el cholo o el tente-en-el-aire; que de la mezcla de tente-en-el-aire con india sale el salto atrás; y así sucesivamente una serie de estupideces más hasta llegar a los mulatos, subdivididos en moriscos, recochos, chinocholos, triguenos, capulíes y otras barbaridades que rematan en la mezcla más confusa e indefinida al que denominan no-te-entiendo. Pero el asunto es que todas esas variedades de individuos tienen algo común bastante simple de entender; sincretismo y simbiosis. El mestizo resultante, es decir, el hombre nuevo no se agrupa en el resultado de dicha mezcla, ni en razas ni en castas sino en clases sociales; y la nación que forman no se caracteriza por los rasgos fenotípicos y culturales que tienen sino que se caracteriza por ser una nación dividida en clases sociales con intereses comunes, en determinados casos, y antagónicos e irreconciliables, en otros; una nación dividida en una minoría de clases que detenta el Poder y acapara las riquezas y una mayoría de clases desposeída que acumula miseria y pobreza.

Adentrémonos un poco en la guerra de independencia.

Es evidente que entre la población de las diversas regiones del antiguo Virreinato, tanto como en aquellas que poco a poco se fueron delineando, había diferencias idiosincráticas, disimilitud de caracteres, de usos, de costumbres y de intereses. En determinado momento de su desarrollo histórico, el deseo común era la libertad, la autonomía, la emancipación, la independencia, sí; pero al mismo tiempo también se iba diseñando la autonomía territorial, las fronteras deseadas y factibles. También es evidente que había sectores sociales, políticos y económicos en cada Virreinato que nunca estuvieron interesados en un proceso de integración. En esos momentos, las posibilidades de organizar y gobernar tan extenso territorio, todo un Continente, no era factible ni real. Las ilusiones monárquicas del dictador Bolívar eran precisamente eso, viejas ilusiones de dictador que fueron disipándose implacable y definitiva-

mente con la lucha de clases y el resurgir de la secesión; en este caso, de cada pueblo, de cada nación y sus respectivas clases sociales. La guerra civil que se había transformado en guerra de liberación continental retorna a ser guerra nacional. Y las nuevas regiones se fueron desmembrando para ceder el paso, poco a poco, a los países que forman este Continente, sin que esto quiera decir que los llamados problemas fronterizos estén solucionados. Mientras las clases poderosas estén al mando del Gobierno y del Estado, estos problemas estarán presentes; las fronteras serán violadas, la rapiña no tiene ni respeta límites.

Hacia fines de la década de 1820, los nuevos Gobiernos regularon el comercio, las instituciones públicas y, en el papel, habían decretado la abolición de la esclavitud. Pero las discrepancias entre federalistas y centralistas pusieron el orden interno patas arriba, Bolívar, en la Gran Colombia, gobernó por decreto a partir de 1828 sin por ello poder evitar la separación y creación de nuevas repúblicas. Los terratenientes, las burguesías comerciales, cafetaleras y propietarias de esclavos sacaban las garras, Bolívar, San Martín y otros más se las habían afilado.

El movimiento de liberación continental, las guerras de independencia anticolonial libradas y ganadas por las clases populares, sucumbía a manos de las clases que durante el proceso independentista se mantuvieron agazapas, a la espera de los resultados, o participaron tras la máscara de liberales y republicanos. Las fuerzas progresistas que se levantaron contra el colonialismo y la feudalidad se diluyeron a la sombra de una rancia aristocracia que supo aprovechar los éxitos y cosechar las victorias ajenas; las fuerzas revolucionarias no supieron, no pudieron o no quisieron poner fin al poderío económico de la oligarquía que se había fortalecido con el comercio de importación y exportación.

La emancipación de Hispanoamérica trajo como consecuencia la aceleración del proceso que había comenzado en la segunda mitad del Siglo XVIII, así caímos en manos de la nueva potencia del mundo: Gran Bretaña. El camino estaba desbrozado, entre 1808 y 1811, aproximadamente la tercera parte del total de las exportaciones británicas tenía como destino Hispanoamérica. En 1817, Gran Bretaña, evidentemente a causa de sus intereses económicos y políticos en el Continente, simplemente ignoró el pedido de ayuda que Fernando VII formulara para combatir a los ejércitos de liberación. Gran Bretaña no podía ni quería abandonar Hispanoamérica; sus intereses y su superioridad económica determinaron que la expansión de su mercado fuese posible sin una intervención militar ni política directa, tal como China y Rusia lo hacen en la actualidad.

La guerra de independencia continental dejaba una Hispanoamérica muy distinta a la de antes que comience, pero también distinta a la que debería de haber surgido después de ella. La lucha por la emancipación total y completa, en algún momento, cambió de rumbo; las masas populares habían levantado su efervescencia a tope pero una vez más fueron traicionadas. Lo anhelado desde antes de 1808 quedaba como estropajo pisoteado después de 1825. La pugna por la dirección del Estado quedaba zanjada, los terratenientes siguieron al mando, sin interesar si fueron realistas o patriotas, federalistas o centralistas, pero enfrentando a sangre y fuego grandes luchas campesinas. En nuestro caso, como en el de casi todos los actuales países del Continente, fuimos una colonia sujeta a España, no teníamos independencia política. También fuimos un país feudal ya que el sustento de la economía de nuestra sociedad se basaba fundamentalmente en el trabajo de la tierra. En Lima había una naciente burguesía comercial financiera a la que el visitador Areche le echó por los suelos el andamiaje sobre el cual se sostenía su dominación; con ello quedó claro que no es cierto que la burguesía nace en la década del 50 del Siglo XIX, eso es falso a pesar de que, en algún momento, nosotros mismos así lo sustentamos. Esa burguesía, que es más vieja de lo que uno imaginó, al quedarse sin la maquinaria que hubiese facilitado su desarrollo como clase se vio caer en manos de los terratenientes que, con sus taras feudales, la contaminaron hasta la médula del hueso, hasta la pepita del alma. Si no se entiende esto no será posible entender qué pasó con la independencia de nuestros países.

Cierto es que desde tiempos anteriores a la emancipación había comercio y las modalidades industriales empezaban a expandirse timoratamente pero el fundamento económico era la feudalidad y los terratenientes tenían el control político que les facilitaba la existencia de los grandes latifundios que pertenecían a unas cuantas familias; sobre esta propiedad latifundista se levantaba la servidumbre, es decir, la explotación de los campesinos, quienes por un pedazo de tierra tenían que prestar servicios personales, labrar la tierra del señor u otros servicios, incluido el doméstico. Nuestro país, como muchos otros, era un país atrasado donde lo fundamental eran las viejas formas de producción y las modalidades de Gobierno totalmente caducas. La burguesía no podía romper los lazos que la ataban a los terratenientes. Nuestro país arrastraba desde mucho antes de la guerra de independencia, e incluso antes del inicio del movimiento de Túpac Amaru, 2 problemas, los que con variaciones aún existen: el primero es el problema de la tierra, el problema de la feudalidad, el de la servidumbre del campesinado, levantada sobre la propiedad latifundista; y el segundo es el problema de la soberanía nacional, el de que nuestra nación era una colonia de España.

La emancipación, evidentemente, se enfrentó a ambos problemas, al de la tierra y al nacional; al segundo, lo prueban las luchas de la independencia en

cuanto a la soberanía y los resultados son más que claro: el paso de colonia a semicolonía; al primero, lo prueban los diversos decretos emitidos sobre la propiedad territorial así como los debates parlamentarios en los que, en lo tocante al problema de la tierra, se planteaba que la emancipación sólo podía asegurarse entregando la tierra a los campesinos. Las actas sobre esos debates están al alcance de cualquiera. Un ejemplo práctico se encuentra en el caso de México, donde José María Morelos mueve el centro de acción del Noroeste, de la plata y el maíz, hacia el sur en que la meseta baja hacia el Pacífico. Morelos se gana la confianza y la dirección sobre los demás jefes de pequeños grupos revolucionarios sobrevivientes a la dura represión y comienza a combatir las tendencias a la conciliación y la transacción con los realistas que en aquellos caudillos había aparecido. En 1812 domina el Sur y organiza fuerzas más disciplinadas que las tropas campesinas del cura Hidalgo, elabora un Programa que incluye la independencia, la supresión de las diferencias de casta y, aquí lo importante, la división de la gran propiedad ya que ésta era una exigencia colectiva.

Otro ejemplo, en Río de la Plata las masas populares rurales fueron acaudilladas por Artigas con un Programa radical de reparto de la tierra. Hasta Bolívar tenía en cuenta el problema, de ahí que, por lo menos desde 1816 a su regreso de Haití, cuando comprendió que la independencia sólo sería factible con el pueblo levantado en armas, promovía la liberación de los esclavos, el fin de la servidumbre indígena y el reparto de las tierras, que durante la colonia era el núcleo central del poder de los hacendados y plantadores esclavistas. Pero la legislación de Bolívar chocó con 2 obstáculos. El primero, claro, fue la resistencia de las viejas clases dominantes a abandonar la base de su dominio social, la propiedad latifundista de la tierra. Y el segundo, y esto es una experiencia a la que hay que prestarle mucha atención, fue que sus medidas de reparto y división agraria fueron tomadas a bien por las comunidades indígenas que festejaban el fin de la servidumbre pero que defendían sus tierras comunales trabajadas colectivamente y veían como una amenaza la división de esas tierras. Esto da a entender con toda claridad que las medidas sociales dadas por el propio Bolívar podían ser sumamente progresistas frente al latifundismo, a las grandes plantaciones esclavistas, a los terratenientes y gamonales, de ahí que las clases dominantes y los principales propietarios de la tierra terminarían abandonando y combatiendo a Bolívar; pero, al mismo tiempo, las mismas medidas sociales resultaban perjudiciales si se aplicaban sobre los territorios de las comunidades indígenas; y este rechazo generalizado, de una u otra manera, se expresó en todo el territorio continental.

Bolívar había establecido en 1824 que cada individuo, de cualquier sexo o edad que sea, recibirá 1 fanegada de tierra en los lugares pingües y regados, y en los lugares privados de riego y estériles recibirá 2 fanegadas; los terrenos

destinados a pacer los ganados serán comunes a todos los individuos. En 1825, promueve la abolición del tristemente célebre tributo real; los indios, dice, constituyen la clase más pobre de la sociedad, y deben quedar exentos de aquella carga. Además, sus decretos prohibían el trabajo forzado en minas, obrajes y haciendas y promovían que todo trabajador indígena debe recibir, sí o sí, un salario en dinero, previo contrato de trabajo voluntario, suprimiendo la mita, el yanaconazgo, el pongazgo y todo tipo de servicio personal gratuito, habituales en la dominación sobre el indígena. En pocas palabras, había prohibido la servidumbre en todas sus formas y dispuesto que se devuelva la tierra a los indígenas, sus legítimos dueños.

Pero, como alguien lo recuerda, en 1824, Simón Bolívar dictó el decreto de Trujillo para proteger a los indios del Perú y reordenar allí el sistema de la propiedad agraria; sus disposiciones legales no hirieron en absoluto los privilegios de la oligarquía peruana, que permanecieron intactos, pese a los buenos propósitos del Libertador, y los indios continuaron tan explotados como siempre. Y para mayor ejemplo, lo que resalta mucho más el problema de la tierra, es que los realistas, en una operación política sumamente inteligente, les prometían a los campesinos mantener sus tradicionales comunidades bajo protección real, mientras los patriotas de Bolívar promovían jurídicamente la división de la tierra. En fin, valgan estos ejemplos para enseñar mejor la importancia del aún irresuelto problema. Así, queda claro que el problema sigue pendiente y que la emancipación no condujo a una modificación radical de la propiedad de la tierra en todo el Continente. Las minas, plantaciones y latifundios siguieron en manos de las antiguas clases propietarias de la tierra y la burguesía comercial financiera continuó haciendo negocios, ya no con España sino con Gran Bretaña, mientras las mayorías populares, indígenas, negros, mulatos, zambos, mestizos, gauchos, llaneros, o como quieran llamar a la masa pobre de los mestizos americanos, continuaron explotadas. Los decretos abolicionistas de la servidumbre y la esclavitud quedaron en lo que eran, letra muerta.

Llegados a este punto, debemos dejar constancia que la titánica labor que el movimiento de Túpac Amaru y sus antecesores habían desplegado en el socavamiento del Virreinato y la preparación de las condiciones para la emancipación, hizo que las predicciones formuladas en 1781 por el seminarista jesuita Juan Pablo Viscardo y Guzmán —al que algunos llaman *precursor* de la independencia hispanoamericana— se pudieran materializar: la línea ideológica del separatismo primó y el Perú se sacudió el yugo español... Lamentablemente, añadimos nosotros, para caer en brazos de ineptos y de otra potencia.

Con las limitaciones del caso, vale la pena recordar el interesante planteamiento de Viscardo y Guzmán; hay que tomarlo en cuenta pues encierra un profun-

do significado —y es lo que, a fin de cuentas, guió la guerra de independencia de principio a fin—, en su *Carta a los españoles de América*, escribe:

El Nuevo Mundo es nuestra patria y su historia es la nuestra, y en ella es que debemos examinar nuestra situación presente, para determinarnos, por ella, a tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos propios y de nuestros sucesores...

[...]

... nuestra historia de 3 siglos acá... se podría reducir a estas 4 palabras: ingratitud, injusticia, servidumbre y desolación...

[...]

... es evidente también que un pueblo a quien se despojase de la libertad personal y de la disposición de sus bienes, cuando todas las otras naciones, en iguales circunstancias, ponen su más grande interés en extenderla, se hallaría en un estado de esclavitud mayor que el que puede imponer un enemigo en la embriaguez de la victoria...

[...]

Desde que los hombres comenzaron a unirse en sociedad para su más grande bien, nosotros somos los únicos a quienes el Gobierno obliga a comprar lo que necesitamos a los precios más altos, y a vender nuestras producciones a los precios más bajos. Para que esta violencia tuviese el suceso más completo nos han cerrado, como en una ciudad sitiada, todos los caminos por donde las otras naciones pudieran darnos a precios moderados y por cambios equitativos, las cosas que nos son necesarias. Los impuestos del Gobierno, las gratificaciones al Ministerio, la avaricia de los mercaderes, autorizados a ejercer de concierto el más desenfrenado monopolio, caminando todas en la misma línea, y la necesidad haciéndose sentir: el comprador no tiene elección. Y como para suplir nuestras necesidades esta tiranía mercantil podría forzarnos a usar de nuestra industria, el Gobierno se encargó de encadenarla...

[...]

Por honor de la humanidad y de nuestra nación, más vale pasar en silencio los horrores, y las violencias del otro comercio exclusivo, conocido en el Perú con el nombre de repartimientos, que se arrojan los corregidores y alcaldes mayores para la desolación, y ruina particular de los desgraciados indios y mestizos...

[...]

... los intereses de nuestro país, no siendo sino los nuestros, su buena o mala administración recae necesariamente sobre nosotros, y es evidente que a nosotros solos pertenece el derecho de ejercerla, y que solos podemos llenar sus funciones, con ventaja recíproca de la patria, y de nosotros mismos...

Y cierra su convocatoria:

¡Generosos Americanos del Nuevo Reino de Granada! ¡Si la América española os debe el noble ejemplo de la intrepidez que conviene oponer a la tiranía, y el resplandor que acompaña a su gloria, será en los fastos de la humanidad que se verá grabado con caracteres inmortales, que vuestras armas protegieron a los pobres indios, nuestros compatriotas, y que vuestros diputados estipularon por sus intereses con igual suceso que por los vuestros! ¡Pueda vuestra conducta magnánima servir de lección útil a todo el género humano!...

[...]

... bajo cualquier aspecto que sea mirada nuestra dependencia de la España, se verá que todos nuestros deberes nos obligan a terminarla. Debemos hacerlo por gratitud a nuestros mayores, que no prodigaron su sangre y sus sudores, para que el teatro de su gloria o de sus trabajos, se convirtiese en el de nuestra miserable esclavitud. Debémoslo a nosotros mismos por la obligación indispensable de conservar los derechos naturales, recibidos de nuestro creador, derechos preciosos que no somos dueños de enajenar, y que no pueden sernos quitados sin injusticia, bajo cualquier pretexto que sea; ¿el hombre puede renunciar a su razón o puede ésta serle arrancada por fuerza? La libertad personal no le pertenece menos esencialmente que la razón. El libre uso de estos mismos derechos, es la herencia inestimable que debemos dejar a nuestra posteridad...

[...]

No hay ya pretexto para excusar nuestra apatía si sufrimos más largo tiempo las vejaciones; si nos destruyen, se dirá con razón que nuestra cobardía las merece. Nuestros descendientes nos llenarán de imprecaciones amargas, cuando mordiendo el freno de la esclavitud que habrán heredado, se acordaren del momento en que para ser libres no era menester sino quererlo. Este momento ha llegado, aconsejémosle con todos los sentimientos de una preciosa gratitud, y por pocos esfuerzos que hagamos, la sabia libertad, don precioso del cielo, acompañada de todas las virtudes y seguida de la prosperidad, comenzará su reino en el Nuevo Mundo y la tiranía será inmediatamente exterminada...

Bien, con lo hasta aquí visto, podemos apreciar con toda claridad, y la práctica social así lo corrobora, que en el desarrollo de la conciencia social aparece el nexo recíproco de las contradicciones nacionales e internacionales como una ley y esto es comprobable a lo largo de toda la historia de la ideología, historia que incluye la filosofía. Así, el pensamiento filosófico de cada pueblo depende, principalmente, de la evolución de su vida económica y de la lucha de clases que en ese país se da, pero también experimenta la influencia de la filosofía y el pensamiento social de los pueblos de otros países. Mientras existan los hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionan mutuamente.

Lo que sigue en nuestro desarrollo inmediatamente posterior a la guerra de independencia es una conocida historia de idas y venidas, de dictaduras encubiertas y abiertas, de cambios de bando, de traiciones, de golpes de Estado, de caudillismo, de militarismo y de otras miserias.

Basándonos en el materialismo histórico, podemos resumir que, en el Siglo XVI, los españoles trajeron un sistema feudal caduco y lo impusieron por las armas contra la resistencia de los nativos y el Perú devino feudal y colonial. Con la emancipación se rompe con el dominio español, pero no así con el sistema feudal, los emancipadores eran terratenientes y los campesinos no logran conquistar la tierra.

En el Siglo XIX se desarrolla una intensa pugna entre Gran Bretaña y Francia por dominarnos; y, a mediados de siglo, el capitalismo, se desenvuelve sobre la base feudal existente. En conjunto, todo este proceso va a establecer un cambio en el Perú: pasar de feudal a semifeudal y de colonial a semicolonial.

Tras la Guerra del Pacífico, más o menos en 1895 se desarrolló la industria moderna con lo que se genera el comienzo del capitalismo burocrático, lo que a su vez da inicio al desarrollo de la sociedad peruana contemporánea. El proceso de desarrollo de la industria moderna en el Perú remata en la década del 20 del Siglo XX, década que marca el impulso del capitalismo burocrático bajo dominio yanqui.

En la segunda década del Siglo XX, el imperialismo yanqui sustituyó al dominio británico; y para ello, Estados Unidos, utilizó a sus intermediarios y copó el Poder estatal; éste es el significado y la función del golpe estatal de 1919 de Leguía y su Oncenio. Este período es clave en el proceso nacional. Leguía, ese año, planteó algunas cuestiones; por ejemplo, la reivindicación de los recursos naturales, la concesión de tierras a quien las trabaja, la participación del pueblo a través del plebiscito y el remozamiento del aparato estatal. Leguía fue el instrumento político directo de Estados Unidos para impulsar el capitalismo burocrático en el país, a cuyo fin impulsó su propia burguesía intermediaria desplazando del aparato estatal a la burguesía ligada a Gran Bretaña en medio de una aguda lucha contra la llamada oligarquía. De este proceso debemos sacar una lección, entre otras, no basta que un régimen ataque a la llamada oligarquía o plantee reivindicar las riquezas naturales o hable de entregar la tierra a quien la trabaja para que se le tenga por revolucionario; puede tratarse, como en el caso de Leguía, Velasco y otros más, de una renovación de burguesía intermediaria y del desarrollo del capitalismo burocrático.

Así es como el imperialismo yanqui comenzó su dominio en el país y poco a poco fue introduciéndose en nuestra economía, cambiando sus formas según las fluctuaciones internacionales y la correlación de clases dentro del país. En un período el imperialismo estadounidense usa modalidades capitalistas de Estado, en otro la libre empresa como lo fundamental; en función de lo cual, el Estado interviene directamente en forma más amplia en el proceso económico,

impulsándolo o poniendo en primer plano su papel de cautelador de las libres relaciones de la empresa privada.

Así, tenemos que, en la década del 20 del Siglo XX, se entroniza la gran burguesía compradora y se convierte en el eje del proceso económico.

En la década del 60 del mismo Siglo, parte de esa burguesía intermediaria consolida su desarrollo como burguesía burocrática.

Entonces, podemos ver que hay una gran burguesía compradora y una gran burguesía burocrática que, a pesar de tener denominaciones diferentes, son facciones de la misma gran burguesía intermediaria que en distintos momentos de la historia da saltos y se renueva; y que hoy se desenvuelve como gran burguesía compradora-burocrática.

La gran burguesía tiene 2 facciones —la compradora y la burocrática—, tienen sus matices, sí, pero son parte de un todo donde la tenue frontera divisoria está controlada por la colusión y pugna entre ellas y entre grupos de las mismas.

La gran burguesía compradora-burocrática es una clase al servicio directo del imperialismo y, sustentada por él, socaba la industria nacional.

El capitalismo burocrático, es un capitalismo impulsado por el imperialismo, en países semif feudales y semicoloniales como el nuestro, y desarrollado por sus intermediarios, la gran burguesía compradora-burocrática y los grandes terratenientes.

El capitalismo burocrático está conformado por el capitalismo monopolista estatal y por el capitalismo monopolista no estatal.

El capitalismo burocrático implica, necesariamente, la profundización de nuestra condición semif eudal y semicolonial y signa todo el desenvolvimiento de la sociedad peruana; el claro entendimiento de esta particularidad es indispensable para interpretar la lucha de clases en el Perú contemporáneo.

El neoliberalismo, la globalización y el desarrollo y la profundización del capitalismo burocrático en los países del Tercer Mundo han evolucionado a muchos de estos países, afianzando su carácter semif eudal y semicolonial, y generando un crecimiento económico, de países atrasados en países en desarrollo favorable a los intereses de los imperialistas, de la gran burguesía y de los grandes terratenientes, no para el pueblo que, como siempre, cargará sobre sus hombros la nueva gran crisis financiera en ciernes.

Dentro de este marco de desarrollo es que surgió el proletariado peruano moderno a fines del Siglo XIX, que en algún momento también fue inicial, y cambió los términos de la lucha política; el proletariado peruano creció pero no sólo numéricamente; el desarrollo de la minería, de la textilera y de otras ramas de producción fabril le dieron una definida y cada vez más importante ubicación; en resumidas cuentas, este desarrollo, implicó la aparición de una nueva clase y una meta precisa.

Así, bajo el dominio, reiteramos, principalmente de Estados Unidos, seguimos siendo una sociedad semifeudal y semicolonial, mucho más evolucionada que la anterior, indudablemente, pero los problemas básicos del país siguen siendo los mismos: el de la tierra y el nacional.

El problema de la tierra, porque aún las modalidades feudales y semifeudales de explotación superviven; y, teniendo en cuenta el conjunto de nuestra sociedad, nuestra mentalidad acientífica y supersticiosa, nuestra ideología en general así como nuestras relaciones sociales y políticas tienen mucho de feudalidad y semifeudalidad y nos lleva a la necesidad de desarrollar la lucha por la toma del Poder, la guerra popular, bajo la dirección de la vanguardia organizada del proletariado, el Partido Comunista del Perú, siguiendo el camino de cercar las ciudades desde el campo, materializar la alianza obrero-campesina y llevar adelante la revolución de nueva democracia.

Se comprueba la existencia de 2 caminos en el agro: el camino burocrático, que es reaccionario, que no destruye sino evoluciona la feudalidad y lleva a viejo Estado, y el camino campesino, que es avanzado, que sí destruye la feudalidad y lleva a nuevo Estado; el camino campesino es el camino de la revolución democrática y lleva a la República Popular del Perú.

El problema nacional se mantiene porque somos una nación oprimida; formalmente libre, pero sujeta de 1,000 formas y nos lleva a la necesidad de desarrollar una guerra de liberación nacional contra el imperialismo; una lucha nacional que, en último término, es un problema de la lucha de clases.

Bien, sintetizando, la historia patria es la de la lucha de clases en una sociedad feudal y colonial que, bajo el dominio capitalista británico y del imperialismo yanqui sucesivamente, ha evolucionado hasta convertirse y ser en la actualidad una sociedad semifeudal y semicolonial con 2 problemas básicos no resueltos hasta hoy: el problema de la tierra y el problema nacional; 2 problemas que no pueden separarse uno del otro y definen el carácter de nuestra revolución.

Así las cosas, al ver la historia del Continente en su conjunto y la nuestra en particular, nos preguntamos: Cómo es posible que se siga repitiendo el desliz de Mariátegui al sostener que un *artificio histórico* clasifica a Túpac Amaru como un precursor de la independencia peruana; que la revolución de Túpac Amaru la hicieron los indígenas; que la Revolución de la Independencia la hicieron los criollos. Increíble. Tal vez no la *dirigieron* juntos, pero sí la *hicieron* dentro de un largo proceso de gestación y desarrollo.

Pero aún más increíble es que, sin mostrar el más mínimo interés en rebatir esas desatinadas tesis, se difundan las ideas de algunos *renombrados intelectuales*, que sostienen que *la independencia de Hispanoamérica, y más aún la del Perú, no hubiera sido posible sin la intervención de fuerzas internacionales*; aunque ponen la cuña: *no por lo menos en las fechas que se produjeron*. ¿De qué "fuerzas internacionales" hablan? ¿No era que, según Mariátegui —y estos señoritos se autodenominan mariateguistas— *la unidad sudamericana opuso a España un frente único continental*; que era un *ideal americanista* y que *esta actitud correspondía a una necesidad histórica*?

Niegan que la Independencia haya sido el resultado de una toma de conciencia colectiva y plantean que, esta toma de conciencia, sería la manifestación más evidente de la mestización de la población peruana; esbozo por demás absurdo ya que la toma de conciencia no es manifestación de la *mestización* sino de la lucha de clases. Es más, sustentan que la mestización indicaría un proceso que llevó a la *uniformidad e igualdad* de la población peruana; otro absurdo, ya que, por el contrario, la mestización llevó a una lucha de clases más definida y diferenciada.

Del mismo modo, levantan otra falsedad para derrumbarla y hacerla caer estrepitosamente; dicen que, hacer aparecer al *Perú mestizo* como actor de la Historia y la Emancipación es postular, abusiva y erróneamente, una unidad inexistente e imposible. Bueno, suponemos que hay estúpidos que identifican *mestizo* con *unidad*, o que usan esos términos como si fueran sinónimos, lo cual no es más que una reverenda estupidez ya que en la lucha de clases lo que se da es la ley de la unidad de los contrarios donde los lados opuestos de una contradicción, en este caso la lucha de las clases en torno a las cuales se agrupan los mestizos, forman una unidad y a la vez luchan entre sí, lo cual produce el movimiento y el cambio de las cosas; y como bien sabemos, en cualquier cosa concreta, la unidad de los contrarios es condicional, temporal, transitoria y, por eso, relativa, mientras que la lucha entre los contrarios es absoluta.

Pero no les basta tanto disparate, no se quedan allí, plantean que el Perú colonial no estuvo compuesto de *peruanos*; que la sociedad colonial peruana fue altamente estratificada y diferenciada y sus límites de separación y oposición

fueron trazadas a partir de criterios económicos, raciales, culturales y legales. Evidentemente ésta es la base sobre la cual se sustentan las anteriores suposiciones; la total y completa negación de la existencia y delineación de clases sociales y la lucha entre ellas en el Perú colonial.

Para remate y colmo de males, hay quien afirma que *cuando una historiografía puede deslizar errores tan gruesos no se puede sino reconocer su carácter ideológico: la manipulación del pasado en función de las exigencias del presente. El mensaje de esta ideología, dice, consiste en ocultar los intereses divergentes de los grupos y de los hombres, los conflictos y las luchas antagónicas que ellos generan para difundir la imagen de una sociedad homogénea y armónica...* etcétera. Todo lo contrario, una vez más, lo que nosotros sostenemos es que la historia escrita no es sino la historia de la lucha de clases basada en hechos reales. Lo evidente es que el intelectual que sostiene este despropósito, como muchos otros, parte del prejuicio de considerar real la posibilidad de existencia de una sociedad *homogénea y armónica* donde prima la uniformidad, la igualdad y la unidad; ideas que atribuye a otros para criticarlas y así poder presentarse como el abanderado de lo nuevo.

Recordemos algo dicho por otro intelectualillo pequeñoburgués que tiene una posición filosófica hecha de retazos de citas que ni siquiera entiende, dice: *No hay ningún país en el mundo que haya llegado a ser nación ya que una auténtica nación sólo podría ser un país integrado y unificado. ¿Qué dijo Mariátegui al respecto?: La Paz no ha sabido crear un sólo Estado nuevo que pueda ser reconocido como una nacionalidad homogénea y orgánica.* Pero, sabemos que Estado, país, nacionalidad y nación son conceptos diferentes y no sinónimos. De esta manera podemos constatar la "objetividad" de algunos *sabios* que toman a Mariátegui, malinterpretan y tergiversan sus palabras para deslizar metafísica, idealismo, eclecticismo y oscurantismo.

Pues bien. Retomando a Mariátegui, vemos que afirmó que la conquista española aniquiló la *cultura incaica*, que destruyó el Perú autóctono y frustró la *única peruanidad* que ha existido; dijo que los españoles extirparon del suelo y de la raza todos los elementos vivos de la *cultura indígena*; que reemplazaron la religión incásica con la religión católica romana y que de la *cultura incásica* no dejaron sino vestigios muertos. También dijo que los descendientes de los conquistadores y colonizadores constituyeron el cimiento del Perú actual. Reiteró que la independencia fue realizada por esa población criolla; agregó que la idea de libertad no brotó espontáneamente de nuestro suelo; que su germen nos vino de afuera, que fue la revolución francesa la que engendró la independencia americana, etcétera. Y concluyó la idea indicando que la inde-

pendencia aceleró la asimilación de la cultura europea; que el desarrollo del país ha dependido directamente de este proceso de asimilación y que el Perú, así, quedó insertado dentro del organismo de la civilización occidental.

Mariátegui, para esbozar lo que acabamos de mencionar, empieza planteándose un par de preguntas: *¿Existe hoy una ciencia, una filosofía, una democracia, un arte, existen máquinas, instituciones, leyes, genuina y característicamente peruanos? El idioma que hablamos y que escribimos, el idioma siquiera, ¿es acaso un producto de la gente peruana?* Y se responde: *El Perú es todavía una **nacionalidad** en formación.* Atención, no dice que el Perú es todavía una **nación** en formación; dice textualmente: El Perú es todavía una nacionalidad en formación; y amplía, dice que, esa *nacionalidad*, la están construyendo, sobre los inertes estratos indígenas, los aluviones de la civilización occidental. ¿Qué vemos aquí? Pues varios puntos. Primero, a grandes rasgos, 3 cosas que hizo la conquista española, a saber: *aniquiló* la cultura incaica, *destruyó* el Perú autóctono y *frustró* la única *peruanidad* que ha existido. Su punto de partida es el incanato al que le atribuye, en exclusiva, la única *peruanidad* que haya existido; es decir, antes de los incas no hubo peruanidad alguna. Segundo, habla de cultura y religión; sobre la cultura incaica, primero dice que fue *aniquilada* aunque luego amplía la idea de que *sólo quedan vestigios muertos*; sobre la religión dijo que es *reemplazada* por la católica romana. Y tercero, que los *descendientes* de los conquistadores y colonizadores constituyeron el *cimiento* del Perú actual; que la independencia aceleró la asimilación de la cultura europea; y, así, el Perú queda *insertado* dentro del organismo de la civilización occidental.

Para que no se diga que es nuestra *interpretación*, lo expresado por Mariátegui se puede leer en *Peruanicemos al Perú*, concretamente en el artículo: *Lo nacional y lo exótico*. El escrito empieza así:

Frecuentemente se oyen voces de alerta contra la asimilación de ideas extranjeras. Estas voces denuncian el peligro de que se difunda en el país una ideología inadecuada a la realidad nacional. Y no son una protesta de las supersticiones y de los prejuicios del difamado vulgo. En muchos casos, estas voces parten del estrato intelectual. Podrían acusar una mera tendencia proteccionista, dirigida a defender los productos de la inteligencia nacional de la concurrencia extranjera. Las importaciones útiles a ese interés no les parecen nunca malas, cualquiera que sea su procedencia. Se trata, pues, de una simple actitud reaccionaria, disfrazada de nacionalismo.

¿De qué está hablando? Pues, de ideología, del rechazo a una ideología foránea e inadecuada para nuestra realidad; eso, como veremos más abajo, según los defensores del nacionalismo reaccionario. En lo arriba citado, Mariátegui habla de un rechazo a las llamadas ideas extranjeras; de una ideología que es refutada con una actitud reaccionaria disfrazada de nacionalismo que supuestamente

pretende proteger los productos de la inteligencia nacional. Atención, aquí habla de una actitud reaccionaria *disfrazada de nacionalismo*; aún no se expresa sobre el *nacionalismo reaccionario*.

Líneas más abajo explica que

La tesis en cuestión se apoya en algunos frágiles lugares comunes. Más que una tesis es un dogma. Sus sostenedores demuestran, en verdad, muy poca imaginación. Demuestran, además, muy exíguo conocimiento de la realidad nacional. Quieren que se legisle para el Perú, que se piense y se escriba para los peruanos y que se resuelva nacionalmente los problemas de la peruanidad, anhelos que suponen amenazados por las filtraciones del pensamiento europeo. Pero todas estas afirmaciones son demasiado vagas y genéricas. No demarcan el límite de lo nacional y lo exótico. Invocan abstractamente una peruanidad que no intentan, antes, definir.

Atención, dice: Invocan abstractamente una *peruanidad* que no intentan, antes, *definir*.

Luego sigue:

Esa peruanidad, profusamente insinuada, es un mito, es una ficción. La realidad nacional está menos desconectada, es menos independiente de Europa, de lo que suponen nuestros nacionalistas. El Perú contemporáneo se mueve dentro de la órbita de la civilización occidental. La mistificada realidad nacional no es sino un segmento, una parcela de la vasta realidad mundial. Todo lo que el Perú contemporáneo estima lo ha recibido de esa civilización que no sé si los nacionalistas a ultranza calificarán también de exótica.

Bien, luego se hace las preguntas que ya mencionamos sobre lo *genuina y característicamente peruano* y se responde: *el Perú es todavía una nacionalidad en formación*.

Y sigue explicando:

La gente criolla, la gente metropolitana, no ama este rudo tema. Pero su tendencia a ignorarlo, a olvidarlo, no debe contagiarse. El gesto del avestruz que, amenazado, esconde bajo el ala la cabeza, es demasiado estólido. Con negarse a ver un problema, no se consigue que el problema desaparezca. Y el problema de los indios es el problema de más de las tres cuartas partes de la población del Perú. Es el problema de la mayoría.

Es el problema de la nacionalidad. La escasa disposición de nuestra gente a estudiarlo y a enfocarlo honradamente es un signo de pereza mental y, sobre todo, de insensibilidad moral.

Virreinato, desde éste y otros puntos, de vista, aparece menos culpable que la República. Al Virreinato le corresponde, originalmente, toda la responsabilidad de la miseria y la depresión de los indios. Pero, en ese tiempo inquisitorial, una gran voz humanitaria,

una gran voz cristiana, la de fray Bartolomé de las Casas, defendió vibrantemente a los indios contra los métodos brutales de los colonizadores. No ha habido en la República un defensor tan eficaz y tan porfiado de la raza aborigen.

Mientras el Virreinato era un régimen medieval y extranjero, la República es formalmente un régimen peruano y liberal. Tiene, por consiguiente, la República deberes que no tenía el virreinato. A la República le tocaba elevar la condición del indio, y contrariando este deber, la República ha pauperizado al indio, ha agravado su depresión y ha exasperado su miseria. La República ha significado para los indios la ascensión de una nueva clase dominante que se ha apropiado sistemáticamente de sus tierras.

Más adelante remata el tema:

Una política realmente nacional no puede prescindir del indio, no puede ignorar al indio. El indio es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación. La opresión enemista al indio con la civilidad. Lo anula, prácticamente, como elemento de progreso. Los que empobrecen y deprimen al indio, empobrecen y deprimen a la nación. Explotado, befa-do, embrutecido, no puede el indio ser un creador de riqueza. Desvalorizarlo, depreciarlo como hombre equivale a desvalorizarlo, a depreciarlo como productor. Sólo cuando el indio obtenga para sí el rendimiento de su trabajo, adquirirá la calidad de consumidor y productor que la economía de una nación moderna necesita en todos los individuos. Cuando se habla de la peruanidad, habría que empezar por investigar si esta peruanidad comprende al indio. Sin el indio no hay peruanidad posible. Esta verdad debería ser válida, sobre todo, para las personas de ideología meramente burguesa, demo-liberal y nacionalista. El lema de todo nacionalismo, a comenzar del nacionalismo de Charles Maurras y L'Action Française, dice: "Todo lo que es nacional es nuestro".

Repasemos una vez más, Mariátegui sostiene que la conquista española aniquiló la cultura incaica; que destruyó el Perú autóctono y frustró la única peruanidad que ha existido; que la sangre española se mezcló con la sangre india y, así, se crearon núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades; que los descendientes de los conquistadores y colonizadores constituyeron el cimiento del Perú actual; que no podía haber nacionalismo donde no había aún nacionalidades; que el indio es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación; que sin el indio no hay peruanidad posible.

Así, no resulta nada difícil comprender la posición de Mariátegui cuando explica que la cultura incaica, el Perú autóctono, *fue* la única peruanidad que ha existido —como algo acabado, formado—; que la Conquista introdujo nuevos gérmenes para la formación de una *nueva peruanidad*, de una nueva nacionalidad; *esa nacionalidad*, dice, *la están construyendo sobre los inertes estratos indígenas, los aluviones de la civilización occidental*.

Mariátegui jamás identificó lo *peruano*, la *peruanidad*, como una *nación en formación*, él insistió en señalar lo *peruano*, la *peruanidad*, como una nacionalidad y como una *nueva* nacionalidad. Cuando usa el vocablo *nación* para expresarse sobre la *formación de la nación peruana* —como veremos más

adelante— lo hace en otro sentido, hasta se podría pensar que, en algunos casos, tiene una acepción territorial.

En todo caso, lo que Mariátegui describe es el proceso de formación de la nacionalidad.

La nacionalidad, en nuestro caso la peruanidad, es el reflejo de una formación social, la nación es más que eso. La identidad nacional se basa en la nación, sí, pero, la nacionalidad, la peruanidad, no puede confundirse ni usarse como sinónimo de nación.

Nosotros concebimos y describimos el proceso histórico de la nación y la nacionalidad dentro de un periodo de tiempo mucho más extenso; no partimos del Imperio Incaico, ése es el matiz, ésa es la diferencia.

Valgan las reiteraciones para cincelar una rudimentaria noción y convertirla en idea objetiva sustentada en la realidad. En el documento del PCP, *Retomemos a Mariátegui y reconstituamos su Partido* (1975), se analiza, sintetiza y concretiza el pensamiento de Mariátegui, se lee:

La lucha antifeudal.- El problema de la tierra es básico del país y, en síntesis, es la cuestión de la feudalidad con sus 2 elementos: latifundio y servidumbre; de ahí que, como dijera Mariátegui, el problema agrario del Perú es el de la destrucción de la feudalidad cuyas relaciones tiñen toda nuestra sociedad de arriba a abajo, de la base a la superestructura. El motor de las luchas campesinas ha sido y es el problema de la tierra, y que las 3 leyes agrarias de la década del 60 no han destruido sus bases lo muestran patentemente las actuales luchas del campesinado.

Al analizar el problema de la tierra, el fundador del Partido resaltó la lucha que enfrenta comunidad y latifundio; mostró su superioridad económica y social, destacando que la comunidad había dado fuerzas a las mayorías campesinas para resistir el asalto usurpador de los terratenientes feudales a lo largo de los siglos, y que encierra gérmenes vivos que servirán al futuro desarrollo socialista. Asimismo, pasando revista al régimen de trabajo agrario destacó la existencia de relaciones feudales de explotación tras aparentes modalidades capitalistas. Estas cuestiones no son pasado, son presente que debemos escudriñar para encontrar la encubierta esencia semifeudal que subyace tras la aparente y propagandizada "destrucción de la feudalidad" por la llamada reforma agraria.

Considerando las luchas del campesinado peruano, incluso latinoamericano, Mariátegui sentó que su bandera es "la tierra para los que la trabajan, expropiada sin indemnización" y que su movilización exige el "armamento de obreros y campesinos para conquistar y defender sus reivindicaciones". Así, hay que destruir la feudalidad confiscando las tierras y esto sólo pueden conseguirlo los obreros y campesinos armados, pues no hay otra forma de quebrantar la feudalidad, de destruir el latifundio y abolir la servidumbre. No olvidemos que las leyes peruanas vienen normando relaciones agrarias y aboliendo la servidumbre hace más de 150 años con los resultados de mantener la feudalidad subyacente.

En consecuencia, la lucha antifeudal es el motor de la lucha de clases en el campo y es el basamento mismo de nuestra revolución democrático-nacional.

La lucha antiimperialista.- Como las demás naciones de América Latina, la nuestra es una nación en formación. "La están construyendo sobre los inertes estratos indígenas, los aluviones de la civilización occidental". Así las cosas, "el problema de los indios es el problema de 4 millones de peruanos. Es el problema de las tres cuartas partes de la población del Perú. Es el problema de la mayoría. Es el problema de la nacionalidad", examinó Mariátegui. Y agregó: "Una política realmente nacional no puede prescindir del indio, no puede ignorar al indio. El indio es el cimiento de nuestra nacionalidad en formación. La opresión enemista al indio con la civilidad. Lo anula, prácticamente, como elemento de progreso. Los que empobrecen y deprimen al indio, empobrecen y deprimen a la nación... Sin el indio no hay peruanidad posible. Esta verdad debería ser válida, sobre todo, para las personas de ideología meramente burguesa demo-liberal y nacionalista...

Así, el problema del indio es el de las mayorías de las cuales prescinde la política del Estado peruano, de la república en especial, hace más de 150 años; es el problema de actuar al margen del interés de las cuatro quintas partes de la población, decía nuestro fundador, el de mirar y actuar con los ojos puestos en la metrópoli imperialista que por turno nos domina. Profundizando el problema, Mariátegui sentó que el problema del indio es el problema de la tierra; en consecuencia, el problema nacional se basa en el problema de la tierra no pudiendo en modo alguno separarse uno de otro, planteamiento estrictamente acorde con las tesis del marxismo, probado por la práctica de la lucha de clases de nuestras propias masas y expresado, incontrovertiblemente, en el carácter de nuestra revolución.

Sobre esta base el fundador del Partido Comunista analizó las clases y la lucha antiimperialista en nuestro país, y en Latino América en general; partió de que las burguesías latinoamericanas "se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse de la soberanía nacional", así como solidarias y ligadas con los intereses imperialistas agregando: "Mientras la política imperialista... no se ve obligada a recurrir a la intervención armada, a la ocupación militar contarán absolutamente con la colaboración de las burguesías". Así quedó esclarecida la relación de la "burguesía mercantil" peruana y su posición frente al imperialismo. Refiriéndose a nuestro país, al tratar el problema del frente único, Mariátegui planteó la posibilidad de unirse "con la izquierda burguesa liberal, dispuesta de verdad a la lucha contra los rezagos de feudalidad y contra la penetración imperialista", definiendo la posición de lo que hoy llamamos burguesía nacional; y precisó, además, como viéramos, que la pequeña burguesía a medida que aumente el dominio extranjero desarrollará "una actitud nacionalista revolucionaria".

Insistimos en nuestras diferencias, Mariátegui habla de nacionalidad en formación y no de nación en formación. Nación y nacionalidad no son uno y lo mismo. Para nosotros, la nación peruana se formó hace mucho y su desarrollo continúa.

Así es como se entiende, cabalmente, la nacionalidad: Como una forma de ser, como un sentimiento de pertenencia y como una identificación con algo que une, se den cuenta o no, a los ciudadanos de un determinado país a pesar de la variedad de formas y contenidos con que, esta forma de ser, sentir e iden-

tificarse, se expresan; a pesar de las expresiones y manifestaciones singulares y particulares con que se pongan de manifiesto; y a pesar de los diferentes matices con que los gustos particulares acojan, por ejemplo, el arte y la literatura *nacionales*, entre otras muchas cosas donde necesaria e inexorablemente se combinan y fusionan lo autóctono con lo foráneo, lo nacional con lo extranjero, lo particular con lo universal. Y con lo de gustos particulares no nos referimos a aquellos individuos que, siendo la excepción, carecen, niegan o ignoran el identificarse con lo propio, con lo nacional que asimila y se une con lo extranjero, y se consideran a sí mismos ciudadanos del mundo; estas personas, agarrándose con una mano a una falacia y con la otra a una quimera, creen estar por encima de la identidad nacional que se basa en la nación. No, no nos referimos a esas candilejas que brillan y deslumbran un día para apagarse al otro; nos referimos al conjunto de la población de un país que se identifica con él. Quien ignora, quien no siente las cosas del terruño, menos podrá sentir las cosas del mundo; ya lo dijo Mariátegui, y agregó que el *sentimiento cosmopolita se junta y se combina con el sentimiento nacional*. Ése es el fondo de la nacionalidad, de la peruanidad; y, una vez más, no puede confundirse ni usarse, bajo ningún punto de vista, como sinónimo de nación.

Mariátegui escribe en *7 Ensayos* que Garcilaso de la Vega era más inca que conquistador, más quechua que español; sí, pero la verdad es que es exactamente lo contrario; ahí están los escritos de Garcilaso. Mariátegui afirma que Garcilaso es, históricamente, el primer *peruano* —lo escribe entre comillas—, si entendemos la *peruanidad* —también escrito entre comillas— como una formación social, determinada por la conquista y la colonización españolas. Y, añade, Garcilaso llena con su nombre y su obra una etapa entera de la literatura peruana. *Es el primer peruano, sin dejar de ser español*. Su obra, bajo su aspecto histórico-estético, pertenece a la épica española. Es inseparable de la máxima epopeya de España: el descubrimiento y conquista de América; y dice esto a pesar de que ya había certificado que la conquista española había frustrado la única peruanidad que había existido; es decir, la incaica.

Debemos recordar que en la historia universal, el desarrollo del hombre y las sociedades se da en estrecha relación con la producción de medios de existencia y bienes materiales; con el modo de producción de la vida material; pero, hay que saber distinguir los cambios materiales que se suceden en las condiciones económicas de producción y los cambios que se producen en las formas ideológicas, es decir, en las formas filosóficas, políticas, jurídicas, artísticas o religiosas; o sea, las formas ideológicas en que los hombres toman conciencia del conflicto que ello significa y luchan por resolver esa contradicción.

En *Peruanicemos al Perú*, Mariátegui escribe:

El problema indígena se presenta como el problema de 4'000,000 de peruanos. Expuesto en términos nacionalistas, insospechables y ortodoxos, se presenta como *el problema de la asimilación a la nacionalidad peruana* de las 4/5 partes de la población del Perú.

Y se pregunta:

¿Cómo negar la peruanidad de un ideario y de un Programa que proclama con tan vehemente ardimiento, su anhelo y su voluntad de resolver este problema?

Luego, ampliando aquello de *una política realmente nacional*, explica que

Los discípulos del nacionalismo monarquista de "L'Action Française" adoptan, probablemente la fórmula de Maurras: "Todo lo nacional es nuestro". Pero su conservantismo se guarda mucho de definir lo nacional, lo peruano. Teórica y prácticamente, el conservador criollo se comporta como un heredero de la colonia y como un descendiente de la conquista. Lo nacional, para todos nuestros pasadistas, comienza en lo colonial. Lo indígena es en su sentimiento, aunque no lo sea en su tesis, lo pre-nacional. El conservantismo no puede concebir ni admitir sino una peruanidad: la formada en los moldes de España y Roma. Este sentimiento de la peruanidad tiene graves consecuencias para la teoría y la práctica del propio nacionalismo que inspira y engendra. La primera consiste en que limita a 4 siglos la historia de la patria peruana. Y 4 siglos de tradición tienen que parecerle muy poca cosa a cualquier nacionalismo, aun al más modesto e iluso. Ningún nacionalismo sólido aparece en nuestro tiempo como una elaboración de sólo 4 siglos de historia.

Para sentir a sus espaldas una antigüedad más respetable e ilustre, el **nacionalismo reaccionario** recurre invariablemente al artificio de anexarse no sólo todo el pasado y toda la gloria de España sino también todo el pasado y la gloria de la latinidad. Las raíces de la nacionalidad resultan ser hispánicas y latinas. El Perú, como se lo representa esta gente, no descende del Inkario autóctono; descende del imperio extranjero que le impuso hace 4 siglos su ley, su confesión y su idioma.

[La negrita es nuestra.]

Hasta ahí llega Mariátegui, pero habría que añadir que *El Perú* tampoco desciende de los últimos 5, 6 ó 7 siglos; que *la historia de la patria peruana* tampoco empieza con los incas sino hace miles de años; en un proceso histórico labrado por nuestros antiguos, que madura en lo que hoy se denomina nuestra patria y su mejor cosecha será en un nuevo amanecer.

Mariátegui, en *Tareas de nuestra América*, escribe:

El espíritu hispano-americano está en elaboración. El Continente, la raza, están en formación también. Los aluviones occidentales en los cuales se desarrollan los embriones de la cultura hispano o latino-americana, en la Argentina, en el Uruguay, se puede hablar de latinidad, no han conseguido consustanciarse ni solidarizarse con el suelo sobre el cual la colonización de América los ha depositado. En gran parte de Nuestra América constituyen un estrato superficial e independiente al cual no aflora el alma indígena,

deprimida y huraña, a causa de la brutalidad de una conquista que en algunos pueblos hispano-americanos no ha cambiado hasta ahora de métodos.

Y, amplía:

Los elementos de la nacionalidad en elaboración no han podido aún fundirse o soldarse. La densa capa indígena se mantiene casi totalmente extraña al proceso de formación de esa peruanidad que suelen exaltar e inflar nuestros sedicentes nacionalistas, predicadores de un nacionalismo sin raíces en el suelo peruano, aprendido en los evangelios imperialistas de Europa, y que, como ya he tenido oportunidad de remarcar, es el sentimiento más extranjero y postizo que en el Perú existe.

En *Peruanicemos al Perú*, escribe:

La dualidad de la historia y del alma peruanas, en nuestra época, se precisa como un conflicto entre la forma histórica que se elabora en la Costa y el sentimiento indígena que sobrevive en la Sierra hondamente enraizado en la naturaleza. El Perú actual es una formación costeña.

Analizando el plano internacional, en *Figuras y aspectos de la vida mundial*, Mariátegui escribe:

A medida que se complican los tiempos post-bélicos, resulta más y más evidente que la Paz de Wilson, Lloyd George y Clemenceau, no ha resuelto ni aún en teoría el problema de las *nacionalidades*; pero que lo ha planteado en la práctica.

La Paz no ha sabido crear un sólo *Estado* nuevo *que pueda ser reconocido como una nacionalidad homogénea y orgánica*. No sólo porque se ha inspirado en los intereses políticos de las potencias vencedoras, sino también porque es en sí muy difícil demarcar, de suerte que coincidan absolutamente, los confines geográficos, sentimentales y étnicos de una nacionalidad. Y, cuando estos confines han sido aproximadamente encontrados, queda por averiguar si la nacionalidad constituye o no, al mismo tiempo, un organismo económico. *El sentimiento nacional de un pueblo es a veces su pasado, en tanto que su realidad económica es en todos los casos su presente.*

[La negrita y cursiva es nuestra.]

Mariátegui continúa:

Yugoeslavia es una de las creaciones de la paz. Como Minerva nació armada de la testa de Júpiter, el **Estado** yugoeslavo salió listo de la testa, un poco menos mitológica, del Presidente Wilson. Antes de la paz no existía sino el **Estado** serbio. Un **Estado** balcánico con una población de 3'000,000 de serbios y una superficie territorial de 48,000 kilómetros cuadrados. Sobre la base de este **Estado** serbio, la Conferencia de la Paz formó el **Estado** yugoeslavo con 12'000,000 de habitantes y 248,000 kilómetros cuadrados.

Presidió la rápida concepción de este **Estado** *el propósito de fusionar con el pueblo serbio a pueblos del mismo origen*, incorporados hasta entonces en el disuelto imperio

austro-húngaro, que reivindicaban su derecho a disponer de sí mismos. Serbios, croatas y eslovenos, aunque hablaban distintos dialectos, eran de la misma raza. Se pensó, por ende, que nada podía convenirles mejor que unirse y soldarse en un solo **Estado**. Y, por diversas razones, se anexó al nuevo **Estado** una parte de Hungría y el Reino de Montenegro.

[La negrita y cursiva es nuestra.]

Y, especifica:

Pero en el organismo del **nuevo Estado**, la hegemonía de Serbia fue, naturalmente, favorecida. Las potencias aliadas tenían que pagar su deuda de gratitud a la monarquía de los Karageorgevich. La Conferencia de la Paz no se preocupó del *sentimiento* seguramente antidinástico y republicano de la mayoría croata-eslovena. Olvidó, por otra parte, que los croatas y los eslovenos se sentían culturalmente superiores a los serbios. La convivencia con Austria *los había diferenciado*. En el pueblo serbio veían un pueblo balcánico, más oriental que occidental.

[La negrita y cursiva es nuestra.]

Pues bien, a lo largo de las obras de Mariátegui, se podrá encontrar un montón de líneas en las que se puede ver que usa el vocablo nación para referirse a Estado, país o sociedad; en otros lugares usa el vocablo nacionalidad para referirse a ciudadanía; incluso habrá alguien que los encuentre como sinónimos. Es posible. Nosotros consideramos que Mariátegui, en líneas generales, usa el vocablo nacionalidad en su acepción social; es decir, como una identidad, como un sentimiento; un sentimiento que refleja el carácter nacional de un pueblo; la identificación de un grupo social con la nación y por ello hace la diferencia entre la nacionalidad argentina y la carencia de nacionalidad en los peruanos de su época. Habla de una identidad basada en la nación; nacionalidad que se identifica con el concepto de nación pero que, insistimos, no son uno ni lo mismo; así como tampoco nación y Estado son uno y lo mismo. La idea esbozada por Mariátegui es interpretada, por algunos, sobre la base del concepto Estado-nación, según su acepción jurídico-política, que nace con el tratado de Westfalia de 1648, en el que se da inicio a un nuevo orden basado en el concepto de soberanía nacional; concepto que se desarrolla a partir del Siglo XIX y se pretendió generalizar después de la Segunda Guerra Mundial; después del proceso de descolonización y el nuevo reparto del mundo donde se establece, o se pretende establecer, la identidad entre nación y Estado, cosa que en la práctica, según algunos, resulta difícil de realizar dada la multiplicidad de identidades y confusión entre diferentes comunidades, culturas, lenguas, religiones, territorios y fronteras, etcétera.

Veamos uno de los muchos ejemplos, en *La Unidad de la América indoeuropea*, Mariátegui escribe:

Presentemente, mientras unas naciones han liquidado sus problemas elementales, otras no han progresado mucho en su solución. Mientras unas naciones han llegado a una re-

gular organización democrática, en otras subsisten hasta ahora densos residuos de feudalidad. El proceso del desarrollo de todas las naciones sigue la misma dirección; pero en unas se cumple más rápidamente que en otras.

Pero lo que separa y aísla a los países hispanoamericanos, no es esta diversidad de horario político. Es la imposibilidad de que entre naciones incompletamente formadas, entre naciones apenas bosquejadas en su mayoría, se concerte y articule un sistema o un conglomerado internacional. En la historia, la comuna precede a la nación. La nación precede a toda sociedad de naciones.

Aparece como una causa específica de dispersión la insignificancia de los vínculos económicos hispano-americanos. Entre estos países no existe casi comercio, no existe casi intercambio. Todos ellos son, más o menos, productores de materias primas y de géneros alimenticios que envían a Europa y Estados Unidos, de donde reciben, en cambio, máquinas, manufacturas, etcétera. Todos tienen una economía parecida, un tráfico análogo. Son países agrícolas. Comercian, por tanto, con países industriales. Entre los pueblos hispanoamericanos no hay cooperación; algunas veces, por el contrario, hay concurrencia. No se necesita, no se complementan, no se buscan unos a otros. Funcionan económicamente como colonias de la industria y la finanza europea y norteamericana.

Lo determinante en Mariátegui está señalado cuando enuncia: *queda por averiguar si la nacionalidad constituye o no, al mismo tiempo, un organismo económico*. Ésa es la clave. *El sentimiento nacional de un pueblo es a veces su pasado, en tanto que su realidad económica es en todos los casos su presente*. Estas ideas son reforzadas, en *Peruanicemos al Perú*, cuando dice:

Entre los problemas de la economía peruana, hacia cuyo estudio se encuentra más obligada la nueva generación, se destaca el problema agrario. La propiedad de la tierra es la raíz de toda organización social, política y económica. En el Perú, en particular, esta cuestión domina todas las otras cuestiones de la economía nacional. El problema del indio es, en último análisis, el problema de la tierra. Sin embargo, la documentación, la bibliografía de este tema no pueden hasta hoy ser más exiguas. El debate de este tema, que debería conmover intensamente la conciencia nacional, no preocupa sino a algunos estudiosos. Un Ateneo de Estudios Sociales y Económicos lo transformaría en el mayor debate nacional.

[...]

La nueva generación quiere ser idealista. Pero, sobre todo, quiere ser realista. Está muy distante, por tanto, de un nacionalismo declamatorio y retórico. Siente y piensa que no basta hablar de peruanidad. Que hay que empezar por estudiar y definir la realidad peruana. Y que hay que buscar la realidad profunda: no la realidad superficial.

Éste es el único nacionalismo que cuenta con su consenso. El otro nacionalismo no es sino uno de los más viejos disfraces del más descalificado conservantismo.

[...]

Los ensayos de interpretación de la historia de la República que duermen en los anaqueles de nuestras bibliotecas coinciden, generalmente, en su desdén o su ignorancia de la trama económica de toda política. Acusan en nuestra gente una obstinada inclinación a no explicarse la historia peruana sino romántica o novelescamente. En cada episodio, en cada acto, las miradas buscan el protagonista. No se esfuerzan por percibir los intereses o las pasiones que el personaje representa. Mediocres caciques, ramplones gerentes de la política criolla son tomados como forjadores y animadores de una realidad de la cual han sido modestos y opacos instrumentos. La pereza mental del criollo se habitúa fácilmente a prescindir del argumento de la historia peruana: se contenta con el conocimiento de sus *dramatis personae*.

[...]

Nada resulta más evidente que la imposibilidad de entender, sin el auxilio de la economía, los fenómenos que dominan el proceso de formación de la nación peruana. La economía no explica, probablemente, la totalidad de un fenómeno y de sus consecuencias. Pero explica sus raíces. Esto es claro, por lo menos, en la época que vivimos. Época que si por alguna lógica aparece regida es, sin duda, por la lógica de la economía.

La conquista destruyó en el Perú una forma económica y social que nacían espontáneamente de la tierra y la gente peruanas. Y que se nutrían completamente de un sentimiento indígena de la vida. Empezó, durante el coloniaje, el complejo trabajo de creación de una nueva economía y de una nueva sociedad. España, demasiado absolutista, demasiado rígida y medieval, no pudo conseguir que este proceso se cumpliera bajo su dominio. La monarquía española pretendía tener en sus manos todas las llaves de la nascente economía colonial. El desarrollo de las jóvenes fuerzas económicas de la colonia reclamaba la ruptura de este vínculo.

[...]

El hecho económico encierra, igualmente, la clave de todas las otras fases de la historia de la República. En los primeros tiempos de la independencia, la lucha de facciones y jefes militares aparece, por ejemplo, como una consecuencia de la falta de una burguesía orgánica. En el Perú, la Revolución hallaba, menos definidos, más retrasados que en otros pueblos hispanoamericanos, los elementos de un orden liberal y burgués. Para que este orden funcionase más o menos embrionariamente tenía que constituirse una clase capitalista vigorosa. Mientras esta clase se organizaba, el Poder estaba a merced de los caudillos militares. Estos caudillos, herederos de la retórica de la Revolución de la Independencia, se apoyaban a veces temporalmente en las reivindicaciones de las masas, desprovistas de toda ideología, para conquistar o conservar el Poder contra el sentimiento conservador y reaccionario de los descendientes y sucesores de los encomendados españoles. Castilla, verbigracia, el más interesante y representativo de estos jefes militares, agitó con eficacia la bandera de la abolición del impuesto a los indígenas y de la esclavitud de los negros. Aunque, naturalmente, una vez en el Poder, necesitó dosificar su programa a una situación política dominada por los intereses de la casta conservadora, a la que indemnizó con el dinero fiscal el daño que le causaba la emancipación de los esclavos.

[...]

No es posible comprender la realidad peruana sin buscar y sin mirar el hecho económico. La nueva generación no lo sabe, tal vez, de un modo muy exacto. Pero lo siente de un modo muy enérgico. Se da cuenta de que el problema fundamental del Perú, que es el del indio y de la tierra, es ante todo un problema de la economía peruana. La actual economía, la actual sociedad peruana tienen el pecado original de la conquista. El pecado de haber nacido y haberse formado sin el indio y contra el indio.

[...]

El error y el pecado de los profetas del progreso peruano y de sus programas han residido siempre en su resistencia o ineptitud para entender la primacía del factor biológico, del factor humano sobre todos los otros factores, si no artificiales, secundarios. Éste es, por lo demás, un defecto común a todos los nacionalismos cuando no traducen o representan sino un interés oligárquico y conservador. Estos nacionalismos, de tipo o trama fascista, conciben la nación como una realidad abstracta que suponen superior y distinta a la realidad concreta y viviente de sus ciudadanos.

[...]

Cuando se supone a la juventud seducida por mirajes extranjeros y por doctrinas exóticas, se parte, seguramente, de una interpretación superficial de las relaciones entre nacionalismo y socialismo. El socialismo no es, en ningún país del mundo, un movimiento anti-nacional. Puede parecerlo, tal vez, en los imperios. En Inglaterra, en Francia, en Estados Unidos, etc., los revolucionarios denuncian y combaten el imperialismo de sus propios Gobiernos. Pero la función de la idea socialista cambia en los pueblos política o económicamente coloniales. En esos pueblos, el socialismo adquiere, por la fuerza de las circunstancias, sin renegar absolutamente ninguno de sus principios, una actitud nacionalista. [...] El imperialismo y el capitalismo de Occidente encuentran siempre una resistencia mínima, si no una sumisión completa, en las clases conservadoras, en las castas dominantes de los pueblos coloniales. Las reivindicaciones de independencia nacional reciben su impulso y su energía de la masa popular.

[...]

Uno de los fenómenos más interesantes, uno de los movimientos más extensos de esta época es, precisamente, este nacionalismo revolucionario, este patriotismo revolucionario. La idea de la nación —lo ha dicho un internacionalista— es en ciertos períodos históricos la encarnación del espíritu de libertad.

[...]

La tradición nacional se ha ensanchado con la reincorporación del incaismo, pero esta reincorporación no anula, a su turno, otros factores o valores definitivamente ingresados también en nuestra existencia y nuestra personalidad como nación. Con la conquista, España, su idioma y su religión entraron perdurablemente en la historia peruana comunicándola y articulándola con la civilización occidental. El Evangelio, como verdad o concepción religiosa, valía ciertamente más que la mitología indígena. Y, más tarde, con la Revolución de la Independencia, la República entró también para siempre en nuestra tradición.

Por lo que, precisamente, es aquí donde entra a tallar la correcta comprensión del capitalismo burocrático; de su impulso, enraizamiento, desarrollo y profundización.

Nuestro proceso histórico se entiende mejor cuando en el análisis se toma en cuenta el desarrollo de la economía, la sociedad y la ley de la contradicción, de la unidad y lucha de contrarios. A lo largo de la historia de nuestra patria lo que se desarrolla no es una dualidad ni un conflicto geográfico sino la formación y lucha de las clases en nuestra peculiar geografía, ¿qué fue sino el desarrollo de las naciones y de todos los Imperios, incluyendo el Imperio Incaico, que fluía sobre nuestro suelo y abarcó Costa, Sierra y Selva? ¿Había una dualidad y un conflicto entre Costa, Sierra y Selva, digamos por ejemplo, entre el Imperio Wari y las naciones chimú y la chachapoyas o entre el Imperio Incaico y las naciones que arrasó y sometió en su avance a lo largo y ancho del territorio que llegaría a ser el gigantesco Tahuantinsuyo? Se dirá que no es lo mismo, sí, claro, cómo no, siempre hay un argumento a favor y otro en contra; pero la escurridiza verdad es sólo una. La Conquista, el Virreinato, la Independencia y la Revolución no pueden ser reducidas sólo a un estudio geográfico del asunto. Es importante hacer un estudio geográfico del territorio que se habita, claro; ello, entre otras cosas, facilita la comprensión de la idiosincrasia, la particularidad, la individualidad y todo lo que se quiera saber acerca de los pobladores y su relación con la naturaleza en un lugar determinado como parte de un todo; sí, correcto, importante, pero no lo es todo y mucho menos excluyente. Eso en lo interno. En lo externo, la ubicación geográfica de un tal territorio puede influir, también entre otras cosas, en los nexos que establezca. Lo dicho forma parte de un todo. Una pregunta más que elemental: El cercar las ciudades desde el campo, ¿es producto de una dualidad y conflicto entre Costa y Sierra? La respuesta es evidente: ¡No!

La geografía juega un papel en el desarrollo económico y social de los grupos humanos, sí, pero, reiteramos, no es el todo ni lo único. Tampoco se trata de qué hicieron ni qué dejaron de hacer criollos e indígenas; si de eso se tratara podríamos llegar a la conclusión de que el adinerado, acomodado, pudiente, negociante, noble, cacique, curaca y mestizo, es decir mestizo de origen americano, Túpac Amaru, movilizó a la masa indígena sólo para renovar, mejorar y acrecentar sus arcas pues cualquier otra cosa le interesaba un carajo. Y esto sin olvidar que la rebelión encabezada por Juan Santos Atahualpa, criado por los jesuitas y que además del quechua y algunas lenguas amazónicas hablaba castellano y latín, fue un levantamiento de varias naciones amazónicas, que logró controlar un extenso territorio de la Selva Central y avanzaba hacia la Sierra Central.

Mariátegui escribe en *7 Ensayos*:

En el plano de la economía se percibe mejor que en ningún otro hasta qué punto la conquista escinde la historia del Perú. La conquista aparece en este terreno, más netamente que en cualquiera otro, como una solución de continuidad.

[...]

Los conquistadores españoles destruyeron, sin poder naturalmente reemplazarla, esta formidable máquina de producción. La sociedad indígena, la economía incaica, se descompusieron y anonadaron completamente, al golpe de la conquista. Rotos los vínculos de su unidad, la nación se disolvió en comunidades dispersas. El trabajo indígena cesó de funcionar de un modo solidario y orgánico. Los conquistadores no se ocuparon casi sino de distribuirse y disputarse el pingüe botín de guerra. Despojaron los templos y los palacios de los tesoros que guardaban; se repartieron las tierras y los hombres, sin preguntarse siquiera por su porvenir como fuerzas y medios de producción.

Atención, sólo para mencionar un punto relevante del montón de realidades que expone en un párrafo pequeñísimo, dice: *Rotos los vínculos de su unidad, la nación se disolvió en comunidades dispersas*. Bien, si los vínculos de unidad quedaron rotos y la nación, y se supone que está hablando de un país o de la población de una unidad territorial más que de una nación como concepto científico, se disolvió en comunidades dispersas; entonces, teniendo en cuenta este punto de vista, la pregunta más elemental es ésta: ¿Cómo podría entenderse la *República de indios* sobre la que algunos sabiamente cacarean?

Mariátegui, en *El Proceso de la instrucción pública*, escribe:

El problema está en las raíces mismas de este Perú hijo de la conquista. No somos un pueblo que asimila las ideas y los hombres de otras naciones, impregnándolas de su sentimiento y su ambiente, y que de esta suerte enriquece, sin deformarlo, su espíritu nacional. Somos un pueblo en el que conviven, sin fusionarse aún, sin entenderse todavía, indígenas y conquistadores.

Aquí, Mariátegui, expresa sus propias contradicciones; en otras palabras, dice que, aunque aún no nos fusionamos ni entendemos, *somos un pueblo* en el que conviven indígenas y conquistadores. Somos un pueblo, eso es lo que hay que destacar; y esta afirmación ya encierra la unidad o identidad de los contrarios que se desarrolla a lo largo del proceso histórico de una nación, unidad que, evidentemente, es condicional, temporal y relativa. Una nación surge en la historia o desaparece de ella, no por el espíritu de "raza" o por la iniciativa política, sino por las condiciones sociales. Punto.

Así, tras un largo proceso, con la guerra de independencia, la reestructuración de la nación entró en su fase final. Sólo un ciego podría no haberse dado cuen-

ta de ese proceso; hasta Alexander von Humboldt había observado que, desde 1789, los criollos decían que ellos no son españoles sino americanos.

Sólo se puede reestructurar algo que ya existe. Incluso hay alguien que, dentro de esa línea de constatación, sintetiza, a su manera, que a raíz de la llamada conquista no sólo nació el nuevo hombre, es decir, el cholo, que viene a ser la unión de los componentes psíquicos y sociales del español y el indio, sino que el propio hombre antiguo, el que venía del Tahuantinsuyo, se amestizó; lo que hizo al Perú un país de mestizos. Queda claro que, ignorando la línea general de este gran acierto, un mal análisis del desarrollo de las contradicciones lleva a algunos a sostener el error de que sobre nuestras tierras conviven 2 naciones separadas; 2 Repúblicas, la de los españoles y la de los indios. Sin embargo, en la práctica, lo que se da es un proceso de fusión indo-hispana, un mestizaje étnico y cultural al que luego se suman influencias de otros Continentes; una simbiosis en toda la línea que lleva a materializar el surgimiento de clases sociales diferenciadas, con características propias y peculiaridades definidas; y, a pesar de sus particularidades o gracias a ellas, también sigue el curso de leyes generales.

Así, lo que se dilucida es no sólo el desenvolvimiento de nuevas costumbres, de una nueva cultura, sino el desarrollo de nuevas contradicciones que tienen su base en la producción y en las relaciones sociales que éstas generan.

Tomando todo lo dicho como base, concluimos que somos una nación de naciones; una nación que habita un país semifeudal y semicolonial constituido en un Estado de dictadura burguesa que se desarrolla como un Estado multinacional en el que conviven, fusionadas o no, las diferentes naciones, nacionalidades, pueblos y etnias que conforman esta nación y que tienen una unidad histórica jalonada a lo largo de todo el proceso de su desarrollo económico, social, cultural, político e ideológico. Somos una nación dividida en clases sociales con intereses comunes, en determinados casos, y antagónicos e irreconciliables, en otros. Somos una nación dividida en una minoría de clases que detenta el Poder y acapara las riquezas y una mayoría de clases desposeída que acumula miseria y pobreza; una mayoría que, bajo la dirección de la clase más avanzada, el proletariado, habrá de construir y desarrollar, cada vez más, los instrumentos necesarios para lograr la plasmación de su unidad de destino y la defensa de los intereses comunes de la nación basada en la alianza obrero-campesina y en los principios de soberanía, independencia y autodeterminación. Somos una nación donde se desarrolla la lucha de clases de las masas explotadas contra los explotadores para plasmar una nueva sociedad dentro del continuo desarrollo del reino de la necesidad al reino de la libertad; pero ésta no caerá del cielo ni nos será dada en gracia, hay que luchar para plasmarla.

El salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad no es concebible sin pasar por la destrucción del Estado en general, del Estado burgués en particular y la lucha por la transformación dialéctica de la necesidad en libertad en el aquí y ahora de cada país. Y, dentro de ese contexto, se comprende mejor la identidad; que en nuestro caso no es el desarrollo paralelo de la identidad andina y de la identidad criolla sino el largo desarrollo de la identidad peruana como síntesis y substancia de lo indígena, lo español y lo africano, al que se añade lo asiático a partir del Siglo XX.

Vista la historia universal, al inicio, la organización social se basaba en las formas gentilicias donde los individuos estaban unidos por lazos de parentesco consanguíneo a lo largo de un encadenamiento de generaciones cuyos rastros genealógicos se perdían en las lejanías del tiempo pero que se mantenían ligados, primero, a la procedencia común del grupo, luego, a las hermandades, que era la unión de grupos emparentados, y que más tarde pasaban a formar una tribu de hermandades emparentadas y, de ahí, a una confederación de tribus. Evidentemente no siempre ésta era una organización lineal; en algunas partes del mundo, podía faltar la hermandad o la confederación de tribus, pero en todo caso la gens, en general, era la unidad orgánica del desarrollo natural de la sociedad.

Las tribus formaron pueblos donde tanto las gens como las hermandades y las diferentes tribus inicialmente conservaban una completa independencia; pero, cuando la nación se formó tras la fusión de los diferentes pueblos en uno solo y adoptó una Constitución con un sistema de derecho popular que estaba por encima de las costumbres legales de las tribus y de las gens y a la cual cada individuo quedaba sometido sin reserva en sus sentimientos, ideas y actos, era ese pueblo, esa nación como un todo único, el que se organiza y lucha por un ideal y un interés común; mientras que en la nación moderna, luego de miles de años de historia y desarrollo continuo, el pueblo es la parte de la nación que está conformada por la gran mayoría, por esa mayoría que agrupa a las clases desposeídas, oprimidas y explotadas; y este pueblo el encargado de luchar por un ideal, por un interés común y por su propia unidad de destino bajo la dirección de su vanguardia, de la clase más avanzada. Y esto, a su vez, nos permite vislumbrar cuál es la perspectiva del futuro desarrollo de la nación hasta la consecución de una sociedad sin clases; y más allá, aún, hasta su desaparición aunque para ello transcurran cientos de años, tal vez miles.

Así, Nación no es lo mismo que Estado. Y, este concepto de nación, está ligado a la necesidad de establecer una República unida; es decir, una República popular que una a todas las naciones y minorías nacionales dentro del irrestric-

to cumplimiento de igualdad de derechos y libertades dentro de un régimen unitario y, a la vez, estratégicamente descentralizado en regiones autónomas donde se aplique un plan central único dado que, dentro de la unidad, la autonomía implica el desarrollo de características comunes, lo cual está reñido con el federalismo y la fragmentación del Estado.

Donde no hay intereses comunes, no puede haber unidad de objetivos y menos aún de acción. Y no se trata de si esos intereses comunes son justos y correctos o no; tampoco se trata de si todas las clases que conforman *la nación*, política y administrativamente, están de acuerdo o no; se trata de cómo luchan entre ellas e incluso dentro de cada una para alcanzar su unidad y sus metas. Es un asunto de unidad y lucha, de la identidad y lucha de los contrarios.

Por ejemplo, ubiquémonos alrededor de la Segunda Guerra Mundial y el paso de una monarquía a República Federal Popular: la Federación Popular de Yugoslavia bajo el mando de Tito y su camarilla —que pueden haber sido todo lo revisionista que se quiera—, logró mantener una relativa unidad nacional reprimiendo los nacionalismos separatistas de serbios y croatas.

A la muerte del revisionista Tito y con la llegada de la llamada democracia, se desató una guerra entre serbios, bosnios y croatas que también alcanzó a los albaneses y macedonios. Etnias diferentes, culturas diferentes, religiones diferentes que se odian a muerte enfrentadas por el nacionalismo más rastrero y donde los serbios masacraron a los bosnios y croatas. Pero esta situación tiene sus precedentes. Los turcos se convirtieron al Islam en el Siglo VIII de nuestra era y cuando conquistaron los Balcanes, entre los Siglos XIV y XV, muchos cristianos aprovecharon las muchas prerrogativas y se convirtieron al Islam. El 28 de junio de 1389, los turcos aniquilaron a los serbios en el Campo de los Mirlos, ubicado en el actual Kosovo, después de que un terrorista serbio diera muerte al sultán Murat; desde entonces los serbios celebran ese día como fiesta nacional. Un acontecimiento similar se repitió, el mismo día, en 1914 cuando otro terrorista diera muerte al nuevo Murat, al archiduque Fernando de Austria. En recuerdo a la matanza del campo de los Mirlos, los serbios siguen reclamando el Kosovo como su Tierra Santa y no han perdonado a aquellos serbios que se convirtieron al Islam y se unieron a sus opresores, los musulmanes bosnios, y 600 años después se han vengado de ellos en Srebrenica.

No es de extrañar que algunos piensen y digan que los serbios siempre hayan sido un pueblo vengativo y que hayan tomado venganza contra el pueblo musulmán utilizando como pretexto y justificación su idea de que los otomanos habían acabado con los pueblos serbios. Lo cual, evidentemente, es un prejuicio histórico sin fundamento; no hay pueblo vengativo, hay dirigentes protervos y, de cuando en cuando, masas descarriadas que los siguen.

Si el mundo girara de venganza en venganza, pobre de él. Nadie puede sostener, dialécticamente, que las guerras y los enfrentamientos se deban o produzcan sólo a causa de resentimientos, desquite o cuestiones étnicas o religiosas en general, esa posición es completamente absurda. Los conflictos violentos se dan entre fuerzas políticas, entre clases sociales que entran en contradicción y tienen de por medio tanto cuestiones ideológicas como políticas, económicas y sociales. La gran mayoría de las llamadas "guerras religiosas" se originan, sobre todo, a acusa de intereses materiales y de clase y son, evidentemente, luchas de clases. En África, el problema de la poca tierra útil que queda, además de los inmensos recursos naturales como petróleo, uranio, oro, diamantes y otros más, es el factor principal que define el inicio del conflicto, su desarrollo y su desenlace. Pero, a pesar de que conocemos o suponemos conocer las razones de fondo y principales, las preguntas siguen siendo: ¿Hay o no hay necesidad de entender bien lo que es una nación? ¿Hay o no hay necesidad de entender el papel que las etnias y la religión juegan en la formación o desintegración de una nación? El problema de la nación, como fondo principal, tiene que ver con las clases sociales, ¿o no? A fin de cuentas y en última instancia, ¿tiene o no que ver con el problema del Frente Único; con el asunto de con quién, cuándo, por qué y para qué se forma el Frente Único de la revolución? ¿Sí o no? Sí, en nuestra opinión, así es.

Hay que concentrarse en los hechos. Hay que llegar a entender el correcto y verdadero significado del concepto nación, el cómo surge y cómo se desarrolla, es necesario y nos sirve de referencia, sí; pero, lo más importante es saber qué hacemos con ella, qué hacemos con la nación, hacia dónde vamos; ésa es la esencia del asunto.

Quien sea fiel al marxismo y aplique la ley de la contradicción al estudio de la naturaleza, la sociedad y las ideas, comprenderá que, en algún momento de la historia universal y el desarrollo social, la *unidad nacional* fue un acto de fundación soberano de las clases dominantes y su ejército, que habían conseguido embolsarse la *identidad nacional*, y el concepto nación ya no se asociaría a un pueblo con destino común sino a la autoridad del Estado. Nada de esto es nuevo, son hechos históricos que nos permiten entender mejor el desarrollo del concepto nación como reflejo de una realidad palpable en el desarrollo histórico de la humanidad y su organización, desde la aparición de las gens hasta nuestros días con el surgimiento, desarrollo, ocaso y fin de los imperios.

Así, profundizando aún más, se puede llegar a la conclusión de que es la nación la que en su proceso de desarrollo, ligado a la producción de medios de existencia y su comercialización, ocupa un territorio sobre el que se establece y a partir de él, por los motivos que fueren, empieza a extender y ensanchar sus límites hasta entrar en colisión con otros grupos humanos o naciones a los que

somete o queda sometida; pero no sólo eso, sino que, en determinados casos, deja los territorios iniciales para desplazarse total o parcialmente, también por los motivos que fueren, hacia otros territorios donde a corto o largo plazo llega, a través de un proceso de conquista, de colonización o de absorción, a controlar esos nuevos territorios que a su vez se expanden o contraen de acuerdo a si se suman victorias o derrotas; y este largo y complicado proceso de miles de años, se desenvolverá hasta que finalmente determinados acuerdos políticos, derivados de las guerras, fijan los límites del territorio de la nación tal o cual, límites que pasarán a ser llamados fronteras y que en su interior brotará lo que será denominado país y que comprenderá en sus límites interiores, según el caso, a una o a varias naciones que cultivaron, de una o de otra forma, una nacionalidad, una condición, una idiosincrasia, un carácter peculiar con larga tradición cultural común aunque cada una de las naciones que conforman tal país cultiven aún las suyas propias, específicas y particulares, en su forma más o menos original o con adaptaciones, con integraciones o en simbiosis con las otras manifestaciones culturales; son las naciones las que históricamente dan configuración al territorio y no es el territorio el que caracteriza a la nación.

Paralelamente a este proceso se desarrollan las lenguas y debe especificarse como proceso paralelo, sin ser parte de la superestructura, ya que el desarrollo, las modificaciones y las evoluciones de las lenguas se dan precisamente dentro del proceso de desarrollo interactivo o de intercambio de los grupos humanos o de las naciones; y esto puede ser fácilmente corroborado, en su parte más avanzada, al estudiar la evolución de la protoescritura, del sistema de símbolos, de la representación gráfica de una idea o palabra, y la historia de la escritura y la de los diferentes alfabetos; son las naciones las que desarrollan su forma particular de hablar, son las naciones las que desarrollan un sistema de comunicación verbal llamado idioma y son las mismas naciones las que le imprimen determinadas características particulares y peculiares, como se puede apreciar en el caso de los dialectos de un mismo idioma, y no es el idioma el que caracteriza a la nación.

Es la nación la que desarrolla, en su relación con la naturaleza, diversas formas de vida económica, modos de producción que dentro de la historia de la humanidad tienen leyes generales para cada período específico y que en la historia de las naciones esas leyes generales, para cada período específico, tienen concreciones que le imprimen un carácter particular, dentro de lo general, a cada nación o a cada una de las naciones dentro de un país; y, a la inversa, a pesar de toda la variedad y de toda la diversidad que muestran, estas concreciones se mueven siempre dentro de ciertas formas comunes dentro del período específico y es la base económica del momento dado la que determina los usos, las costumbres, las creencias, la cultura, la identidad nacional y todo aquello que

abarca la superestructura, la cual remata en un sistema de ideas determinado por las relaciones sociales de producción, generado por ellas; superestructura a la que corresponden determinadas formas de conciencia social como reflejo del ser social. Por lo tanto, son las naciones las que en su relación con la naturaleza crean, consciente o inconscientemente, las diversas formas de vida económica y no son éstas las que caracterizan a la nación.

O sea, dicho de otra forma, la nación misma es la que crea las características que la acompañan a lo largo de su surgimiento, forja y desarrollo y no son las características las que definen ni las que determinan su existencia o no; una nación puede existir, en determinadas circunstancias históricas, sin contar con un territorio preciso, entendiendo éste como aquella extensión de tierra delimitada por fronteras y llamado país como en el caso de los griegos, de los judíos y de los alemanes y lo mismo es válido para el idioma en los 3 casos. Por lo tanto, no es cierto que, en determinada etapa del desarrollo de las sociedades, la formación de naciones significaba su transformación en Estados nacionales independientes sino que son las naciones las que en el transcurso de su historia y desarrollo forman o construyen sus Estados.

Por encima de las inciertas y movedizas fronteras territoriales, la nación, en sus orígenes, se formó sobre una misma memoria, una geografía de experiencia y conocimiento. En la historia de la humanidad, reiteramos, se pasa de los vínculos consanguíneos de las gens a las tribus y de éstas a las federaciones de tribus, cuando las hubo, y son éstas las que formaron pueblos que se constituyeron en naciones cuando se organizaron y adoptaron una Constitución con un sistema de derecho popular luchando por un ideal y un interés que era común a todos los que formaban la nación; un proceso determinado no por el crecimiento poblacional sino, principalmente, por la ligazón de los grupos humanos a la producción, a la distribución y el intercambio; posteriormente aparecería la diferenciación de los oficios, la apropiación del excedente y las clases sociales y con ellas el Estado y sus fuerzas armadas como garantes de la propiedad privada —propiedad privada sobre los medios de producción—; y así hasta que el desarrollo actual de la economía y de la sociedad destruyen las barreras nacionales sustituyéndolas por los antagonismos de clase que es lo principal.

Así es cómo aparece la nación históricamente y va sufriendo modificaciones a lo largo de su desarrollo hasta el punto de que hay naciones oprimidas y naciones opresoras, sin que esto quiera negar que dentro de cada una de ellas haya diferentes clases que luchan entre sí. Y es precisamente aquí donde entra a tallar el derecho de separación, la aplicación práctica de los derechos de soberanía, independencia y autodeterminación de los pueblos, de las naciones y de los Estados.

Así, la errónea definición de Stalin queda desbaratada en el acontecer mundial.

Esa definición de nación sirvió para negar la condición de nación al pueblo judío y después se ampararon en ella para perseguir y seguir masacrando a los judíos a pesar de que pretendía lo contrario. Esa definición procuraba acabar con la propensión del espíritu pequeñoburgués al antisemitismo, pero terminó exacerbándolo. Esa definición, principalmente, intentó explicar y dar solución al problema de las nacionalidades para combatir una ola de nacionalismo y el chauvinismo belicosos; pretendió unir las voluntades para luchar por la solución de los problemas comunes, pero las buenas intenciones se escurrieron por el alcantarillado.

Stalin, en *El marxismo y la cuestión nacional*, afirmó que

La nación no es simplemente una categoría histórica, sino una categoría histórica de una determinada época, de la época del capitalismo ascensional. El proceso de liquidación del feudalismo y de desarrollo del capitalismo es, al mismo tiempo, el proceso en que los hombres se constituyen en naciones.

Y, ligando esa tesis al carácter del movimiento nacional, agregó:

Por lo expuesto se ve claramente que, bajo el capitalismo *ascensional*, la lucha nacional es una lucha entre las clases burguesas. A veces, la burguesía consigue arrastrar al proletariado al movimiento nacional, y entonces *exteriormente* parece que en la lucha nacional participa "todo el pueblo", pero eso sólo exteriormente. En su *esencia*, esta lucha sigue siendo siempre una lucha burguesa, conveniente y grata principalmente para la burguesía.

[La cursiva es del original.]

Llegados aquí, podemos decir que Stalin se equivocó de principio a fin; y no sólo en la definición de nación.

Con el tiempo, Stalin cambió de opinión, sí, es cierto. Algunos afirman que esos cambios de opinión son parte del desarrollo, como reflejo de las condiciones concretas del momento, de la época o de lo que fuere. Una simple manobra de distracción, nada más.

Stalin dijo que, *después* del triunfo de la revolución rusa en 1917 y en contraposición a los que enarbolaban la inamovilidad e inviolabilidad de su tesis de 1912, ya estaba superada y que aunque había sido justa en su momento en adelante la nación ya era una categoría histórica también perteneciente a la época de la revolución socialista; y que, por lo tanto, la lucha nacional ya no era única ni exclusivamente una lucha de la burguesía para ampliar el mercado sino que *con el* triunfo de la Revolución de Octubre había surgido una nueva

situación internacional en la que para combatir al imperialismo era necesario que las naciones oprimidas desarrollen una lucha por sus reivindicaciones y su independencia como parte de la revolución proletaria. Evidentemente se podría decir que ése fue un paso dialéctico y la parte positiva ya que de acuerdo con la nueva situación histórica del momento, es decir, tras el triunfo de la Revolución Rusa, se entró a una nueva época, la de la revolución proletaria; y además, se podría argumentar que, como Stalin lo hizo, de acuerdo a la situación histórica, lo que en un momento es acertado en otro no lo es. Pero, en el fondo, Stalin recurre a un argumento dialéctico, el cambio de condiciones y circunstancias históricas y políticas, para justifica la validez, para otros tiempos, de su tesis sobre nación; sin embargo, ese concepto de nación fue, es y seguirá siendo erróneo para todos los tiempos aunque recurran, como otros lo hacen, a las manoseadas *necesidades concretas del momento*. Y hay muchos que ni siquiera se dan cuenta de la jugada y siguen sosteniendo como válida la antigua tesis de Stalin; ni se han enterado del cambio por él introducido.

El supuesto *cambio* de Stalin también parte de una premisa falsa dado que los cambios internacionales a partir de 1917 y en la década del 20 ya estaban germinando desde inicios de 1900 y por tanto era previsible lo que se venía y más aún si se trabajaba en ese sentido. Por lo tanto, no sólo falla en el análisis concreto sino, y eso es lo peor, en la perspectiva, se queda sin visión del conjunto. Así las cosas, si uno se equivoca, lo reconoce y se corrige, queda bien, queda como lo que es: un ser de carne y hueso dispuesto a aprender de los errores; de lo contrario, si se usan malabarismos verbales y se recurre constantemente al *cambio de las condiciones concretas*, no para constatar su real existencia sino para tapar sus desaciertos, entonces, en ese asunto, simplemente se equivocó y no hay por qué sacarle las castañas del fuego. Una vez más, el concepto de nación ideado por Stalin no sólo fue erróneo en la década del 20 sino que ya era erróneo cuando lo inventó, más aún, si el problema de la nación está estrechamente ligado a la cuestión nacional.

Lenin escribió, antes del triunfo de la revolución, en *La Revolución Socialista y el derecho de las Naciones a la Autodeterminación* (1916):

Primero, los países capitalistas avanzados de Europa Occidental y los Estados Unidos. En ellos han terminado hace mucho los movimientos nacionales burgueses de tendencia progresista. Cada una de estas "grandes" naciones oprime a otras naciones en las colonias y dentro del país. Las tareas del proletariado de las naciones dominantes son allí exactamente las mismas que tenía en Inglaterra en el Siglo XIX con relación a Irlanda.

Segundo, el Este de Europa: Austria, los Balcanes y, sobre todo, Rusia. Precisamente el Siglo XX ha desarrollado en ellos de modo singular los movimientos nacionales democráticos burgueses y ha exacerbado la lucha nacional. Las tareas del proletariado de esos países, tanto en la culminación de sus transformaciones democráticas burguesas como en la ayuda a la revolución socialista de otros Estados, no pueden ser cumplidas

sin defender el derecho de las naciones a la autodeterminación. En ellos es singularmente difícil e importante la tarea de fundir la lucha de clase de los obreros de las naciones opresoras y de los obreros de las naciones oprimidas.

Tercero, los países semicoloniales, como China, Persia y Turquía, y todas las colonias, que suman juntos cerca de 1,000 millones de habitantes. En ellos acaban de empezar, en parte, los movimientos democráticos burgueses y, en parte, están lejos de haber terminado. Los socialistas no deben limitarse a exigir la inmediata liberación absoluta, sin rescate, de las colonias, reivindicación que, en su expresión política, significa precisamente el reconocimiento del derecho a la autodeterminación; los socialistas deben apoyar con la mayor decisión a los elementos más revolucionarios de los movimientos democráticos burgueses de liberación nacional en dichos países y ayudar a su insurrección —y, llegado el caso, a su guerra revolucionaria— *contra* las potencias imperialistas que los oprimen.

[La cursiva es del original.]

Sin mayores comentarios. Así queda desbaratado el *argumento* de Stalin: *después del triunfo de la revolución rusa en 1917...*

La nación existe desde hace miles de años, antes de que apareciera el capitalismo, y todavía existirá varios miles de años más después de su desaparición; y si esto no se comprende bien, tampoco daremos una solución acertada a la cuestión nacional, al problema de la nacionalidad ni al de las minorías nacionales. Y aquí no hay receta que valga.

Así, pues, insistimos, la nación no surge con la liquidación de la feudalidad y el desarrollo del capitalismo; la nación surge antes de la aparición de las clases sociales como tales; surge, volvemos a insistir, cuando los hombres se organizan en pueblos, cuando éstos se fusionan y se dan una Constitución con un sistema de derecho popular que se establece por encima de las costumbres legales de las tribus y de las gens; se unen y luchan por un ideal y un interés común dejando de lado sus intereses particulares.

Todo lo que viene después es parte del desarrollo de las naciones dentro de las sociedades divididas en clases hasta alcanzar su actual expresión política dentro de un Estado. Además, en algunos países como el nuestro, y en otros más aún, el asunto de las nacionalidades no sólo tiene que ver con la relación entre las diferentes naciones sino que tiene que ver con las minorías nacionales y las etnias, por lo que somos un país multinacional con minorías étnicas y todos juntos formamos políticamente una nación dividida en clases, algunas de ellas, con intereses irreconciliables que luchan entre sí. Esto es lo principal.

Si no entendemos ni manejamos correctamente el problema de las nacionalidades y las etnias, podríamos llegar a ver una ciudad, una región, un país y hasta todo un Continente sumergido en el fango del oprobio donde intereses

contrarios a los nacionales, encontrarán el necesario rastrojo para atizar el fuego de su insaciable voracidad. Por supuesto, como siempre, esos intereses, los intereses nacionales, se entienden de diferente manera y según la perspectiva de la clase que los enuncia. Pero si consideramos que, además de las características que acabamos de analizar, la nación no sólo es un grupo humano con una comunidad de voluntad, con una voluntad de ser, de conformar una unidad, sino que además es un grupo humano que viviendo bajo un mismo techo está dividido en clases, entonces comprenderemos que el verdadero interés nacional es aquel que representa el de las grandes mayorías, el de las clases que conforman el pueblo; y éste se define según el momento histórico y el nivel de lucha alcanzado tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

Por otro lado, si no entendemos la tendencia del hombre a seguir el camino fácil y su postración ante sus propias ideas fantásticas sobre la fuerza de la naturaleza y de la sociedad, entonces no llegaremos a entender que la religión, como tal, apareció ligada a los sacerdotes con la apropiación del conocimiento, y cuando éstos se apropian, además, de los excedentes de la producción, que da origen a la propiedad privada sobre los medios de producción, pasan a formar una nobleza hereditaria que a su vez da origen a la monarquía, luego aparecerá la oligarquía, la aristocracia y toda la gama de formas de Gobierno y sistemas de Estado que ya conocemos y que se han desarrollado hasta nuestros días. Si no entendemos esto, no entenderemos que la religión, ligada al Estado o no, es un fenómeno social producto de la explotación y que sólo se irá extinguendo en la medida en que tal explotación vaya siendo barrida con el surgimiento de la nueva sociedad.

La religión se extinguirá cuando el hombre deje de ser dominado por un poder ajeno, cuando deje de ser dominado por las propias relaciones económicas que ellos mismos han creado y por los medios de producción que ellos mismos han producido; desaparecerá cuando el hombre deje definitivamente de pensar y de sentir que el hombre propone y dios dispone; cuando el hombre proponga y disponga, desaparecerá el último poder ajeno que se refleja en la religión y con él desaparecerá también el reflejo religioso mismo por la sencilla razón de que no habrá nada ya que reflejar. Ésta es una de las ideas más elementales del marxismo, pero algunos, que se autodefinen como *marxistas*, la usan tan sólo como muletilla castrada de contenido y a la hora de los loros hacen exactamente lo contrario por dogmatismo, intransigencia y prepotencia.

Si damos una mirada al resurgimiento de la Iglesia Ortodoxa en las tierras antes dominadas y sometidas por el descompuesto, hundido y desaparecido socialimperialismo soviético, entonces advertiremos con claridad lo que tratamos de referir. Si vemos cómo en China rebrota la doctrina de Confucio y

cómo encuentran asidero el cristianismo, el islamismo y todo tipo de sectas religiosas, entonces entenderemos mejor lo que tratamos de explicar.

Podrá pasarse décadas educando al hombre desde que nace para que adquiera un método científico de análisis; podrá dotársele de todos los medios posibles de formación y comunicación para que profundice el estudio de las ciencias, del arte, de la cultura y de todas las ramas habidas y por haber del saber para que logre comprender dialécticamente las fuerzas de la naturaleza y de la sociedad, para que pueda manejarlas, someterlas y transformarlas. Sí, todo ello es factible. Al hombre se le puede proveer de todo lo necesario para desarrollar su intelecto y su capacidad de discernimiento, pero si no se cambian las bases sobre las que se levanta y desarrolla la historia, entonces bastará un pequeño momento de duda para que el hombre sucumba ante cualquier mito. Basta echar una mirada sobre China revisionista, aunque sea superficial, para notar cómo el consumismo y el dinero también adquieren un carácter religioso. Y si mezclamos el problema de las minorías nacionales con la religión y agregamos una pizca de nacionalismo reaccionario y chauvinismo, entonces tenemos, para mal de males, no sólo un potente material explosivo sino, también, un potente elemento corrosivo.

Pues bien, así la cosas, sabemos que no faltarán aquellos geniecillos sabelotodo, especialistas en repetir recetas y consignas anquilosadas; doctos en repetir hasta la saciedad textos sacados de contexto que de tanto repetirlos en el vacío pierden su contenido, su valor real y estratégico; sabemos que saltarán a la palestra pataleando como energúmenos sobre suelo parejo y orondos espetarán que recorreremos caminos trillados; que todo lo que decimos no es más que un cúmulo de lugares comunes, de simplezas y desatinos y afirmarán que el fondo del asunto no es más que el resultado del nuevo reparto del mundo; que no es más que el producto del papel del imperialismo que lo lleva a definir sus zonas de influencia para imponer su orden generando guerras de todo tipo como locales, regionales y hasta un posible conflicto mundial, atómico o no; dirán con alborozo, sorprendidos por su propia genialidad, que no es más que el producto de una situación donde la superpotencia hegemónica única, el imperialismo yanqui, desata más su agresión contra las naciones oprimidas; dirán que son guerras de rapiña en colusión y pugna por rebatifa preparatoria de otro nuevo reparto del mundo —muy nuevo, nuevecito— y que dentro de esta situación la opinión pública nacional e internacional es favorable a tal o cual infundio y etcétera, etcétera y etcétera. Repeticiones, cacareos, aspavientos y enjaulados melodramas de gatito capón; caricatura de verdades y verdades a medias.

De ahí que uno se pregunte qué diablos significó esa bufonada cuando, en octubre de 1992, el enjaulado renegado Guzmán afirmó petulante ante la radio, la prensa y la televisión nacional e internacional: *¡La nación está en riesgo!* ¿De qué nación hablaba? ¿De qué diablos hablaba? ¿De la nación peruana? ¿Del Estado peruano? ¿De la nación en formación, entre comillas? ¿O del revoltijo que tiene en su cabeza? Si se mira bien el contexto de sus palabras, se nota con claridad que confunde nación con Estado como quien confunde soplos con pedos. Pero el fondo de la cuestión es que viola la política y el espíritu de frente único vendiendo al mejor postor nuestra independencia dentro de él; traiciona los verdaderos intereses nacionales, puesto que la política de frente único es precisamente una política de clase; y, pretende poner de rodillas a la nación frente al enemigo principal.

El pretexto, esgrimido sin la mayor reflexión por sus obsecuentes secuaces, fue:

Resaltamos que el problema de la Comisión de la Verdad es de gran importancia para la sociedad peruana en su conjunto pues tiene que ver con la democratización de la sociedad peruana y la solución política a los problemas derivados de la guerra y para concretar y cumplir realmente sus objetivos debe concluir en una verdadera amnistía general en función de una futura reconciliación nacional que es necesidad del pueblo, la nación y la sociedad peruana en su conjunto.

[...]

La Defensoría del Pueblo señala que, de 1980 a 1996 habrían en estado de presunta desaparición 4,022 personas, esta cifra la extrae del análisis de 1,762 denuncias presentadas al Ministerio Público por desaparición. Esta cifra es minimizada pero cabe señalar que estos casos han sido estudiados, analizados y comprobados.

Pero este no es el total de personas desaparecidas por el Estado Peruano, su número es mucho mayor. En todos los años de guerra interna hay un promedio de 10,000 personas desaparecidas habiendo alcanzado su mayor intensidad durante el Gobierno de Alan García Pérez, en este período las desapariciones no sólo se dieron en el campo, sino en las ciudades, y en la propia capital de la República. Durante el Gobierno del genocida Fujimori Fujimori, esta monstruosa política genocida se mantuvo, llegando en los 2 primeros años de su Gobierno al número alcanzado por Belaúnde y García Pérez juntos, en ese mismo período de tiempo. Posteriormente fue disminuyendo en forma gradual, pero esto no fue porque el Estado peruano dejó de aplicar su política genocida de las desapariciones, sino a la petición hecha por el Dr. Abimael Guzmán Reynoso [*sic!*] al Gobierno de Fujimori para llevar adelante conversaciones a fin de concretar un Acuerdo de Paz que ponga término a la guerra interna iniciada por el Partido Comunista del Perú en mayo del 80.

[*Convención de organizaciones y masas por una auténtica Comisión de la Verdad, realizado los días 10 y 11 de agosto de 2001.*]

Más claro, ni el agua cristalina.

Antes de pasar al tema de la literatura, tal vez resulte ocioso —pues no faltará quien esgrima el argumento del *cambio de las condiciones concretas*... es decir, si el cabecilla está preso o no— pero recordemos lo planteado por el propio Abimael Guzmán en el documento de la *Sesión preparatoria del II Pleno del Comité Central del PCP* (evento desarrollado durante los meses de octubre-noviembre de 1990 y febrero de 1991); analizando la situación del agro en la Selva, comenta lo planteado en un artículo publicado por el *Seminario Permanente de Investigación Agraria*.

Entre otros, préstese atención, y reténgase en la memoria, a lo que opina sobre los sentimientos nacionales, la identidad cultural, la unidad nacional, las naciones, las minorías y, en especial, sobre el "reconocimiento" del quechua como tráfico demagógico que se hace al reducir nacionalidad a lengua, a cultura, se lee:

En el campo étnico-social. Plantea que el Estado ve a las masas ribereñas y nativas como no interesadas en el progreso y que por tanto poco aportan en términos económicos, que sus requerimientos de tierras y recursos se ven restringidos, que se precisa desarrollar mecanismos para integrarlas a la vida nacional y a la economía de mercado. Dice que el Estado entiende que los indígenas por conservar una identidad diferenciada, no pueden asumir sentimientos nacionales y que el conjunto de la población regional tiene tendencias separatistas que se expresan en la constitución de los frentes de defensa regionales. Las organizaciones políticas nacionales comparten muchas de estas mismas imágenes. En síntesis, el Estado ve a las masas con prejuicio, como ignorantes, que están contra el progreso, que son incapaces de asumir sentimientos nacionales y lo que quieren es explotarlas más e introducir sus planes de economía de mercado; pero cómo pedirles a las poblaciones indígenas sentimientos nacionales si se las ha mantenido aisladas, si nada o casi nada se ha hecho por integrarlas y obviamente dentro de las condiciones en que viven es bien difícil que espontáneamente se integren; para el Estado la cuestión es sembrar "espíritu nacional y sentimiento patriótico" de ahí su acción cívica, pero transformar la base económica, las relaciones de producción, las relaciones de explotación, nada. Querer concebirlas como realidades étnicas distintas es riesgoso porque atenta contra la unidad nacional, para nosotros es problema nacional desde el punto de vista del marxismo, tener en cuenta sus peculiaridades y la realidad nacional, no se las puede concebir simplemente como naciones, con su cultura, con su lengua porque esto es concebir en forma reducida y totalmente errónea la cuestión nacional, eso es reconocerles sólo una parte y someterlos y oprimirlos en el fondo. Es necesario que nosotros concretemos el Programa y tratemos el problema nacional para todo el país no sólo para los selvícolas. El marxismo nos enseña que esas agrupaciones deben desenvolverse como naciones en todo el sentido de la palabra, en todo el contenido que tiene; aplicar las tesis del camarada Stalin sobre nación, quien plantea que para definir una nación deben verse 4 características: unidad de lengua, unidad de territorio, unidad de economía y unidad de psicología, esta última se concreta en cultura; para el marxismo, es el capitalismo el proceso que impulsa a las naciones. Un ejemplo bien claro es el proceso que se dio en Europa Oriental, esas naciones se han conformado, extienden sus dominios y agrupan a otras que no llegaron a cuajar y surge el problema de naciones sometidas. A éstas el marxismo les plantea el derecho de ser autónomas, pero esto se puede quedar en palabra si no se les plantea el derecho a separarse. Marx analiza el imperio Austro-húngaro, ve hechos concretos y plantea el derecho a la separación. En el camarada Stalin también encontramos el derecho a la separación, es pues clave. Pero tam-

bién implica el derecho a unirse libremente y obviamente esto ligado a una economía unida que lo sustente, una base económica que le permita unirse y no una economía que sirva a explotarlos. Lenin por eso dijo derecho de autonomía se concreta en derecho a separarse libremente.

Mucho se agita el reconocimiento de sus derechos, pero desligan el derecho a tener un territorio propio, es que en el fondo reducen nación a cultura, problema nacional a identidad cultural. Una de las expresiones de reducir a cultura el problema nacional es Velasco: "reconoció" el quechua y sacaba el diario La Crónica en quechua, pero, si los campesinos no saben ni leer ni escribir cómo iban a leer en quechua, además no es lengua escrita, es solamente hablada, ha sido un grupo de estudiosos en un evento quienes le dieron esa estructura que el quechua no llegó a madurar, le dieron una grafía que no había aún logrado. Ahí tenemos un caso de reducir nacionalidad a lengua, a cultura y a la vez un tráfico demagógico.

¿Cómo garantizar el uso de una lengua de un grupo minoritario? no se logra con una ley y el Perú lo ha demostrado, el caso que hemos mencionado así lo prueba, como tampoco por una ley van a respetar las costumbres; con ese tipo de leyes, decía el camarada Stalin, no se resuelve nada; reducir el problema nacional a la dación de una serie de leyes por el Estado no resuelve el problema, debe ligarse a la unidad de lengua, a la de territorio, a la de economía y a la de psicología concretada en cultura, si no se reduce a "respeto a su lengua y sus costumbres" por decreto ley y se las convierte en "ghetto"; es una forma oportunista de ver el problema, es un respeto formal a su lengua y costumbres y un sometimiento real al Estado que manda. Por eso, a las minorías se les debe reconocer sus derechos plenos y verdaderos, a todo y libremente; el problema central es reconocerles y que realmente rijan la igualdad de derechos y libertades, aplicar el principio de la territorialidad y su forma orgánica, la región, donde esas minorías se desenvuelvan y puedan, por tanto, crearse regímenes autónomos que libremente decidan unirse o separarse del Estado en que viven; pensar también que las regiones autónomas implican ciertas modalidades comunes.

Para nosotros es un problema que debemos analizar para tratar en el Programa del Partido; hay mucha confusión dentro de nuestro país y se conoce poco en el Partido. Lo claro es que el Perú es una nación en formación y que la tendencia histórica es a unirse; nosotros con la revolución apuntamos a regímenes unitarios, a una sola República, pero a la vez descentralizado en agrupaciones estratégicas amplias; estamos por Estados unitarios y descentralizados, unitarios porque nos hace más fuertes y descentralizados ya que, como en la guerra, aplicamos un plan único centralizado para todos los frentes de trabajo, hacemos, por ejemplo, planes económicos únicos, aplicables en las distintas regiones. Así, en cada región se aplica el mismo plan y puede potenciar ampliamente la iniciativa para aplicarlo y especificarlo a cada situación concreta, inclusive. Rige para todos el mismo principio de planificación; nosotros hablamos de realidades, si no qué es la experiencia revolucionaria de la URSS, y de China sino realidad, hecho material del cual muchas lecciones podemos extraer. La planificación, creación del socialismo, nos permite manejar la contradicción entre necesidad y libertad en una cuestión esencial: manejar las relaciones de producción, ordenarlas y dirigir la acción transformadora del hombre, no un sometimiento total a las leyes sino una expresión concreta de libertad; planificar permite el manejo económico y social unir la acción transformadora de los hombres masivamente. Para el marxismo, libertad no es comprender la necesidad solamente sino, comprendiéndola, actuar para transformarla ya que los hombres son los creadores de las relaciones sociales, ejecutores de esas leyes que las ejercitan consciente y libremente, conscientes de todo ese proceso de la humanidad que se convierte en leyes objetivas; así la planificación es sumamente importante.

Nosotros en el Estado que construimos aplicamos la centralización sobre la base de la democracia real, verdadera, no ésa que vemos aquí o en el plano internacional en los países imperialistas; aplicamos una centralización estratégica y una descentralización táctica, así un Estado con planificación estratégica y planificación táctica, descentralizada para las grandes regiones en que nuestro Estado se organice, obviamente no serán como las regiones que están haciendo en el viejo Estado, sino regiones en las que se ejerza la descentralización táctica, donde se potencie la iniciativa, donde los hombres libremente puedan ejercer la democracia; hasta, si es necesario, introducir regímenes autónomos para las minorías, las que descentralizarán en su ámbito lo general, lo centralizado por el Estado.

Una desviación derechista es reducir el problema nacional a cultura, reducir la cuestión nacional a cultura, a respeto de culturas, sólo de su lengua y sus costumbres, ésta es una tesis oportunista que fue combatida en la Internacional Comunista. Entonces, se debatía sobre esta cuestión y se trataban los planteamientos de Marx; en el Imperio Austro-húngaro el asunto se reducía a respecto de lengua y de costumbres y se sometía a las naciones por la fuerza de las armas al dominio político y económico, al autoritarismo; éste es un ejemplo de Estado autoritario; el nuestro, al contrario de lo que nos imputan, no es un Estado autoritario, es un Estado en el cual se ejerce como en ningún otro sistema la democracia, se ejerce el control desde abajo y desde arriba y los hombres ejercen libremente su capacidad transformadora. En el caso de ese Estado reaccionario se les sometía a su orden imperial.

Hoy día, entre nosotros, esa desviación se está expresando en reducir nación a cultura y por otro lado, generar divisiones para sofrenar y golpear la revolución democrática, eso es lo que hace el ILV (Instituto Lingüístico de Verano), lo que hacen las fuerzas armadas y lo que ventean muchos intelectuales. Sobre cómo se está viendo el problema nacional en el Perú y las desviaciones que se presentan en cada una de las facciones de la gran burguesía, volveremos. También será conveniente tratar el problema nacional en otro acápite.

Nuestra posición sobre las minorías es, en resumen, el reconocerles el derecho a separarse libremente, pero como comunistas les planteamos que más conveniente es la unidad. Consideramos que la lengua que nos va a unir es el español, no solamente a nosotros sino a todos los latinoamericanos, pero no nos oponemos a que se hable en lenguas nativas o dialectos; que el proceso nacional que se está expresando apunta a tener base económica común, a tener un territorio que ya está delimitado incluso, a tener una psicología común, de la cual deriva una cultura común. Ése es el rumbo que se está desarrollando y que el proletariado prosigue y proseguirá en el nuevo Estado de república democrática de nuevo tipo y de dictadura del proletariado; para la conformación definitiva y desarrollo de la nación peruana pero dentro del internacionalismo proletario.

Garantizar sociedades no cuajadas en un proceso social es el rumbo histórico, no hay otro y estamos contra las desviaciones oportunistas de reducir nación a identidad nacional o a cultura; también estamos contra la manipulación imperialista de ir contra la revolución usando el problema de nación para dividir al pueblo y aislar al proletariado.

Estamos por la conformación de la nación peruana y este proceso de nación en formación lo desarrollaremos plasmando la revolución. En síntesis, la formación de la nación peruana está en transición y se consigue con revolución.

Es importante que tratemos este tema porque toda revolución democrática tiene que resolver el problema nacional y el problema de la tierra.

Es así a grandes rasgos como concebimos el problema, debemos ver la situación de los nativos, selvícolas, colonos, pero en general debemos tratar el problema nacional. Además tengamos presente que siempre, la experiencia internacional nos lo demuestra, los reaccionarios usan las minorías contra los procesos revolucionarios, nos lo demuestra por ejemplo Guatemala, Vietnam, entre otros.

[La negrita es nuestra.]

Pues bien, ¿qué dice la recua revisionista guzmanista hoy?

- ***La revolución ha fracasado...***

- ***Las clases dominantes*** impusieron el neoliberalismo y ***remataron su proceso***, de manera que la sociedad devino en capitalista...

- Todos ***estos cambios generaron y viene generando modificaciones*** en las diversas características determinantes de la nación, ***que concertaron, en lo sustancial, la unidad económica, de territorio, de idioma y de psicología, que se traduce en unidad de cultura...***

-Así, ***después del proceso vivido en las tres últimas décadas***, concluimos que ***la nación peruana ha culminado su formación***, si bien falta desarrollarla...

¿Cómo? ¿No era que el ***proceso de nación en formación lo desarrollaremos plasmando la revolución, que se consigue con revolución?***

Según el infundio del revisionismo guzmanista, ***la revolución ha fracasado...*** Entonces, ¿de qué hablan? Arrojan arena a los ojos del pueblo para poder seguir negociando su capitulación en pos de amnistía y alistamiento; para servir al orden reaccionario y participar en él tras una felona reconciliación nacional.

La guerra popular, la revolución peruana, fue traicionada y vendida por un plato de lentejas que los ominosos nunca llegarán a probar.

La *nación* que estos individuos describen se identifica con *la versión* de las clases dominantes.

Nosotros insistimos en la concepción dialéctica del proceso histórico que hemos descrito a lo largo del escrito y que planea, para su discusión, que somos una nación dividida en una minoría de clases que detenta el Poder y acapara las riquezas y una mayoría de clases desposeída que acumula miseria y pobreza; una mayoría que, bajo la dirección de la clase más avanzada, el proletariado, habrá de construir y desarrollar, cada vez más, los instrumentos necesarios para lograr la plasmación de su unidad de destino y la defensa de los intereses comunes de la nación basada en la alianza obrero-campesina y en los princi-

prios de soberanía, independencia y autodeterminación, en el derecho a unirse o separarse libremente. Somos una nación donde se desarrolla la lucha de clases de las masas explotadas contra los explotadores para plasmar una nueva sociedad dentro del continuo desarrollo del reino de la necesidad al reino de la libertad; esto, a su vez, nos permite vislumbrar cuál es la perspectiva del futuro desarrollo de la nación hasta la consecución de una sociedad sin clases; y más allá, aún, hasta su desaparición. La libertad no caerá del cielo ni nos será dada en gracia, hay que luchar para plasmarla.

Sobre la literatura como expresión del arte y, en especial, de la cultura proletaria

Veamos algunos de los argumentos esgrimidos por el revisionismo guzmanista, escriben:

Uno de los elementos indispensables de una nación es la unidad de psicología, que se traduce en **unidad de cultura**. De manera que **los hombres unidos en una nación** manifiestan particularidades en su fisonomía espiritual, que se expresa en las peculiaridades de su **cultura nacional, reflejo de su vida económica e idioma**.

[Nueva Crónica n° 7 - 2017, pág. 7]

[La negrita es nuestra.]

¿Unidad de cultura?

¿Una sociedad homogénea y armónica donde prima la uniformidad, la igualdad, la unidad y la conciliación de clases o una sociedad donde se desarrolla la lucha de clases por el Poder?

..., dado que el campesino quechua se ha desplazado y establecido en todo el país, **llevando su cultura e idioma**; tanto que la Lima actual reúne la mayor población quechuahablante del Perú, de manera que el "**acento andino**" viene imponiéndose irreversiblemente frente al habla criollo costeño.

A estas alturas del proceso seguido en la brega con la dualidad quechua-castellano, incluido en el terreno de la literatura, podemos afirmar resueltamente que **la unidad de la nación peruana, en cuanto lengua, se ha configurado con el castellano. Un castellano peruano que los lingüistas denominan andino, caracterizado por los matices de su fusión con el quechua, como el idioma capaz de traducir y comunicar la materia del espíritu nacional**. Lo que podemos ver en los trabajos de Vallejo, Arguedas, Eleodoro Vargas Vicuña, Hildebrando Pérez Huaranca y de toda una hornada de escritores en plena producción, especialmente de procedencia andina e hijos de migrantes. Éstos **bregan y aportan, desde la literatura, a reflejar y perfilar el castellano pe-**

ruano, el castellano andino, como idioma común que permite la comunicación e integración de los miembros de la nación peruana. Éste es el rumbo que corresponde seguir en la literatura nacional, tanto en la voz narrativa como en la de los **personajes representativos del pueblo y la nación.**

[Nueva Crónica n° 7 - 2017, pág. 10]

[La negrita y cursiva es nuestra; las comillas, del original.]

Aparte de algunas fantasías literarias, lo que "reconocen", "respectan", defienden y propalan estos señores es el "*acento andino*", el dejo y el mote de lo que llaman el *castellano peruano*, el *castellano andino* —que, según ellos, *en cuanto lengua*, configura la *unidad de la nación peruana*—; un modo de hablar que, según estos literatos, es *capaz de traducir y comunicar la materia del espíritu nacional*; *que permite la comunicación e integración de los miembros de la nación peruana...* ¿Incluida las mesnadas de gamonalillos, los ronderos, los llamados grupos de autodefensa y otras jaurías de depredadores contrarrevolucionarios?

Para que no quede dudas, reiteran en sus conclusiones:

El proceso económico-social, y su reflejo en la literatura, revela que se configura un *castellano peruano*, con los matices de su *fusión* con el quechua, como elemento de *unidad* de la nación peruana. Una hornada de escritores, en plena producción creativa, refleja y aporta desde la literatura a *perfilar el castellano peruano como idioma que permite la comunicación e integración de los miembros de la nación peruana.*

[Nueva Crónica n° 7 - 2017, pág. 12]

[La cursiva es nuestra.]

La *cultura nacional*, el dejo y el mote del *castellano peruano*, del *castellano andino*, la *unidad de la nación peruana*, como reflejo de su vida económica... es decir, hoy, según ellos, como reflejo del *fracaso de la revolución* y del establecimiento del *simplemente capitalismo*.

¿Qué leímos en la larga cita del documento del PCP reproducida líneas arriba?

Una desviación derechista es reducir el problema nacional a cultura, reducir la cuestión nacional a cultura, a respeto de culturas, sólo de su lengua y sus costumbres, ésta es una tesis oportunista que fue combatida en la Internacional Comunista.

Por otro lado, la popularización del arte y la literatura sirve para ayudar y guiar a las masas; para aprender y extraer la savia del pueblo y, a través de él, compartir el adecuado, rico y vivo lenguaje de las masas, del habla del pueblo, a fin de agitar su conciencia, a fin de politizarlas y movilizarlas. La creación artística y literaria proletaria está en contra de la trivialidad y la huachafaría; está reñida con el uso de expresiones estrambóticas inventadas por intelectualillos de escritorio que llenan sus obras con expresiones que son completamente ajenas al uso popular.

No olvidar, jamás, que el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general; que no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.

La literatura en el Perú, como en todo el mundo, tiene un carácter netamente clasista; la literatura, como todo el arte y la cultura, tiene un carácter de clase y está ligado, entre otras cosas, a la escritura, al lenguaje y al idioma. No se trata, únicamente, de la forma y el estilo; en esencia, se trata de que éstas, indefectiblemente, están ligadas a los criterios, opiniones, actitudes y posiciones de los autores; al contenido ideológico y político que se expresa en toda obra de arte.

La literatura nacional, la literatura peruana, en la medida que expresa una nación dividida en clases sociales con intereses comunes, en determinados casos, y antagónicos e irreconciliables, en otros, se divide en literatura reaccionaria y literatura revolucionaria.

La literatura reaccionaria es aquella que defiende los intereses del imperialismo, de las clases dominantes y de las fuerzas de la reacción —la gran burguesía compradora-burocrática, los grandes terratenientes y, en la actualidad, el sector reaccionario de la burguesía media.

La literatura revolucionaria es la que defiende los intereses de las clases populares y de las fuerzas de la revolución —el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y, en la actualidad, el sector progresista de la burguesía media.

La burguesía media, la burguesía nacional, en nuestro país, tiene un doble carácter. Débil y carente de capitales y según los encrespados vientos de la lucha de clases, se desenvuelve bamboleante y dual entre revolución y contrarrevolución, mientras cada nueva crisis la destroza y aplasta hasta los límites de la asfixia. En el momento actual, se divide en 2 bloques: uno progresista y otro abiertamente reaccionario.

Dentro de la literatura revolucionaria peruana tenemos la literatura proletaria, que es la que enarbola, defiende, aplica y difunde la ideología del proletariado, el marxismo-leninismo-maoísmo; es aquella que, desarrollando la cultura proletaria, defiende sus irrenunciables intereses de clase y las del pueblo en abierto combate contra el imperialismo, el capitalismo burocrático, la semifeudalidad y el revisionismo. La literatura proletaria coadyuva a dirigir políticamente a las masas en la consecución de su destino histórico, de su meta histórica, precisa e inexorable.

Al escritor comprometido y consciente no le basta reflejar la realidad, afila su trabajo en el dominio ideológico y contribuye a cambiar la fisonomía espiritual del hombre y de la sociedad utilizando sus propias ideas; contribuye a transformar la educación, la literatura, el arte y los demás dominios de la superestructura a fin de facilitar la estructuración y centralización de ideas, opiniones y posiciones correctas como una unidad para la acción; y esta unidad para la acción se materializa en revolución, en guerra popular.

Entre ambos polos —entre el campo de la literatura reaccionaria, de la literatura contrarrevolucionaria, y el campo de la literatura revolucionaria, que se excluyen mutuamente—, hay un conglomerado de autores que aún vacilan; queda toda una generación de escritores conformada por novelistas, narradores, cuentistas y poetas, surgidos durante el llamado boom de la narrativa de los años de la violencia política, que en general son autores de obras de ficción en las que, afectados por la violencia política durante la guerra civil de los años 80 y parte de los 90, se esforzaron por captar y representar la realidad mientras navegaban en busca de posibles soluciones; pero, desde afuera y al filo de los hechos, se comportaron como espectadores que emitían un juicio, partidario o no, de los acontecimientos; unos, en medio de las escaramuzas o rodeados por ellas, tomaron parte, conscientemente o no, por uno de los bandos ya no como espectadores pasivos sino como actores convictos y confesos; otros, deambularon entre 2 aguas o cabalgaron a la grupa de 2 caballos salvajes haciendo cabriolas para no caer sobre ascuas que podrían marcarlos de por vida y, cohibidos por las limitaciones del observador supuestamente imparcial, mostraron sus temores y gustos o preferencias.

El desarrollo de las fuerzas productivas y las fuerzas de producción provocan, de modo inevitable, en algunas clases y grupos de personas, una actitud vacilante entre revolución y contrarrevolución, entre el proletariado y la burguesía; y es natural que, al interior de ese conglomerado, se manifiesten oscilaciones de un campo a otro, cambios de frente, vacilaciones e inseguridad; pero, a fin de cuentas, al agudizarse la lucha entre estos 2 polos, entre estas 2 clases, al producirse un viraje increíblemente brusco en todas las relaciones sociales, uno de estos polos, una de estas clases, atraerá a sus filas, o a su periferia, a los elementos intermedios, vacilantes e inseguros. La tarea del proletariado consiste en dirigir el desarrollo cultural de las masas populares; en luchar por atraer a las masas a su influencia; lo que el proletariado debe hacer es conducir a los vacilantes, a los inseguros, tras de sí; esta tarea no puede ser cumplida con eficacia si no se combate decididamente contra la contrarrevolución, contra la reacción y el revisionismo.

Aunque algunos mequetrefes se horroricen con sólo oír la palabra violencia, hay que señalar que la clave para la victoria de la guerra popular es la conqui-

ta de la democracia y la libertad en el terreno político; y que con el triunfo de la revolución y ante una agresión externa, la guerra de resistencia al agresor, requiere la paz y un alto grado de unidad orgánica y política en todo el país, pues sin democracia y libertad, es imposible consolidar la paz ya conquistada ni fortalecer la unidad interna. La guerra, en ambos casos, requiere la movilización del pueblo, pero sin democracia y libertad no hay manera de movilizarlo; y esto no tiene nada que ver con un país *integrado y unificado*; lo primero parte del reconocimiento y aceptación de la lucha de clases y la dictadura del proletariado mientras lo segundo parte de la conciliación de clases y el reaccionario democratismo pequeñoburgués.

La lucha por la libertad es un imperecedero paso en el desarrollo de la lucha popular y está estrechamente ligada a los derechos del pueblo y a la soberanía popular. La defensa de la soberanía nacional, de la independencia, de la autodeterminación y de la integridad territorial, lo mismo que el internacionalismo y el nacionalismo revolucionarios, favorecen la unidad siempre y cuando nos apoyemos en nuestros propios esfuerzos y en las masas y mantengamos nuestra independencia ideológica, política y organizativa.

Se puede quebrantar la ley, pero no negarla.

Mientras duró la guerra popular, se desplegó un enorme y loable esfuerzo literario que se quedó en la periferia de lo acontecido; hubo quienes desconocían al militante, al combatiente, pero se esforzaron por percibirlo desde su particular punto de vista, desde su propia tendencia ideológica y política; lo dicho, lo escudriñaron desde el punto de vista del espectador; arañaron la realidad pues tenían una visión parcial del problema de la guerra, o si se lo prefiere, de la violencia política, y se enfocaron únicamente en su carácter destructivo; se sintieron atrapados y, encandilados por los llamados efectos colaterales, sufrieron el dolor ajeno; al escribir acerca del militante, acerca del combatiente, optaron por *el lado* que lo presenta como *luchador social* y lo aislaron del escenario, el resultado fue algo superficial e impreciso con algunas pinceladas de realidad.

Evidentemente, no faltaron quienes, armados con buena pluma y mejor talento, respondieron con fuego al fuego. Aquí debemos destacar a aquellos que, desde el campo de batalla o desde las mazmorras de la reacción, expresaron en sus obras de arte todo su potencial revolucionario; pero, a la postre, algunos de ellos, al tomar servil posición por el revisionismo guzmanista, se convirtieron en promotores y propagandistas de una línea ideológica y política colaboracionista y contrarrevolucionaria; unos pocos persisten en seguir por la única senda certera, a saber: por la senda de la revolución.

A veces, hay gente que tiende a cambiar de camino; sobre todo los irresolutos y vacilantes, más aún, cuando la antorcha de la revolución pierde fuerza.

Veamos un ejemplo de extraordinario potencial revolucionario en proceso de metamorfosis. Walter Vargas Cárdenas, en *Camino de Ayrabamba*, escribió:

[...]

Habían salido a las diez de la mañana desde las alturas de Putica, y seguían la misma ruta que recorriera Bolívar en la última campaña emancipadora. Habían ascendido a ritmo acelerado el zigzagueante camino orillado por tupidos ayrampos y ahora atravesaban la gran pampa cubierta de dorados ichus y erizada de formidables titankas. La ligera brisa les despejaba la mente y les templaba los nervios. Los sentimientos y las ideas del joven costeño adquirían mayor orden y claridad. Cuántos cambios han ocurrido en tan pocos meses, pensaba, los tiempos de guerra dan una tónica más intensa a la vida.

[...]

El joven ciudadano se encontraba gratamente sorprendido por las últimas palabras de la madre. Los campesinos pobres presienten la trascendencia de la lucha armada, pensaba con profunda satisfacción. En secuencias aceleradas pasaron por su mente los titánicos esfuerzos desplegados durante los últimos años, especialmente los tres últimos, que habían culminado con el Partido en condiciones óptimas de dirigir la guerra popular. Durante ese período, los militantes, y él mismo lo era, habían sido desplazados al campo, a vivir, trabajar y luchar con el campesinado pobre, según directiva de su organización. El joven meditaba en la penetrante visión del Partido de haber iniciado la lucha armada en momentos en que la creciente protesta popular de los últimos años se orientaba al desborde. Como era de esperarse, el gobierno militar había desplegado enormes esfuerzos para impedir el desarrollo de la protesta y había desatado una amplia represión policial y movilizad a todo el aparato burocrático estatal. Precisamente, en mayo último, en Chuschi, cuando la quema de ánforas electorales, los guerrilleros habían encontrado en la municipalidad un comunicado del subprefecto de Cangallo, en el que registraba las crecientes manifestaciones contra el gobierno y las elecciones, y clamaba por mayor dotación de fuerzas policiales para impedir el avance del trabajo político del Partido Comunista. Mas, como decían los hechos, la acción armada se había iniciado beligerante y ahora se desarrollaba pujante.

[...]

La suerte del hacendado estaba echada, y la del capataz junto a él. La decisión había sido tomada y no había apelación posible. El mando militar dispone que cuatro guerrilleros ejecuten la sentencia. Éstos ordenan caminar al terrateniente y al capataz. No le maten a mi hija, por favor, es lo único que atina a decir inseguro el hacendado, antes de ponerse en marcha. Tu hija no ha sido juzgada, responde el mando político, a ella nada le pasará. El terrateniente y el capataz son conducidos en dirección a la capilla por cuatro guerrilleros. Transcurren dilatados segundos en los que la masa humana espera inquieta, intercambia rumores, gestos de asentimiento, hasta que retumban dos disparos. Los sonidos caen como bálsamo tibio sobre las heridas centenarias de los campesinos,

quienes sienten un alivio desconocido, una especie de aligeramiento de la carga que venían soportando por toda la vida.

[...]

Luego de un breve descanso realizaron una reunión. La acción guerrillera que hemos realizado, compañeros, es un éxito del Partido y la revolución, dijo el mando político, lo nuevo se desarrolla en medio de dificultades, y siguiendo el luminoso ejemplo de la acción de Ayrabamba marchamos hacia la guerra de guerrillas, cumpliendo con la necesidad de remover el campo con acciones principalmente guerrilleras. El Partido realizará oportunamente el balance de la acción, sacando las lecciones positivas y negativas, porque las hay, pero es bueno que tengamos en cuenta estas apreciaciones iniciales. Hemos golpeado contundentemente a la semifeudalidad en esta zona; ahora, con mayor razón, los terratenientes y sus defensores no podrán ya dormir tranquilos. La semilla comienza a germinar y otro mundo se abre para alegría de las masas. Una nueva aurora se impondrá necesariamente. Intervinieron los combatientes y el mando político percibió que el ánimo era de optimismo palpable, pese a la evidente preocupación por desconocer el paradero del anterior mando político. El mando notaba que los combatientes comprendían la trascendencia de lo nuevo que había brotado, pese a sus pequeños y modestos inicios, y se afincaban en la convicción de que avanzaban por el camino correcto, por el camino que les abría el fusil. El compromiso de persistir en la brega era recurrente en cada uno de ellos, que manifestaban estar dispuestos a entregar hasta la vida para conquistar el Poder para el pueblo y construir un mundo nuevo.

[...]

... El campesino prendió su radio y de inmediato se escuchó la inconfundible voz de Juan Ramírez Lazo, en Radio Victoria, que daba cuenta de la incursión y el aniquilamiento realizados en Ayzarca, y de los numerosos perros negros colgados en diversos puntos de Lima, con carteles en letras negras que decían Teng Siao-ping, hijo de perra, en alusión a quien había asaltado el Poder en China tras la muerte del Presidente Mao Tsetung. Motivo de renovada alegría que alimentó sus espíritus y la resolución de seguir adelante por el luminoso camino iniciado en Chuschi y Ayrabamba.

Amanecía cuando salieron de la casa. El cielo despejado presagiaba una mañana soleada. Reiniciaron la marcha.

Mayo 1990.

Y, líneas más abajo, haciendo alusión al genocidio perpetrado por el reaccionario Estado peruano durante los primeros días de mayo de 1992 en el penal Miguel Castro Castro, remata su relato disparando una pregunta al aire:

Llegué exhausta y conmocionada a mi casa. Pero la lectura del primer relato ha espantado el cansancio y despejado mi mente. Y en ella se configuran ahora dos planos que se superponen. Me pregunto, ¿cuántos de aquellos que habían caminado en la abrupta geografía de la sierra han muerto en estos cuatro días? Me consta que hay ayacuchanos entre los muertos. El pesar ocasionado por la muerte de tantos jóvenes llenos de vitalidad se amalgama con los sentimientos que he conocido en estos últimos días, aunque me siento incapaz aún de definirlos con exactitud, y también con la emoción de conocer algo que es desconocido por el común de la gente. Ahora estoy segura de que fue un

acierto salvar este hallazgo valioso, y lo mejor será entregarlo a sus legítimos propietarios, para que hagan con él lo que crean conveniente...

Nuevamente escucho explosiones seguidas de intensa balacera... ¿Acaso será cierto que los subversivos realmente pueden tomar el Poder?

Canto Grande, mayo 2005.

[*Camino de Ayrabamba y otros relatos*, páginas 13-52.
Publicado por el *Grupo Literario Nueva Crónica*, noviembre de 2007.]

La literatura fomentada por el revisionismo, en general, y por el revisionismo guzmanista, en particular, es reaccionaria; y, por lo tanto, enemiga del pueblo y la revolución. El revisionismo guzmanista enmascara ladinamente sus intenciones con una "forma popular" —exagerando, distorsionando y aplicando burdamente el dejo y el mote del llamado *castellano peruano*— para deslizar consignas contrarrevolucionarias.

Escogiendo del montón, veamos, por ejemplo, el caso del señor Vargas autor de la obra citada un poco más arriba. Completada su metamorfosis, escribe:

... Hace mucho tiempo que no espero justicia de ricos; pero quisiera que Estado reconozca lo que pasó aquí, que fue principal responsable de todo. Así, **con amnistía cerrar heridas que siguen doliendo, terminar con persecución, odios y venganza por lo que pasó en la guerra**, y pobres seguir buscando una mejor vida.

[Walter Vargas Cárdenas - *Pampaycucho* - Cuento (2012),
en *Nueva Crónica* n° 7 - 2017, pág. 27]
[La negrita es nuestra.]

O este otro:

... Han pasado veintisiete años de este genocidio. Actualmente, quedamos aún unos trescientos prisioneros políticos y de guerra, luchando por nuestros **derechos fundamentales**, principalmente por nuestra ganada libertad con veinte años de prisión efectiva, y **enarbolando la solución política** a las consecuencias de un hecho eminentemente político que brilló ante el mundo, como es la guerra popular dirigida por el PCP. **Solución que implica una amnistía general para civiles, policías y militares, en función de una reconciliación nacional, porque es una necesidad del pueblo, la nación y la sociedad peruana en su conjunto.**

[Dante Álvarez - *Día del prisionero de guerra* - Testimonio (2012),
en *Nueva Crónica* n° 7 - 2017, pág. 33]
[La negrita es nuestra.]

El revisionismo es el peligro principal que tiene la revolución en el mundo; es el peligro principal para el Partido del proletariado y la revolución en el Perú, por eso debe ser implacablemente desenmascarado, combatido y aplastado.

Veamos algunos fundamentos teóricos y principios básicos del marxismo.

Mariátegui, en una carta dirigida a Samuel Glusberg, aleccionó:

Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse, aun combatiéndose. Con el sector político que no me entenderé nunca es el otro: el del reformismo mediocre, el socialismo domesticado, el de la democracia farisea.

Lenin, en *La organización del Partido y la literatura del Partido*, obra en la que analiza las características de la literatura proletaria, escribe:

Será una literatura libre, porque no han de ser el afán de lucro y el arribismo, sino la idea del socialismo y la simpatía por los trabajadores las que incorporen a sus filas nuevas fuerzas. Será una literatura libre, porque servirá no a damiselas hastiadas de todo, no a los "diez mil de arriba", cargados de aburrimiento y de grasa, sino a millones y decenas de millones de trabajadores, que son la flor y nata del país, su fuerza, su futuro. Será una literatura libre que fecundará la última palabra del pensamiento revolucionario de la humanidad con la experiencia y el trabajo vivo del proletariado socialista, una literatura que establecerá una constante acción recíproca entre la experiencia del pasado (el socialismo científico, culminación del desarrollo del socialismo desde sus formas primitivas, utópicas) y la experiencia del presente (la lucha actual de los camaradas obreros).

En *Un paso adelante, 2 pasos atrás*, enseñó:

Cuando se habla de lucha contra el oportunismo, no hay que olvidar nunca un rasgo característico de todo el oportunismo contemporáneo en todos los terrenos: su carácter indefinido, difuso, inaprehensible. El oportunista, por su misma naturaleza, esquivo siempre plantear los problemas de un modo preciso y definido, busca la resultante, se arrastra como una culebra entre puntos de vista que se excluyen mutuamente, esforzándose por "estar de acuerdo" con uno y otro, reduciendo sus discrepancias a pequeñas enmiendas, a dudas, a buenos deseos inocentes, etc., etc.

En *El Estado y la revolución*:

Quien reconoce solamente la lucha de clases no es aún marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa. Limitar el marxismo a la doctrina de la lucha de clases significa cercenar el marxismo, tergiversarlo, reducirlo a algo aceptable para la burguesía. Sólo es un marxista quien hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado. En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o un gran) burgués ordinario. Ésta es la piedra de toque en la que deben comprobarse la comprensión y el reconocimiento reales del marxismo.

En *Marxismo y revisionismo*:

En la esfera política, el revisionismo intentó revisar realmente los fundamentos del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de clases. La libertad política, la democracia, el sufragio universal —nos decían los revisionistas— destruyen el terreno para la lucha de clases y desmienten la vieja tesis del *Manifiesto Comunista* de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia prevalece "la voluntad de la mayoría", según ellos, no se debe considerar al Estado como órgano de dominación de clase ni negarse a establecer alianzas con la burguesía progresista, socialreformista, contra los reaccionarios.

[...]

El carácter inevitable del revisionismo está determinado por sus raíces de clase en la sociedad actual. El revisionismo es un fenómeno internacional.

En *I Congreso de la Internacional Comunista*, desentrañando la traición del revisionismo al socialismo y la defensa que hacen de la democracia burguesa, escribe:

La historia enseña que ninguna clase oprimida ha implantado ni ha podido implantar jamás su dominación sin atravesar un período de dictadura, es decir, de conquista del Poder político y de represión violenta de la resistencia opuesta siempre por los explotadores, la más desesperada y furiosa, una resistencia que no reparaba en crímenes. La burguesía, cuyo dominio defienden ahora los socialistas que hablan contra la "dictadura en general" y enaltecen la "democracia en general", conquistó el Poder en los países avanzados a costa de una serie de insurrecciones, de guerras civiles y de represión violenta contra los reyes, los feudales, los esclavistas y contra sus tentativas de restauración. Los socialistas de todos los países, en sus libros y folletos, en las resoluciones de sus congresos y en sus discursos de agitación, han explicado miles y millones de veces al pueblo el carácter de clase de estas revoluciones burguesas y de esta dictadura burguesa. Por eso, la actual defensa de la democracia burguesa en forma de discursos sobre la "democracia en general" y el actual vocerío y clamor contra la dictadura del proletariado en forma de gritos sobre la "dictadura en general", son una traición directa al socialismo, el paso efectivo al lado de la burguesía, la negación del derecho del proletariado a su revolución proletaria, la defensa del reformismo burgués precisamente en un momento histórico en que este reformismo ha fracasado en todo el mundo y en que la guerra ha creado una situación revolucionaria.

Mao Tsetung, en *Sobre la nueva democracia* (1939), remarcando la importancia del *Movimiento del 4 de Mayo* de 1919 y el papel de las bases de apoyo revolucionarias en el campo, antes del triunfo de la revolución, escribió:

Queremos forjar una **nueva cultura de la nación** china, pero ¿qué tipo de cultura debe ser ésta?

[...]

... puede afirmarse que **la nueva política de la nación china es la política de nueva democracia**, que **su nueva economía es la economía de nueva democracia** y que **su nueva cultura es la cultura de nueva democracia**.

Tal es la característica histórica de la revolución china en la actualidad. Todo partido, grupo político o individuo participante en la revolución china que no la comprenda, será incapaz de dirigir esta revolución y llevarla a la victoria, y será abandonado por el pueblo y condenado a lamentarse miserablemente en un rincón.

[...]

La cultura de nueva democracia es la cultura antiimperialista y antifeudal de las amplias masas populares; hoy día, es la cultura de frente único antijaponés. Esta cultura sólo puede ser dirigida por la cultura e ideología del proletariado, es decir, por la ideología comunista, y nunca por la cultura e ideología de ninguna otra clase. En una palabra, la cultura de nueva democracia es la cultura antiimperialista y antifeudal de las amplias masas populares dirigida por el proletariado.

[...]

Por ser el proletariado quien dirige la política, la economía y la cultura de nueva democracia, todas ellas contienen elementos de socialismo, que no son elementos cualesquiera, sino de importancia decisiva. Sin embargo, **tomadas en su conjunto, ni la política, ni la economía, ni la cultura son todavía socialistas, sino de nueva democracia.** Esto se debe a que la revolución en su presente etapa es una revolución democrático-burguesa, cuya tarea básica consiste principalmente en combatir al imperialismo extranjero y al feudalismo interno, y no es una revolución socialista, llamada a derrocar el capitalismo. Respecto de la cultura nacional, no sería acertado creer que la existente cultura nacional es o debe ser socialista en su totalidad. Esto sería tomar la ideología comunista, que debemos difundir, por un programa de acción inmediato a poner en práctica, y tomar la posición y el método comunistas, que debemos adoptar al examinar los problemas, realizar estudios, organizar el trabajo y formar cuadros, por la orientación general para la educación y la cultura nacionales en la etapa de la revolución democrática de China. **Una cultura nacional de contenido socialista será necesariamente el reflejo de la política y la economía socialistas.** Hay elementos de socialismo en nuestra política y nuestra economía, y, como reflejo de ellos, los hay también en nuestra cultura nacional; no obstante, **tomada nuestra sociedad en su conjunto, no hemos establecido todavía una política y una economía completamente socialistas; por lo tanto, no podemos tener una cultura nacional totalmente socialista.** Puesto que la presente revolución china forma parte de la revolución socialista proletaria mundial, la actual nueva cultura de China forma parte de la nueva cultura socialista proletaria mundial y es una gran aliada suya. Pero, **considerada la cultura nacional en su conjunto, si bien contiene importantes elementos de cultura socialista, no es por entero en calidad de tal como forma parte de la cultura socialista proletaria mundial, sino en calidad de cultura de nueva democracia, de cultura antiimperialista y antifeudal de las grandes masas populares.** Ahora bien, dado que la revolución china de hoy no puede prescindir de la dirección del proletariado chino, la actual nueva cultura de China tampoco puede prescindir de la dirección de la cultura e ideología del proletariado chino, es decir, de la dirección de la ideología comunista. Con todo, como en la presente etapa esta dirección significa conducir a las masas populares en una revolución política y cultural antiimperialista y antifeudal, el contenido de la nueva cultura nacional sigue siendo, en su conjunto, de nueva democracia, y no socialista.

Está fuera de duda que en la actualidad debemos ampliar la difusión de la ideología comunista y poner más energía en el estudio del marxismo-leninismo; de no proce-

der así, seremos incapaces tanto de llevar la revolución china a la futura etapa socialista como de conducir la actual revolución democrática a la victoria.

[...]

... al aplicar el marxismo en nuestro país, **los comunistas chinos deben integrar plena y adecuadamente la verdad universal del marxismo con la práctica concreta de la revolución china**; en otras palabras, **el marxismo debe combinarse con las características nacionales y revestir una determinada forma nacional** para poder ser útil; en ninguna circunstancia es admisible aplicarlo de manera subjetiva y formulista. **Los marxistas formulistas no hacen más que mofarse del marxismo y de la revolución china; para ellos no hay cabida en las filas de ésta. La cultura china debe tener su propia forma, es decir, una forma nacional. Nacional en la forma y de nueva democracia en el contenido**, tal es nuestra nueva cultura de hoy.

La cultura de nueva democracia es científica. Está contra toda idea feudal y supersticiosa y por la búsqueda de la verdad en los hechos, por la verdad objetiva y por la unidad entre la teoría y la práctica. A este respecto, **el proletariado chino, con su pensamiento científico, puede formar un frente único contra el imperialismo, el feudalismo y la superstición con los materialistas y hombres de ciencia de la burguesía china que sean progresistas, pero nunca puede formar un frente único con ningún tipo de idealismo reaccionario**. En la acción política, los comunistas **pueden establecer un frente único antiimperialista y antifeudal con idealistas e incluso con creyentes, pero nunca pueden aprobar su idealismo ni sus doctrinas religiosas**. En el curso de los largos siglos de la sociedad feudal china se creó una espléndida cultura. **Analizar el proceso de desarrollo de esa cultura, eliminar su escoria feudal y asimilar su quintaesencia democrática es una condición necesaria para desarrollar la nueva cultura nacional y reforzar la autoconfianza nacional; pero en ningún caso podemos recogerlo todo indiscriminadamente y sin crítica. Es imperativo separar la excelente cultura antigua popular, o sea, la que posee un carácter más o menos democrático y revolucionario, de todo lo podrido, propio de la vieja clase dominante feudal**. La nueva política y la nueva economía actuales de China provienen de su vieja política y su vieja economía, y su actual nueva cultura también proviene de su vieja cultura; por ello, **debemos respetar nuestra propia historia y no amputarla. Pero respetar la historia significa conferirle el lugar que científicamente le corresponde, significa respetar su desarrollo dialéctico, y no glorificar lo antiguo para denigrar lo presente ni ensalzar el veneno feudal**. En cuanto a las masas populares y a la juventud estudiantil, lo esencial es **orientarlas** para que miren hacia adelante y no hacia atrás.

La cultura de nueva democracia pertenece a las masas y es, por lo tanto, democrática. Debe servir a las masas trabajadoras, a los obreros y los campesinos, que constituyen más del 90% de la nación, y **convertirse gradualmente en su propia cultura**. Hay que hacer una distinción de grado entre los conocimientos impartidos a los cuadros revolucionarios y los impartidos a las masas revolucionarias y, a la vez, vincularlos, así como distinguir entre la elevación del nivel cultural y la popularización de los conocimientos y, a la vez, vincularlos. **La cultura revolucionaria es para las grandes masas populares una poderosa arma de la revolución. Antes de la revolución, prepara ideológicamente el terreno, y durante ella, constituye un sector necesario e importante de su frente general**. Los trabajadores revolucionarios de la cultura son comandantes en diferentes niveles de este frente cultural. **"Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario"** [V. I. Lenin: *¿Qué Hacer?*]; de esto se desprende lo importante que es el **movimiento cultural revolucionario para el**

movimiento práctico de la revolución. Tanto el movimiento cultural como el práctico deben ser de masas. Por consiguiente, los trabajadores progresistas de la cultura deben tener, durante la Guerra de Resistencia contra el Japón, su propio ejército cultural, y éste no puede ser sino las grandes masas populares. Un trabajador revolucionario de la cultura que no vaya a las masas es un "comandante sin tropas" y no dispone de la potencia de fuego para abatir al enemigo. Para alcanzar este objetivo, **la lengua escrita debe ser reformada bajo determinadas condiciones y nuestro lenguaje tiene que aproximarse al de las masas populares, porque son ellas la fuente inagotable de nuestra cultura revolucionaria.**

Cultura nacional, científica y de masas: tal es la cultura antiimperialista y antifeudal de las amplias masas populares, la cultura de nueva democracia, la nueva cultura de la nación china.

La política, la economía y la cultura de nueva democracia, combinadas, constituyen la república de nueva democracia, la República de China digna de su nombre, la nueva China que nos proponemos crear.

[La negrita es nuestra.]

En El foro de Yenán sobre arte y literatura (1942):

La burguesía rechaza siempre las obras del arte y la literatura proletarias, por muy grandes que sean sus méritos artísticos. El proletariado, a su vez, debe examinar, en primer término, la actitud hacia el pueblo de las obras artísticas y literarias de las épocas pasadas y si tienen una significación progresista en la historia, y de este modo adoptar una actitud diferenciada hacia ellas. Algunas obras, radicalmente reaccionarias desde el punto de vista político, pueden tener al mismo tiempo cierta calidad artística. Cuanto más reaccionario sea el contenido de una obra y cuanto más elevada su calidad artística, tanto más puede envenenar al pueblo, y mayor razón existe para rechazarla. La característica común del arte y la literatura de todas las clases explotadoras en su período de decadencia, es la contradicción entre su contenido político reaccionario y su forma artística. **Lo que exigimos es la unidad de la política y el arte, la unidad del contenido y la forma, la unidad del contenido político revolucionario y el más alto grado posible de perfección de la forma artística.** Por progresista que sea en lo político, una obra de arte que no tenga valor artístico, carecerá de fuerza. Por eso nos oponemos, tanto a las obras artísticas con puntos de vista políticos erróneos, como a la creación de obras al "estilo de cartel y consigna", obras acertadas en su punto de vista político pero carentes de fuerza artística. En el problema del arte y la literatura, tenemos que sostener una lucha en 2 frentes.

Estas 2 tendencias existen en la mente de numerosos camaradas. Ya que muchos camaradas tienden a descuidar el aspecto artístico, hay que prestar atención a elevar su nivel artístico. Pero, a mi ver, el aspecto político constituye, en el presente, el problema más grave. Hay camaradas que carecen de conocimientos políticos elementales, y por consiguiente tienen toda suerte de ideas confusas.

[La negrita es nuestra.]

En Sobre el Gobierno de coalición (1945):

Fue durante estos 2 años [1934-1936] cuando, en consonancia con la nueva situación, el Partido Comunista de China estableció y comenzó a aplicar una línea política nueva e

integral, la línea de **frente único nacional** antijaponés, cuyo objetivo era lograr la **unidad para la resistencia al Japón y crear una república de nueva democracia**.

[...]

¿Qué es entonces lo que preconizamos? El establecimiento, tras la completa derrota de los agresores japoneses, de **un régimen estatal de frente único, de alianza democrática, basado en la abrumadora mayoría de la población y dirigido por la clase obrera, un régimen que llamamos de nueva democracia**.

[...]

Naturalmente, entre estas clases **no dejarán de existir contradicciones**, siendo una de las más evidentes la contradicción entre el trabajo y el capital. Por lo tanto, **cada una de estas clases tendrá demandas propias**. Sería una hipocresía y un error negar la existencia de esas contradicciones y demandas. Pero, **a lo largo de toda la etapa de nueva democracia, esas contradicciones y demandas no pueden ni deben prevalecer sobre las demandas comunes**. Podrán ser reajustadas, lo que permitirá a esas clases realizar conjuntamente la construcción política, económica y cultural del Estado de nueva democracia.

La política de nueva democracia, que preconizamos, consiste en derrocar la opresión extranjera y liquidar la opresión interior feudal y fascista, para luego establecer un régimen político de frente único de todas las clases democráticas, y no uno de vieja democracia.

[...]

Al ingresar en el Partido, todo comunista tiene presentes **2 objetivos** claramente definidos: **la revolución de nueva democracia, en la actualidad, y el socialismo y el comunismo, en el futuro**; y por estos objetivos luchará a pesar de la hostilidad, las calumnias, las injurias y las befas, estúpidas y abyectas, de los enemigos del comunismo, las cuales debemos combatir resueltamente.

[...]

Sería pura quimera tratar de construir una sociedad socialista sobre las ruinas del orden colonial, semicolonial y semifeudal, sin un Estado unificado de nueva democracia, sin el desenvolvimiento del sector estatal de la economía de nueva democracia, sin el desarrollo del sector privado capitalista y del sector cooperativo, sin el desarrollo de una cultura nacional, científica y de masas —la cultura de nueva democracia—, sin la liberación y el desarrollo de la iniciativa individual de los centenares de millones de seres del pueblo, en una palabra, sin una consecuente revolución democrático-burguesa de nuevo tipo, dirigida por el Partido Comunista.

[...]

Una vez dadas las condiciones políticas de nueva democracia, el pueblo chino y su Gobierno deben tomar medidas efectivas para edificar gradualmente, en el curso de un

cierto número de años, las industrias pesada y ligera, transformando así a China de país agrícola en industrial. **Un Estado de nueva democracia no puede consolidarse a menos que se base en una economía sólida**, esto es, en una agricultura avanzada, mucho más desarrollada que la actual, y en una gran industria que ocupe una posición netamente predominante en la economía nacional, con un desarrollo correspondiente de las comunicaciones, el comercio y las finanzas.

[...]

A fin de barrer la opresión extranjera y la feudal y crear un Estado de nueva democracia, hacen falta gran número de intelectuales al servicio del pueblo: pedagogos, profesores, hombres de ciencia, ingenieros, técnicos, médicos, periodistas, escritores, literatos y artistas, así como trabajadores corrientes de la cultura. Ellos **deben poseer el espíritu de servir al pueblo, y trabajar arduamente**. Todo intelectual que rinda servicios meritorios al pueblo debe ser respetado y considerado como un valioso bien de la nación y la sociedad.

[...]

La cultura nacional y la instrucción pública de China deben ser de nueva democracia; esto quiere decir que China tiene que **forjar una nueva cultura y una nueva instrucción pública, nacionales, científicas y de masas**.

[...]

La igualdad efectiva y genuina nunca puede ser un simple regalo de Gobiernos extranjeros, sino que **el pueblo** chino la **debe conquistar** principalmente con sus propios esfuerzos, y **la manera de hacerlo** es transformar a China en un Estado de nueva democracia en los terrenos político, económico y cultural; de otro modo, la independencia y la igualdad serán nominales y no reales.

[...]

En las **regiones liberadas**, nuestro Partido ha puesto en práctica con señalados éxitos todo su programa de nueva democracia y ha reunido enormes fuerzas antijaponesas, a las que de ahora en adelante debe desarrollar y consolidar en todos los aspectos.

[...]

Al integrarse la verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la revolución china, esta revolución tomó un aspecto completamente nuevo, y comenzó toda una etapa histórica, **la etapa de la nueva democracia**. Armado con la teoría e ideología marxista-leninista, el Partido Comunista de China ha aportado al pueblo chino un **nuevo estilo de trabajo**, que consiste principalmente en integrar la teoría con la práctica, forjar estrechos vínculos con las masas populares y practicar la autocritica.

[...]

Una China de nueva democracia está a punto de nacer. ¡Saludemos ese gran día!

[La negrita y subraya es nuestra.]

Mariátegui, en *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana - El proceso de la literatura*, escribe:

Materia primaria de unidad de toda literatura es el idioma. La literatura española, como la italiana y la francesa, comienzan con los primeros cantos y relatos escritos en esas lenguas. Sólo a partir de la producción de obras propiamente artísticas, de méritos perdurables, en español, italiano y francés, aparecen respectivamente las literaturas española, italiana y francesa. La diferenciación de estas lenguas del latín no estaba aún acabada, y del latín se derivaban directamente todas ellas, consideradas por mucho tiempo como lenguaje popular. Pero la literatura nacional de dichos pueblos latinos nace, históricamente, con el idioma nacional, que es el primer elemento de demarcación de los confines generales de una literatura.

[...]

La literatura nacional es en el Perú, como la nacionalidad misma, de irrenunciable filiación española. Es una literatura escrita, pensada y sentida en español, aunque en los tonos, y aun en la sintaxis y prosodia del idioma, la influencia indígena sea en algunos casos más o menos palmaria e intensa. La civilización autóctona no llegó a la escritura y, por ende, no llegó propia y estrictamente a la literatura, o más bien, ésta se detuvo en la etapa de los aedas, de las leyendas y de las representaciones coreográfico-teatrales. La escritura y la gramática quechuas son en su origen obra española y los escritos quechuas pertenecen totalmente a literatos bilingües como El Lunarejo, hasta la aparición de Inocencio Mamani, el joven autor de Tucúpac Munashcan. La lengua castellana, más o menos americanizada, es el lenguaje literario y el instrumento intelectual de esta nacionalidad cuyo trabajo de definición aún no ha concluido.

En la historiografía literaria, el concepto de literatura nacional del mismo modo que no es intemporal, tampoco es demasiado concreto. No traduce una realidad mensurable e idéntica. Como toda sistematización, no aprehende sino aproximadamente la movilidad de los hechos (La nación misma es una abstracción, una alegoría, un mito, que no corresponde a una realidad constante y precisa, científicamente determinable). Remarcando el carácter de excepción de la literatura hebrea, De Sanctis constata lo siguiente: "Verdaderamente una literatura del todo nacional es una quimera. Tendría ella por condición un pueblo perfectamente aislado como se dice que es la China (aunque también en la China han penetrado hoy los ingleses). Aquella imaginación y aquel estilo que se llama hoy orientalismo, no es nada de particular al Oriente, sino más bien es del septentrion y de todas las literaturas bárbaras y nacientes. La poesía griega tenía de la asiática, y la latina de la griega y la italiana de la griega y la latina".

El dualismo quechua-español del Perú, no resuelto aún, hace de la literatura nacional un caso de excepción que no es posible estudiar con el método válido para las literaturas orgánicamente nacionales, nacidas y crecidas sin la intervención de una conquista. Nuestro caso es diverso del de aquellos pueblos de América, donde la misma dualidad no existe, o existe en términos inocuos. La individualidad de la literatura argentina, por ejemplo, está en estricto acuerdo con una definición vigorosa de la personalidad nacional.

[...]

El criollismo no ha podido prosperar en nuestra literatura, como una corriente de espíritu nacionalista, ante todo porque el criollo no representa todavía la nacionalidad. Se constata, casi uniformemente, desde hace tiempo, que somos una nacionalidad en formación. Se percibe ahora, precisando ese concepto, la subsistencia de una dualidad de raza y de espíritu. En todo caso, se conviene, unánimemente, en que no hemos alcanzado aún un grado elemental siquiera de fusión de los elementos raciales que conviven en nuestro suelo y que componen nuestra población. El criollo no está netamente definido. Hasta ahora la palabra "criollo" no es casi más que un término que nos sirve para designar genéricamente una pluralidad, muy matizada, de mestizos. Nuestro criollo carece del carácter que encontramos, por ejemplo, en el criollo argentino. El argentino es identificable fácilmente en cualquier parte del mundo: el peruano, no. Esta confrontación, es precisamente la que nos evidencia que existe ya una nacionalidad argentina, mientras no existe todavía, con peculiares rasgos, una nacionalidad peruana. El criollo presenta aquí una serie de variedades. El costeño se diferencia fuertemente del serrano. En tanto que en la Sierra la influencia telúrica indigeniza al mestizo, casi hasta su absorción por el espíritu indígena, en la Costa el predominio colonial mantiene el espíritu heredado de España.

[...]

En el Perú, el criollismo, aparte de haber sido demasiado esporádico y superficial, ha estado nutrido de sentimiento colonial. No ha constituido una afirmación de autonomía. Se ha contentado con ser el sector costumbrista de la literatura colonial sobreviviente hasta hace muy poco. Abelardo Gamarra es, tal vez, la única excepción en este criollismo domesticado, sin orgullo nativo.

Nuestro "nativismo" —necesario también literariamente como revolución y como emancipación—, no puede ser simple "criollismo". El criollo peruano no ha acabado aún de emanciparse espiritualmente de España. Su europeización —a través de la cual debe encontrar, por reacción, su personalidad— no se ha cumplido sino en parte. Una vez europeizado, el criollo de hoy difícilmente deja de darse cuenta del drama del Perú. Es él precisamente el que, reconociéndose a sí mismo como un español bastardeado, siente que el indio debe ser el cimiento de la nacionalidad (Valdelomar, criollo costeño, de regreso de Italia, impregnado de d'annunzianismo y de esnobismo, experimenta su máximo deslumbramiento cuando descubre o, más bien, imagina el Inkario). Mientras el criollo puro conserva generalmente su espíritu colonial, el criollo europeizado se rebela, en nuestro tiempo, contra ese espíritu, aunque sólo sea como protesta contra su limitación y su arcaísmo.

Claro que el criollo, diverso y múltiple, puede abastecer abundantemente a nuestra literatura —narrativa, descriptiva, costumbrista, folclorista, etc.—, de tipos y motivos. Pero lo que subcientemente busca la genuina corriente indigenista en el indio, no es sólo el tipo o el motivo. Menos aún el tipo o el motivo pintoresco. El "indigenismo" no es aquí un fenómeno esencialmente literario como el "nativismo" en el Uruguay. Sus raíces se alimentan de otro humus histórico. Los "indigenistas" auténticos —que no deben ser confundidos con los que explotan temas indígenas por mero "exotismo"— colaboran, conscientemente o no, en una obra política y económica de reivindicación, no de restauración ni resurrección.

El indio no representa únicamente un tipo, un tema, un motivo, un personaje. Representa un pueblo, una raza, una tradición, un espíritu. No es posible, pues, valorarlo y considerarlo, desde puntos de vista exclusivamente literarios, como un color o un aspecto nacional, colocándolo en el mismo plano que otros elementos étnicos del Perú.

En el documento del Partido Comunista del Perú *Línea de masas*, se lee:

Los intelectuales para que cumplan su papel de intelectuales revolucionarios al servicio del proletariado, del campesinado, en la guerra popular; dentro de ellos están los estudiantes secundarios, universitarios, profesionales, etc.; ver sus reivindicaciones específicas, que defiendan lo conquistado y **apunten a una nueva cultura nacional, científica y de masas, haciéndolos conscientes que sólo lo lograrán con la revolución**. Movilizar a las masas pobres de las ciudades que están en los barrios y las barriadas, contra el hambre y la miseria, que combatan por el Programa de la revolución, convocarlos a la guerra popular, que arranquen conquistas y derechos cada día más conculcados; no permitir que sean golpeados impunemente y que aprendan a defenderse, que resistan a la agresión del enemigo usando todos los medios de que disponen; aplicar el "¡Combatir y resistir!", que es consigna común para la clase. Movilizar a los jóvenes para que participen directamente en las primeras líneas de las trincheras de combate de la guerra popular; jóvenes obreros, campesinos, estudiantes; que desarrollen sus luchas por un nuevo mundo, su derecho a educarse, contra la desocupación y demás males que los azotan. Hacer que los niños participen activamente en la guerra popular, pueden cumplir diversas tareas a través de las cuales vayan comprendiendo la necesidad de transformar el mundo, ellos son el futuro y a fin de cuentas quienes vivirán el nuevo mundo; cambiar su ideología y que adopten la del proletariado.

[La negrita es nuestra.]

En *Revolución democrática*, se lee:

El Presidente Gonzalo nos enseña que la revolución democrática es indispensable primera etapa en las naciones oprimidas la que atravesará diversos periodos según se resuelvan las contradicciones. Concibe una relación indisoluble y un camino ininterrumpido entre revolución democrática y la segunda etapa que es la revolución socialista y su perspectiva es una serie de revoluciones culturales para llegar al comunismo sirviendo a la revolución mundial. Por tanto, cumplimos un Programa máximo y uno mínimo, el mínimo es el Programa de la revolución democrática que va especificándose en cada período y que implica una nueva política: dictadura conjunta de 4 clases; nueva economía: confiscación del gran capital imperialista, del capitalismo burocrático y de la gran propiedad terrateniente feudal y entrega individual de tierra a los campesinos pobres principalmente; nueva cultura: nacional o sea antiimperialista, democrática o sea para el pueblo y científica esto es basada en la ideología del marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento gonzalo. El Programa máximo implica tener en cuenta que como comunistas apuntamos a eliminar las 3 desigualdades entre ciudad y campo, entre trabajo intelectual y manual y, entre obreros y campesinos. 2 Programas por los que damos nuestras vidas contra toda clase de injurias, vejámenes y abyecciones, y sólo los comunistas podemos bregar porque la revolución mantenga su rumbo. Así, el Presidente Gonzalo nos plantea: "Esta revolución democrática ¿qué es en esencia? es guerra campesina dirigida por el Partido Comunista, pretende crear un nuevo Estado conformado por 4 clases para aplastar al imperialismo, la gran burguesía, los terratenientes y de esa manera cumplir sus 4 tareas. Así, la revolución democrática tiene una forma principal de lucha: la guerra popular, y una forma principal de organización: la fuerza armada, es pues, la solución del problema de la tierra, del problema nacional, de la destrucción del Estado

terrateniendo burocrático, de las fuerzas armadas reaccionarias, columna que lo sustenta, para cumplir el objetivo político de construir un nuevo Estado, un Estado de nueva democracia y hacer la República Popular de Nueva Democracia avanzando de inmediato a la revolución socialista. En síntesis, la revolución democrática se concreta en guerra campesina dirigida por el Partido Comunista, toda otra modalidad no es sino servicio al Estado terrateniente-burocrático". En síntesis el Presidente Gonzalo demuestra la vigencia de las 2 etapas de la revolución en las naciones oprimidas y establece que la revolución proletaria mundial tiene 3 tipos de revolución, por tanto al plasmar la revolución democrática el Partido Comunista del Perú está sirviendo a la revolución mundial y el Presidente Gonzalo está aportando a la revolución mundial. Los marxista-leninista-maoístas, pensamiento gonzalo asumimos la línea sobre la revolución democrática establecida por el Presidente Gonzalo.

[...]

Y sobre esa nueva política y nueva economía se está levantando una nueva cultura que late en los campesinos pobres principalmente; la educación básica es un problema que nos merece fundamental atención y se desenvuelve bajo la coeducación, educación y trabajo y con un programa básico para los niños, adultos y para las masas en general; es realmente importante. Los problemas de salud y de recreación de las masas son también de vital importancia. Así, las masas están organizadas plasmándose su movilización, politización, organización y armamento, apuntando a un mar armado de masas, basadas en la ideología: el marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento gonzalo, bajo la dirección del Partido, con la experiencia de la guerra popular y sobre todo y principalmente en nuevo Poder, ejerciéndolo, conquistándolo, defendiéndolo y desarrollándolo, como Comités Populares, Bases de Apoyo y avanzando en la República Popular de Nueva Democracia. Ésta es la revolución democrática que el Partido en la sociedad peruana está especificando, derrumbando el imperialismo, el capitalismo burocrático y la semi-feudalidad en el país a través de una guerra popular unitaria, campo principal y ciudad complemento y no la "revolución democrática" pregonada falsamente por el actual Gobierno aprista, fascista y corporativo que niega el carácter de la sociedad peruana, las clases y la lucha de clases, especialmente el carácter de dictadura terrateniente-burocrático del viejo Estado, así como la necesidad de la violencia para derribarlo.

En Documentos fundamentales, se lee:

La Gran Revolución Cultural Proletaria en perspectiva histórica es lo más trascendental del desarrollo del marxismo-leninismo por el Presidente Mao; es la solución del gran problema pendiente de la continuación de la revolución bajo la dictadura del proletariado; "representa una nueva etapa, aún más profunda y más amplia, en el desarrollo de la revolución socialista de nuestro país".

¿Qué situación se presentó? Como dice la Decisión del PCCh. sobre la GRCP: "Aunque derrocada, la burguesía todavía trata de valerse de las viejas ideas, cultura, hábitos y costumbres de las clases explotadoras para corromper a las masas y conquistar la mente del pueblo en su esfuerzo por restaurar su Poder. El proletariado debe hacer exactamente lo contrario: debe propinar golpes despiadados y frontales a todos los desafíos de la burguesía en el dominio ideológico y cambiar la fisonomía espiritual de toda la sociedad utilizando sus propias nuevas ideas, cultura, hábitos y costumbres. Nuestro objetivo actual es aplastar, mediante la lucha, a los que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista, criticar y repudiar a las "autoridades" reaccionarias burguesas en el campo académico, criticar y repudiar la ideología de la burguesía y demás clases explo-

tadoras, y transformar la educación, la literatura y el arte y los demás dominios de la superestructura que no corresponden a la base económica del socialismo, a fin de facilitar la consolidación y el desarrollo del sistema socialista".

En estas condiciones se produjo el más estremecedor proceso político y la mayor movilización de masas que ha visto la Tierra, cuyos objetivos los definió así el Presidente Mao: "La Presente Gran Revolución Cultural Proletaria es completamente necesaria y muy oportuna para consolidar la dictadura del proletariado, prevenir la restauración del capitalismo y construir el socialismo".

En el documento del PCP, *América Latina: Guerra Popular. Grandes victorias, brillante perspectiva*, publicado en el número 42 de *Bandera Roja* (mayo de 1970), se lee:

La mejor receta para asesinar la revolución es coludiéndose con el revisionismo y el trotskismo. La mejor receta para llevar a la revolución al fracaso es conduciéndola por el camino del tercerismo pequeñoburgués. Éstas son las lecciones que han costado la sangre de numerosos combatientes.

[...]

Sólo combatiendo en forma decidida al revisionismo, al trotskismo, a todos los revisionistas, al tercerismo pequeñoburgués, desacreditándolos total y completamente, podremos combatir verdadera y resueltamente al imperialismo y al feudalismo.

Finalmente, veamos algo sobre el contenido ideológico del revisionismo en cuanto producto de la concepción burguesa y de la influencia sobre el proletariado. Al respecto, Lenin, en *Marxismo y revisionismo*, escribe:

¿En qué descansa su carácter inevitable en la sociedad capitalista? ¿Por qué es más profundo que las diferencias de las particularidades nacionales y el grado de desarrollo del capitalismo? Porque en todo país capitalista existen siempre, al lado del proletariado, extensas capas de pequeña burguesía, de pequeños propietarios. El capitalismo ha nacido y sigue naciendo, constantemente, de la pequeña producción. Una serie de nuevas "capas medias" son inevitablemente formadas, una y otra vez por el capitalismo (apéndices de las fábricas, trabajo a domicilio, pequeños talleres diseminados por todo el país para hacer frente a las exigencias de la gran industria, por ejemplo de la industria de bicicletas y automóviles, etc.). Esos nuevos pequeños productores son nuevamente arrojados, de modo no menos infalible, a las filas del proletariado. Es muy natural que la concepción del mundo pequeñoburguesa irrumpa una y otra vez en las filas de los grandes partidos obreros. Es muy natural que así suceda, y así sucederá siempre hasta llegar a la revolución proletaria, pues sería un profundo error pensar que es necesario que la mayoría de la población se proletarice "por completo" para que esa revolución sea posible. La experiencia que hoy vivimos, a menudo sólo en el campo ideológico, es decir las discusiones sobre las enmiendas teóricas a Marx; lo que hoy surge en la práctica sólo en problemas aislados y parciales del movimiento obrero tales como las diferencias tácticas con los revisionistas y la división que se produce en base a ellas, todo ello lo experimentará en escala incomparablemente mayor la clase obrera cuando la revolución proletaria agudice todos los problemas en litigio, concentre todas las diferencias en los puntos que tienen la importancia más inmediata para determinar la conducta

de las masas, y en el fragor del combate haga necesario separar los enemigos de los amigos, echar a los malos aliados para asestar golpes decisivos al enemigo.

Y, en *¿Qué hacer?*:

Así, pues, la exigencia de que la socialdemocracia revolucionaria diese un viraje decisivo hacia el socialreformismo burgués, iba acompañada de un viraje no menos decisivo hacia la crítica burguesa de todas las ideas fundamentales del marxismo. Y como esta última crítica contra el marxismo se venía realizando ya desde hacía mucho tiempo, desde la tribuna política, desde las cátedras universitarias, en numerosos folletos y en una serie de tratados científicos; como toda la nueva generación de las clases ilustradas, ha sido educada sistemáticamente, durante decenios, a base de esta crítica, no es de extrañar que la "nueva" tendencia "crítica" en el seno de la socialdemocracia haya surgido de golpe, completamente acabada, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Por su contenido, esta tendencia no ha tenido que desarrollarse ni formarse; ha sido trasplantada directamente de la literatura burguesa a la literatura socialista.

Permítasenos sintetizar nuestra posición reiterando, una vez más, las preciosas enseñanzas que nos proporcionan los maestros del proletariado:

La cultura revolucionaria es para las grandes masas populares una poderosa arma de la revolución. Antes de la revolución, prepara ideológicamente el terreno, y durante ella, constituye un sector necesario e importante de su frente general. Los trabajadores revolucionarios de la cultura son comandantes en diferentes niveles de este frente cultural. *Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario*, de esto se desprende lo importante que es el movimiento cultural revolucionario para el movimiento práctico de la revolución.

Atención, dice: **La cultura revolucionaria es para las grandes masas populares una poderosa arma de la revolución, antes de la revolución, prepara ideológicamente el terreno, y durante ella, constituye un sector necesario e importante de su frente general... movimiento cultural revolucionario para el movimiento práctico de la revolución.**

Es decir, arma de la revolución para la revolución, no *para* la "democratización de la sociedad" bajo la férula del viejo Poder ni para la "reconciliación nacional sin vencedores ni vencidos".

Ah, sí, nos habíamos olvidado... según la recua guzmanista, *ante el fracaso de la revolución... las clases dominantes viabilizaron su camino reaccionario... la nación peruana ha culminado su formación... se traduce en unidad de cultura... los hombres unidos en una nación... que se expresa en las peculiaridades de su cultura nacional, reflejo de su vida económica e idioma...* es decir, hoy, según ellos, los hombres unidos en una nación como reflejo del fracaso de la revolución, del triunfo de la reacción y del simplemente capitalismo.

Así las cosas, ¿a quién le importa el restablecimiento, la restauración, del viejo Poder en el campo?

El revisionismo guzmanista sustenta concepciones burguesas y reaccionarias; por lo tanto, debe ser combatido y aplastado sin piedad.

19 de junio de 2020
Rafael Masada

APÉNDICE

PROGRAMA GENERAL DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA (1986)

- Demolición del Estado peruano, dictadura de los explotadores dirigida por la gran burguesía, de las fuerzas armadas y represivas que lo sustentan y de todo su aparato burocrático.
- Barrer la opresión imperialista, principalmente yanqui, del socialimperialismo soviético y de cualquier potencia o país imperialista; confiscar en general sus monopolios, empresas, bancos y toda forma de su propiedad incluida la deuda externa.
- Destruir el capitalismo burocrático, tanto particular como estatal; confiscar todas sus propiedades, bienes y derechos económicos en beneficio del nuevo Estado, igualmente que los correspondientes al imperialismo.
- Liquidación de la propiedad semifeudal y toda modalidad subsistente de la misma, confiscándola para entregar las tierras al campesinado, principalmente pobre, aplicando el principio de "La tierra para quien la trabaja".
- Respeto de la propiedad y derechos de la burguesía nacional, o burguesía media, tanto en el campo como en la ciudad.
- Combatir por la instauración de la República Popular del Perú, como frente de clases basado en la alianza obrero-campesina dirigida por el proletariado encabezado por su Partido Comunista; como plasmación de la nueva democracia que lleve adelante una nueva economía, una nueva política y una nueva cultura.
- Desarrollar la guerra popular que, mediante un ejército revolucionario de nuevo tipo bajo dirección absoluta del Partido, destruya por partes el viejo Poder, principalmente sus fuerzas armadas y represivas y sirva a construir el nuevo Poder para el proletariado y el pueblo.
- Culminar la formación de la nación peruana unificando realmente el país para defenderlo de toda agresión imperialista y reaccionaria, salvaguardando los derechos de las minorías.

- Servir al desarrollo del proletariado peruano como parte de la clase obrera internacional, a la formación y fortalecimiento de verdaderos Partidos Comunistas y a su unificación en un redivivo movimiento comunista internacional guiados por el marxismo-leninismo-maoísmo; todo en función de que el proletariado cumpla su gran misión histórica como última clase.

- Defender las libertades, derechos, beneficios y conquistas que la clase obrera y las masas han logrado a costa de su propia sangre, reconociéndolos y garantizando su auténtica vigencia en una "Declaración de Derechos del Pueblo". Respetar, particularmente, la libertad de conciencia religiosa, pero en su cabal amplitud, tanto de creer como de no creer. Asimismo combatir toda disposición lesiva a los intereses populares, máxime cualquier forma de trabajo gratuito o carga personal y los agobiantes impuestos que recaen sobre las masas.

- Real igualdad para la mujer; un futuro mejor para la juventud; protección para la madre y la niñez; respeto y apoyo para la ancianidad.

- Una nueva cultura como arma de combate para concretar la nacionalidad, que sirva a las masas populares y se guíe por la ideología científica del proletariado. Dar especial importancia a la educación.

- Apoyar las luchas del proletariado internacional, de las naciones oprimidas y de los pueblos del mundo; luchando contra las superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, el imperialismo en general, la reacción internacional y el revisionismo de todo tipo; concibiendo la revolución peruana como parte de la revolución proletaria mundial.

- Pugnar tenaz y heroicamente por el triunfo cabal y completo de la revolución democrática en todo el país y culminada esta etapa, de inmediato, sin intermedio alguno, pasar a la revolución socialista para, junto al proletariado internacional, las naciones oprimidas y los pueblos del mundo, a través de revoluciones culturales, proseguir la marcha de la humanidad hacia su meta final, el comunismo.